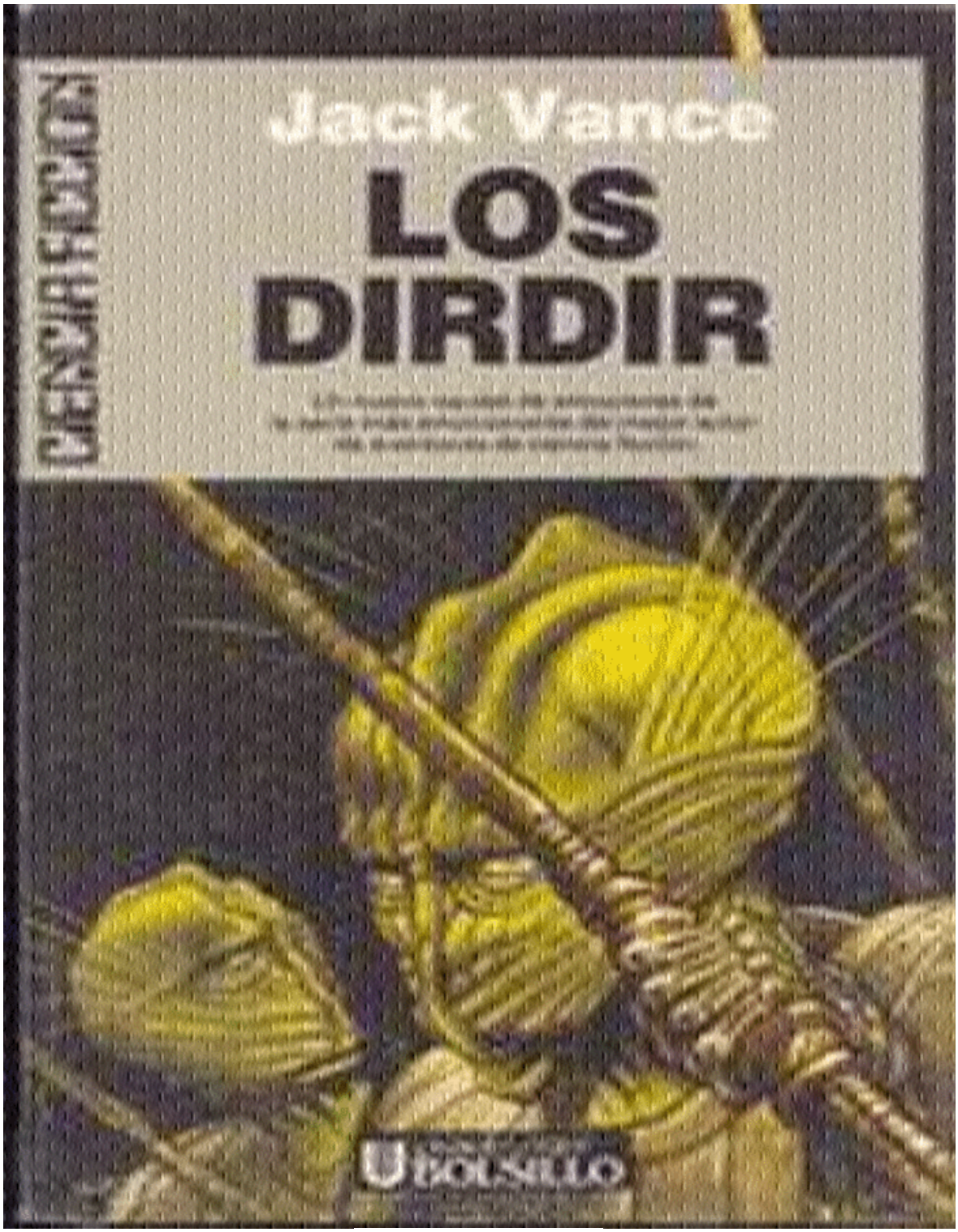
Los Dirdir
Jack Vance



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Prólogo

A doscientos doce años luz de la Tierra flotan la humosa estrella amarilla Carina 4269 y su único planeta Tschai. Al acudir a investigar la fuente de unas señales de radio recibidas en la Tierra, la nave *Explorador IV* fue destruida. Su único superviviente, el explorador estelar Adam Reith, fue rescatado, maltrecho, por Traz Onmale, joven jefe de los nómadas Emblemas.

Desde un principio, la más urgente finalidad de Adam Reith fue regresar a la Tierra, con la noticia de la existencia de Tschai y su extraño conglomerado de razas. En su búsqueda de una espacionave para tal fin se le unieron primero Traz, luego un tal Ankhe at afram Anacho, un Hombre-Dirdir fugitivo.

Reith no tardó en saber que Tschai había sido escenario de antiguas guerras entre tres razas extraplanetarias: los Dirdir, los Chasch y los Wankh. En la actualidad existía un incierto punto muerto, en el que cada raza mantenía su área de influencia, con las vastas tierras interiores abandonadas a los nómadas, fugitivos, bandidos, señores feudales y otras comunidades más o menos civilizadas. Indígenas de Tschai eran los solitarios Phung, y los Pnume, una raza furtiva que vivía en cavernas, túneles y pasadizos bajo las ciudades en ruinas que jalonaban el paisaje del planeta.

Cada una de las razas alienígenas había adoptado o esclavizado a los hombres, los cuales, a lo largo de miles de años, habían evolucionado hacia la correspondiente raza anfitriona, de tal modo que ahora existían los Hombres-Dirdir, los Hombres-Chasch, los Hombres-Wankh y los Pnumekin, además de las otras y más obvias poblaciones humanas.

Reith se sintió desde un principio maravillado ante la presencia de hombres en Tschai. Una tarde, en la posada del recinto para caravanas de la Estepa Muerta, el Hombre-Dirdir Anacho aclaró el asunto:

-Antes de que llegaran los Chasch, los Pnume gobernaban en todas partes. Vivían en poblados de pequeños domos, pero toda huella de esos poblados ha desaparecido. Ahora moran en cuevas y pasadizos bajo las viejas ciudades, y sus vidas son un misterio. Incluso los Dirdir consideran que trae mala suerte molestar a un Pnume.

-Entonces, ¿los Chasch llegaron a Tschai antes que los Dirdir? -inquirió Reith.

-Es bien sabido -dijo Anacho, maravillándose de la ignorancia de Reith-. Sólo un hombre de una provincia aislada... o de un mundo lejano, ignoraría el hecho. -Lanzó a Reith una mirada interrogadora-. Pero los primeros invasores fueron de hecho los Viejos Chasch, hará un centenar de miles de años. Diez mil años más tarde llegaron los Chasch Azules, procedentes de un planeta colonizado en una era anterior por los viajeros espaciales Chasch. Las dos razas Chasch lucharon por el dominio de Tschai, y apelaron a los Chasch Verdes como tropas de choque.

»Hace sesenta mil años llegaron los Dirdir. Los Chasch sufrieron grandes pérdidas hasta que los Dirdir llegaron en tan gran número que se volvieron vulnerables, a partir de cuyo momento se estableció un equilibrio. Las razas siguen siendo enemigas, con pocos intercambios

entre ellas.
»En un tiempo comparativamente reciente, hace diez mil años, estalló una guerra espacial entre los Dirdir y los Wankh, y se extendió hasta Tschai, donde los Wankh construyeron fuertes en Rakh y en el sur de Kachan. Pero ahora la lucha es escasa, excepto alguna que otra escaramuza y emboscada. Cada raza teme a las otras dos y anhela la hora en que pueda eliminarlas y conseguir la supremacía. Los Pnume son neutrales y no toman parte en las guerras, aunque observan con interés y toman notas para su historia.
-¿Y qué hay de los hombres? -preguntó Reith con circunspección-. ¿Cuándo llegaron a Tschai?
-Los hombres -dijo el Hombre-Dirdir a su manera más didáctica- se originaron en Sibol y vinieron a Tschai con los Dirdir. Los hombres son tan plásticos como la cera, y algunos se metamorfosearon, primero en hombres de las marismas, luego, hace veinte mil años, en este tipo. -Y aquí Anacho señaló a Traz, que le devolvió una fulgurante mirada-. Otros, esclavizados, se convirtieron en Hombres-Chasch, Pnumekin, incluso Hombres-Wankh. Hay docenas de híbridos y razas extrañas. Existen multitud de variedades incluso entre los Hombres-Dirdir. Los Inmaculados son casi Dirdir puros. Otros exhiben menos refinamiento. Éste es el entorno que rodeó mi propia desafección: exigí prerrogativas que me fueron negadas, pero que adopté pese a todo...
Anacho siguió hablando, describiendo sus dificultades, pero la atención de Reith no estaba con él. Ahora resultaba claro cómo habían llegado los hombres a Tschai. Los Dirdir conocían el viaje espacial desde hacía más de setenta mil años. Durante este tiempo habían visitado evidentemente la Tierra, dos veces al menos. En la primera ocasión habían capturado una tribu de proto-mongoloides: la naturaleza aparente de los hombres de las marismas a los que había aludido Anacho. En la segunda ocasión -hacía veinte mil años, según Anacho- habían recogido un cargamento de proto-caucasianos. Esos dos grupos, bajo las especiales condiciones de Tschai, habían mutado, se habían especializado, habían vuelto a mutar, habían vuelto a especializarse, hasta producir la sorprendente diversidad de tipos humanos que podían hallarse en el planeta.
Tras fracasar en su intento de apoderarse de una nave espacial Wankh, Reith y sus compañeros buscaron refugio en Smargash, en las tierras altas de los Lokhar, en Kachan.

LOS DIRDIR
1

El sol Carina 4269 había penetrado en la constelación Tartusz, marcando el comienzo del Balul Zac Ag, el «tiempo del sueño innatural» en el que la carnicería, el esclavismo, el pillaje y el incendio se detenían en las tierras altas de los Lokhar. El Balul Zac Ag había dado origen a la Gran Feria de Smargash, o quizá la Gran Feria había venido antes, generando finalmente el Balul Zac Ag tras ignorados centenares de años. De todas las tierras altas los Lokhar, y de las regiones circundantes los Xar, Zhur-veg, Seraf y Niss acudían Smargash para mezclarse y comerciar, resolver disputas territoriales, recoger información. El odio colgaba en el aire como un hedor; miradas de soslayo y maldiciones susurradas, silbidos contenidos y aborrecimiento acentuaban el color y la confusión del *bazar.* Tan sólo los Lokhar (los hombres con la piel negra y el pelo blanco, las mujeres con la piel blanca y el pelo negro) mantenían sus expresiones de plácida despreocupación.

El segundo día del Balul Zac Ag, mientras Adam Reith vagabundeaba por el bazar, se dio cuenta de que estaba siendo vigilado. La convicción le llegó como un shock de desánimo; en Tschai, la vigilancia siempre conducía a una ominosa conclusión.

Quizá estuviera equivocado, se dijo a sí mismo Reith. Tenía docenas de enemigos; para muchos otros representaba el desastre ideológico; ¿pero cómo podía alguno de ellos haber seguido su rastro hasta Smargash? Reith siguió avanzando por las atestadas callejuelas del bazar, deteniéndose en los tenderetes para mirar hacia atrás por encima del hombro. Pero quien le seguía, si de hecho existía, estaba perdido entre la confusión. Había Niss con ropajes negros y sus más de dos metros de altura, caminando como aves rapaces; Xar, Seraf; nómadas Dugbo acuclillados junto a sus fuegos; Cosas Humanas inexpresivas tras sus máscaras de cerámica; Zhurveg con caftanes color marrón café; los propios Lokhar de Smargash. Había un extraño sonido sincopado; el golpear del hierro, el chirriar del cuero, voces duras, estridentes llamadas, el rasposo gemido aletargado de la música Dugbo. Había olores: especia de helecho, secreciones glandulares, submusgo, polvo alzándose y posándose, el vaho de nueces picadas, el humor de la carne a la parrilla, el perfume de los Seraf. Había colores: negro, marrón opaco, naranja, escarlata, azul oscuro, dorado viejo. Reith abandonó el bazar y cruzó la pista de baile. Se detuvo en seco, y con el rabillo del ojo divisó una figura deslizándose en el interior de una tienda.

Regresó pensativo a la posada. Traz y el Hombre-Dirdir, Ankhe at afram Anacho, estaban sentados en el refectorio comiendo pan y carne. Comían en silencio; dos seres antagónicos, cada uno de los cuales consideraba al otro incomprensible. Anacho, alto, delgado y pálido como todos los Hombres-Dirdir, estaba completamente desprovisto de pelo, una cualidad que ahora tendía a minimizar bajo un suave casquete lleno de borlas al estilo de los Yao. Su personalidad era impredecible; se sentía inclinado hacia la locuacidad, las bromas fuera de tono, las repentinas petulancias. Traz, cuadrado, robusto y sombrío, era en muchos aspectos el reverso de

Anacho. Traz consideraba a Anacho vano, demasiado sutil, demasiado civilizado; Anacho pensaba que Traz era carente de tacto, severo y excesivamente literal. Cómo conseguían los dos
viajar juntos en una relativa amistad era un misterio para Reith.
Se sentó a la mesa.
-Creo que estoy siendo vigilado- anunció. Anacho se echó desanimado hacia atrás.
-Entonces debemos prepararnos para el desastre... o la huida.
-Prefiero la huida -dijo Reith. Se sirvió cerveza de una jarra de piedra.
-¿Sigues con la intención de viajar por el espacio hasta ese mítico planeta tuyo? -Anacho habló con la voz de alguien que está razonando con un chiquillo obstinado.
-Quiero regresar a la Tierra, por supuesto.
-Bah -murmuró Anacho-. Eres víctima de un engaño o de una obsesión. ¿No puedes curarte por ti mismo? El proyecto es más fácil de discutir que de realizar. Las naves espaciales no son tijeras de extirpar verrugas, que puedes encontrar en cualquier tenderete del bazar.
-Muy bien que lo sé -dijo Reith tristemente.
-Sugiero que te dirijas a los Grandes Talleres Espaciales de Sivishe -dijo Anacho de forma casual-. Allí puede conseguirse casi cualquier cosa, si uno tiene los suficientes sequins.
-Sospecho que no los tengo -dijo Reith.
-Entonces ve a los Carabas. Allí pueden conseguirse los sequins a paladas.
Traz lanzó una seca risita burlona.
-¿Nos tomas por locos?
-¿Dónde están los Carabas? -preguntó Reith.
-Los Carabas se hallan en la Reserva de Caza Dirdir, al norte de Kislovan. A veces los hombres con suerte y buenos nervios prosperan allí.
-Más bien los locos, los jugadores y los asesinos -murmuró Traz.
-¿Cómo ganan esos hombres, sea cual sea su naturaleza, los sequins? -preguntó Reith.
La voz de Anacho era ligera y desenvuelta.
-Por el método habitual: desenterrando bulbos de crisospina.
Reith se frotó la mandíbula.
-¿Es ésa la fuente de los sequins? Creí los Dirdir o alguna gente así los acuñaba.
-¡Tu ignorancia es realmente de otro planeta! -declaró Anacho.
Los músculos en torno a la boca de Reith se frucieron.
-Difícilmente podría ser de otro modo.
-La crisospina -dijo Anacho -crece solamente en la Zona Negra, o sea los Carabas, cuyo suelo contiene compuestos de uranio. Un bulbo lleno contiene doscientos ochenta y dos sequins, de uno u otro color. Un sequin púrpura vale un centenar de blancos; un escarlata cincuenta, y así hacia abajo los esmeraldas, azules, sardos y cremas. Incluso Traz sabe eso.
Traz miró a Anacho con los labios fruncidos.
-¿«Incluso Traz»?
Anacho no le prestó atención.
-Dejemos a un lado todo esto; no tenemos ninguna certeza de que se nos

vigile. Adam Reith puede estar equivocado.
-Adam Reith no está equivocado -dijo Traz-. «Incluso Traz», como tú dices, sabe eso.
Anacho alzó sus cejas desprovistas de pelo.
-¿Cómo?
-Observa al hombre que acaba de entrar en la sala.
-Un Lokhar; ¿qué hay con él?
-No es un Lokhar. Y observa todos nuestros movimientos.
Anacho dejó colgar imperceptiblemente su mandíbula.
Reith estudió disimuladamente al hombre; parecía menos corpulento, menos directo y brusco que un Lokhar típico. Anacho dijo en voz baja:
-El chico tiene razón. Observa cómo bebe su cerveza, con la cabeza bajada en vez de alzarla... Inquietante.
-¿Quién puede interesarse en nosotros? -murmuró Reith.
Anacho lanzó una risa cáustica que era casi un ladrido.
-¿Crees que nuestras hazañas han quedado en el anonimato? Los acontecimientos de Ao Hidis han despertado la atención en todas partes.
-Entonces, ese hombre... ¿a servicio de quién está? Anacho se alzó de hombros.
-Con su piel teñida de negro no puedo ni siquiera imaginar su procedencia.
-Será mejor que obtengamos algo de información -dijo Reith. Meditó un momento-. Saldré al bazar, luego daré una vuelta por la Ciudad Vieja. Si el hombre me sigue, dadle un poco de margen e id tras él. Si se queda, uno de los dos se queda aquí, el otro me sigue a mí.
Reith volvió a salir al bazar. En el pabellón Zhurveg se detuvo para examinar una exposición de alformas, tejidas, según los rumores, por niños sin piernas raptados y mutilados por los propios Zhurveg. Echó una mirada en la dirección por donde había venido. Nadie parecía estar siguiéndole. Caminó un trecho, luego volvió a detenerse junto a los expositores donde horribles mujeres Niss vendían rollos de cuerda de cuero trenzada, arneses para caballos saltadores, copas de plata toscamente hermosas. Seguía sin ver a nadie detrás. Cruzó el pasaje para examinar un tenderete Dugbo lleno de instrumentos musicales. Si pudiera llevar un cargamento de alfombras Zhurveg, plata Niss e instrumentos musicales Dugbo de vuelta a la Tierra, pensó Reith, su fortuna estaría asegurada. Miró por encima del hombro, y entonces vio a Anacho curioseando artículos en venta unos cincuenta metros más allá. Evidentemente aún no había averiguado nada.
Reith siguió su deambular. Se detuvo para observar a un nigromante Dugbo: un retorcido viejo sentado con las piernas cruzadas tras bandejas llenas de botellas de formas irregulares, tarros de ungüentos, piedras de contacto para facilitar la telepatía, varillas del amor, manojos de maldiciones caligrafiadas sobre papel rojo y verde. Sobre él revoloteaban una docena de fantásticas cometas, que el viejo Dugbo manipulaba para producir una débil música que sonaba como un lamento. Tendió a Reith un amuleto, que Reith rechazó. El nigromante escupió una retahila de epítetos que hicieron que sus cometas se agitaran y chirriaran discordancias.

Reith siguió adelante, penetrando en el campamento Dugbo propiamente dicho. Muchachas con pañuelos y faldas de volantes negras, rosas pálido y ocres tentaban a los Zhurveg, Lokhar, Seraf, pero se burlaban de los orgullosos Niss, que pasaban silenciosos con grandes zancadas, la cabeza erguida, las narices como cimitarras de hueso pulido. Más allá del campamento se abría la llanura y las lejanas colinas, negras y doradas a la luz de Carina 4269.
Una muchacha Dugbo se acercó a Reith, haciendo tintinear los adornos de plata de su cintura, sonriendo con una desdentada sonrisa.
-¿Qué buscas aquí fuera, amigo? ¿Estás cansado? Ésta es mi tienda; entra, descansa un poco.
Reith declinó la invitación y retrocedió antes de que los dedos de la muchacha o de cualquiera de sus otras jóvenes hermanas pudieran rondar por su bolsa.
-¿Por qué te muestras tan reluctante? -dijo la muchacha-. ¡Mírame! ¿No soy bonita? He pulido mis piernas con cera Seraf; voy perfumada con agua de bruma; ¡podrías tener mucha menos suerte!
-Sin duda -dijo Reith-. Pero...
-¡Hablaremos un poco, Adam Reith! Nos contaremos el uno al otro muchas cosas extrañas.
-¿Cómo sabes mi nombre? -preguntó Reith. La muchacha agitó su pañuelo hacia las otras muchachas, como si ahuyentara insectos.
-¿Quién no conoce en Smargash a Adam Reith, que anda como un príncipe Ilanth y tiene la mente siempre llena de pensamientos?
-Entonces, ¿soy famoso?
-Oh, por supuesto. ¿Tienes que irte realmente?
-Sí, tengo una cita. -Reith prosiguió su camino. La muchacha lo contempló alejarse con una extraña semi-sonrisa, que Reith, mirando por encima del hombro, encontró desconcertante.
Unos cientos de metros más adelante, Anacho se le acercó desde una callejuela lateral.
-El hombre teñido como un Lokhar se quedó en la posada. Durante un tiempo fuiste seguido por una joven vestida como un Dugbo. En el campamento te abordó, luego ya no te siguió más.
-Extraño -murmuró Reith. Miró arriba y abajo de la calle-. ¿Nadie nos sigue ahora?
-Nadie visible. Aunque puede que sigamos bajo observación. Vuélvete, por favor.
Anacho pasó sus largos dedos por la tela de la chaqueta de Reith.
-Lo que sospechaba. -Mostró un pequeño botón negro-. Y ahora sabemos quién sigue tus huellas. ¿Reconoces esto?
-No. Pero puedo adivinar. Un detector.
-Un dispositivo Dirdir para la caza, utilizado por los muy jóvenes o los muy viejos para guiarles tras su presa.
-Así que los Dirdir se interesan por mí. El rostro de Anacho pareció fruncirse y hacerse más largo, como si hubiera probado algo ácido.
-Naturalmente, lo ocurrido en Ao Khaha ha llamado su atención.
-¿Qué pueden querer de mí?
-Los motivos Dirdir son a menudo sutiles. Quieren hacerte algunas

preguntas y luego matarte.
-Ha llegado el momento de irnos.
Anacho alzó la vista hacia el cielo.
-El momento ha llegado y se ha ido. Sospecho que en este mismo momento se está acercando un vehículo aéreo Dirdir... Dame el botón.
Un Niss pasó por su lado, con sus negras ropas aleteando al ritmo de sus pasos. Anacho avanzó un paso e hizo un rápido movimiento hacia la negra capa. El Niss se volvió en redondo con un gruñido amenazador, y por un momento pareció dispuesto a abandonar las innaturales restricciones del Balul Zac Ag. Luego se volvió de nuevo y prosiguió su camino.
Anacho dejó escapar su suave risita aflautada.
-Los Dirdir se sentirán desconcertados cuando descubran que Adam Reith es un Niss.
-Antes de que averigüen que no lo es, será mejor que nos larguemos.
-De acuerdo, pero ¿cómo?
-Sugiero que consultemos al viejo Zarfo Detwiler.
-Afortunadamente sabemos dónde encontrarle.
Rodeando el bazar, se acercaron a la cervecería, una destartalada estructura de piedra y planchas de madera deterioradas por la intemperie. Hoy Zarfo estaba sentado dentro, para escapar del polvo y la confusión del bazar. Una gran jarra de cerveza ocultaba casi su rostro teñido de negro. Iba vestido con una desacostumbrada elegancia: brillantes botas negras, una capa marrón, un tricornio negro que llevaba echado hacia atrás sobre su largo pelo blanco. Estaba un poco borracho, y más locuaz que de costumbre. Reith tuvo dificultades en hacerle comprender su problema. Finalmente, Zarfo pareció captar el asunto.
-¡Así que ahora los Dirdir! Infame. ¡Y durante el Balul Zac Ag! ¡Será mejor que controlen su arrogancia, o van a conocer la ira de los Lokhar!
-Dejemos todo esto a un lado -dijo Reith-. ¿Cómo podemos abandonar Smargash lo más rápido posible? Zarfo parpadeó y dio otro largo sorbo de cerveza.
-Primero necesito saber dónde quieres ir.
-A las Islas de las Nubes, o quizás a los Carabas. Zarfo, sorprendido, dejó que su jarra colgara.
-Los Lokhar son la gente más codiciosa de Tschai, y sin embargo, ¿cuántos intentan los Carabas? ¡Pocos! ¿Y cuántos regresan ricos? ¿Has observado esa gran casa solariega al este, con el cenador rodeado por una cadena de marfil tallado?
-He visto la casa.
-No hay otra como ella en las inmediaciones de Smargash -dijo Zarfo ominosamente-. ¿Entiendes lo que quiero decir? -Golpeó el banco-. ¡Muchacho! Más cerveza.
-También mencioné las Islas de las Nubes -dijo Reith.
-Tusa Tala en el Draschade es el lugar más conveniente para ir a las Islas. ¿Cómo llegar a Tusa Tala? El transporte público llega sólo hasta Siadz, al borde de las tierras altas; no conozco ninguna ruta que descienda por las gargantas hasta el Draschade. La caravana a Zara partió hace dos meses. Una plataforma es el único medio de transporte razonable.
-Bien, entonces, ¿dónde podemos conseguir una plataforma?

-No de los Lokhar; no tenemos ninguna. Pero mira ahí: ¡una plataforma, y un grupo de ricos Xar! Están a punto de partir. Quizá su destino sea Tusa Tula. Preguntemos.
-Un momento. Debemos avisar a Traz. -Reith llamó al camarero, lo envió corriendo a la posada.
Zarfo cruzó el recinto, con Reith y Anacho tras sus talones. Había cinco Xar de pie al lado de su vieja plataforma: hombres de anchos hombros y escasa estatura y congestionados semblantes. Llevaban lujosas ropas grises y verdes; su negro pelo se alzaba en rígidas columnas lacadas, ligeramente inclinadas hacia el exterior, con el centro de su cabeza tonsurado.
-¿Listos para marcharse de Smargash, amigos Xar? -preguntó Zarfo con voz alegre.
Los Xar murmuraron algo entre sí y le volvieron la espalda.
Zarfo ignoró la falta de amabilidad.
-¿Adonde vais?
-Al lago Palas; ¿adonde si no? -declaró el más viejo de los Xar-. Ya hemos arreglado nuestros asuntos; como siempre, hemos sido engañados. Estamos ansiosos por regresar a las marismas.
-Excelente. Este caballero y sus dos amigos necesitan transporte hasta un punto que está en vuestra dirección, más o menos. Me han preguntado si deberían ofreceros un pago; yo les he dicho: ¡Tonterías! Los Xar son unos príncipes de generosidad...
-¡Espera! -dijo secamente el Xar-. Tengo al menos tres observaciones que hacer. Primera, nuestra plataforma está llena. Segunda, somos generosos a menos que perdamos sequins en el proceso. Tercera, esos dos inclasificables tienen un aspecto temerario y desesperado que no inspira ninguna confianza. ¿Es ése el tercero? -La referencia era hacia Traz, que acababa de llegar al escenario de los hechos-. Un simple muchacho no menos dudoso que los otros dos.
-Dos cuestiones más -dijo otro Xar-. ¿Cuánto pueden pagar? ¿Adonde quieren ir?
Reith, sopesando la incómodamente magra provisión de sequins en su bolsa, dijo:
-Cien sequins es todo lo que podemos ofrecer; y deseamos ir a Tusa Tala.
Los Xar alzaron ultrajados las manos.
-¿Tusa Tala? ¡A mil quinientos kilómetros al noroeste! ¡Nosotros vamos al sudeste, al lago Palas! ¿Cien sequins? ¿Es esto una broma? ¡Zarrapastrosos! ¡Fuera de aquí, todos!
Zarfo avanzó unos trastabillantes pasos, con aire amenazador.
-¿Zarrapastroso, me has llamado? ¡Si no estuviéramos en el Balul Zac Ag, el «tiempo del sueño innatural», retorcería todas vuestras ridiculas y largas narices!
Los Xar emitieron entre dientes sonidos como escupitajos, subieron a bordo de la plataforma y se fueron.
Zarfo contempló alejarse la plataforma. Lanzó un suspiro.
-Bien, ha sido un fracaso... Pero no todo el mundo es tan grosero. Ahí en el cielo se acerca otro aparato; hagámosles la proposición a los que van en él, o como último extremo emborrachémosles y robemos su vehículo. Es

un hermoso vehículo. Seguro que...
Anacho lanzó una exclamación de sorpresa.
-¡Es un vehículo Dirdir! ¡No han perdido el tiempo! ¡Escondámonos si apreciamos nuestras vidas! Echó a correr. Reith lo sujetó del brazo.
-No corras; ¿quieres que nos identifiquen tan rápidamente? -A Zarfo-: ¿Dónde podemos ocultarnos?
-En el almacén anexo a la cervecería... ¡pero no olvidéis que estamos en el Balul Zac Ag! ¡Los Dirdir no se atreverán nunca a usar la violencia!
-Bah -se burló Anacho-. ¿Qué saben ellos de vuestras costumbres, o qué les importa?
-Yo se lo explicaré -declaró Zarfo. Condujo a los tres al almacén anexo a la cervecería y los empujó al interior. Reith observó a través de una rendija de las maderas cómo el vehículo Dirdir se posaba en el recinto. Movido por un súbito pensamiento, se volvió hacia Traz, registró sus ropas, y con un profundo desánimo descubrió un disco negro.
-Rápido -dijo Anacho-. Dámelo. -Abandonó el anexo, entró en la cervecería. Regresó un minuto más tarde-. Ahora lo lleva un viejo Lokhar que se prepara para irse a su casa. -Se acercó a una rendija, miró hacia fuera-. ¡Son Dirdir, seguro! ¡Como siempre cuando hay deporte al alcance de la mano!
El vehículo aéreo permanecía inmóvil: un aparato completamente distinto de todos los que Reith había visto hasta entonces, el producto de una firme y sofisticada tecnología. Cinco Dirdir bajaron al suelo: criaturas impresionantes, duras, mercuriales, decididas. Tenían aproximadamente la altura humana, y se movían con una siniestra rapidez, como reptiles en un día caluroso. Sus superficies dérmicas sugerían huesos pulimentados; sus cráneos se alzaban en una cresta afilada como un cuchillo, con antenas incandescentes agitándose hacia atrás a cada lado. Los contornos de sus rostros eran extrañamente humanos, con profundas órbitas y la prolongación descendente de sus crestas evocando un puente nasal. Avanzaban medio saltando, medio corriendo, como leopardos caminando sobre dos patas; no era difícil ver en ellos las criaturas salvajes que habían merodeado por las cálidas llanuras de Sibol.
Tres personas se acercaron a los Dirdir: el falso Lokhar, la muchacha Dugbo, y un hombre con unas indescriptibles ropas grises. Los Dirdir hablaron con los tres durante varios minutos, luego sacaron unos instrumentos que apuntaron en distintas direcciones. Anacho susurró:
-Están localizando sus detectores. ¡Y el viejo Lokhar sigue aún en la cervecería, enfrascado en su jarra!
-No importa -dijo Reith-. Tanto da en la cervecería que en cualquier otro lugar.
Los Dirdir se acercaron al lugar, avanzando con su curioso paso saltarín. Tras ellos iban los tres espías.
El viejo Lokhar eligió aquel momento para salir de la cervecería. Los Dirdir lo observaron desconcertados y se le acercaron a grandes saltos. El Lokhar retrocedió alarmado.
-¿Qué tenemos aquí? ¿Dirdir? ¡No interfiráis conmigo!
Los Dirdir hablaron con voces sibilantes que sugerían una ausencia de laringes.

-¿Conoces a un hombre llamado Adam Reith?
-¡Por supuesto que no! ¡Apartaos! Zarfo avanzó hacia ellos.
-¿Adam Reith habéis dicho? ¿Qué pasa con él?
-¿Dónde está?
-¿Por qué lo preguntáis?
El falso Lokhar avanzó y murmuró algo a los Dirdir. Uno de los Dirdir dijo:
-¿Conoces bien a Adam Reith?
-No muy bien. Si tenéis dinero para él, dádmelo; él lo querría así.
-¿Dónde está?
Zarfo alzó la vista hacia el cielo.
-¿Visteis esa plataforma que partió cuando vosotros llegabais?
-Sí.
-Puede que él y sus amigos estuvieran a bordo.
-¿Quién nos garantiza que eso sea cierto?
-No yo -dijo Zarfo-. Yo solamente apunto la posibilidad.
-Yo tampoco -dijo el viejo Lokhar que llevaba el detector.
-¿En qué dirección partieron?
-¡Bof! Vosotros sois los grandes rastreadores -se burló Zarfo-. ¿Por qué nos preguntáis a nosotros, pobres inocentes?
Los Dirdir retrocedieron a grandes saltos cruzando el recinto. El vehículo aéreo se alzó en el aire a gran velocidad.
Zarfo se enfrentó a los tres agentes Dirdir, con su gran rostro crispado en una sonrisa malévola.
-Así que estáis en Smargash violando nuestras leyes. ¿Acaso no sabéis que estamos *en* el Balul Zac Ag?
-No hemos cometido violencia -afirmó el falso Lokhar-. Simplemente hemos hecho nuestro trabajo.
-¡Un trabajo sucio que conduce a la violencia! ¡Seréis azotados! ¿Dónde están los alguaciles? ¡Lleváoslos a los tres!
Los tres agentes fueron arrastrados sin contemplaciones, entre protestas y gritos y afirmaciones de inocencia. Zarfo regresó al anexo.
-Será mejor que os vayáis inmediatamente. Los Dirdir no tardarán mucho en volver. -Señaló al otro lado del recinto-. El transporte público hacia el este va a partir de un momento a otro.
-¿Dónde nos llevará?
-Hasta el límite de las tierras altas. ¡Más allá están las gargantas! Un territorio siniestro. Pero si os quedáis aquí seréis atrapados por los Dirdir. Con o sin Balul Zac Ag.
Reith miró a su alrededor, a las polvorientas estructuras de piedra y madera de Smargash, a los Lokhar blancos y negros, a la vieja y destartalada posada. Alí había gozado del único período de paz y seguridad que había conocido en Tschai; ahora los acontecimientos lo empujaban de nuevo a lo desconocido. Dijo con voz hueca:
-Necesitamos quince minutos para recoger nuestras cosas.
-Esta situación no encaja con mis esperanzas -dijo Anacho con voz desanimada-. Pero aceptaré las cosas como vienen. Tschai es un mundo de angustia.

2

Zarfo entró en la posada con blancas ropas Seraf y cascos crestados.
-Llevad eso; es probable que así podáis ganar una hora adicional o dos. Apresuraos... el transporte está a punto de partir.
-Un momento. -Reith estudió el recinto-. Puede que haya otros espías observando todos nuestros movimientos.
-Bien, entonces por la parte de atrás. Después de todo, no podemos anticipar todas las contingencias.
Reith no hizo más comentarios; Zarfo empezaba a mostrarse irritable y ansioso por verlos fuera de Smargash, no importaba en qué dirección.
Silenciosos, cada uno sumido en sus propios pensamientos, se dirigieron a la terminal del transporte público. Zarfo les dijo:
-No habléis con nadie; fingid meditar: así es como se comportan los Seraf. A la puesta del sol mirad hacia el este y gritad en voz alta: «¡Ah-oo-cha!» Nadie sabe lo que significa, pero eso es lo que hacen los Seraf. Si os preguntan, decid que habéis venido a comprar esencias. ¡Bien, subid! Tal vez consigáis eludir a los Dirdir y tener éxito en vuestras futuras empresas. ¡Y si no, recordad que la muerte viene sólo una vez!
-Gracias por el consuelo -dijo Reith.
El transporte público inició su marcha sobre sus ocho altas ruedas: alejándose de Smargash, cruzando la llanura hacia el oeste. Reith, Anacho y Traz se sentaron solos en el cubículo de pasajeros de cola.
Anacho se mostró pesimista respecto a sus posibilidades.
-Los Dirdir no se sentirán confundidos demasiado tiempo. Las dificultades los hacen más agudos. ¿Sabéis que los Dirdir jóvenes son como los animales? Deben ser domados, luego entrenados y educados. El espíritu Dirdir sigue siendo el de las fieras; para ellos cazar es una inclinación natural.
-La autoconservación también es una inclinación natural en mí -afirmó Reith.
El sol se hundió tras la cordillera; un crepúsculo gris amarronado se extendió sobre todo el paisaje. El transporte se detuvo en un pequeño y deprimente pueblo; los pasajeros estiraron las piernas, bebieron agua calcárea de una fuente, regatearon la compra de unos bollos a una vieja y arrugada mujer que les pidió precios inaceptables y se echó a reír estentóreamente ante sus contrapropuestas.
El transporte público siguió su marcha, dejando a la vieja mujer murmurando junto a su bandeja de bollos.
El crepúsculo pasó del siena a la oscuridad. Del otro lado de la inhóspita llanura les llegó un aullido casi sobrenatural: la llamada de las jaurías nocturnas. Por el este surgió la luna rosa Az, seguida al cabo de poco por la azul Braz. Frente a ellos se alzaba una prominencia rocosa: un antiguo cono volcánico, o al menos eso suspuso Reith. En su cima brillaban tres débiles luces amarillas. Mirando a través de su sondascopio,* Reith vio las ruinas de un castillo... Se amodorró durante una hora, y despertó para

* Un dispositivo fotomultiplicador binocular, con un índice de aumento variable hasta 1000/1: uno de los artículos que Reith consiguió salvar de su equipo de supervivencia.

descubrir que estaban avanzando por arena blanda junto a un río. En la orilla opuesta los psillas se alzaban como oscuras siluetas contra el cielo iluminado por las lunas. Pasaron junto a una casa solariega de múltiples cúpulas, aparentemente deshabitada y en proceso de descomposición.
Media hora más tarde, a medianoche, el transporte penetró estruendosamente en el recinto de una población de respetable tamaño para pasar allí la noche. Los pasajeros se dispusieron a dormir, en sus bancos o encima del techo del vehículo.
Finalmente se alzó Carina 4269: un frío disco ámbar que sólo gradualmente consiguió despejar las brumas matutinas. Aparecieron vendedores con bandejas de carnes adobadas, pastas, tiras de corteza hervida, hierba del peregrino tostada, entre lo cual los pasajeros pudieron elegir su desayuno.
El transporte prosiguió su camino hacia el este, hacia las Montañas del Borde, que ahora se alzaban altas contra el horizonte. Reith barría ocasionalmente el cielo con su sondascopio, pero no descubrió ninguna señal de persecución.
-Todavía es demasiado pronto -dijo Anacho alegremente-. Pero no te preocupes: vendrán.
Al mediodía el transporte llegó a Siadz, el punto final del viaje: una docena de casas de piedra rodeando una cisterna.
Con gran disgusto de Reith, no podía conseguirse ningún medio de transporte, ni carruaje a motor ni caballo saltador, para cruzar el borde.
-¿Acaso sabes lo que hay más allá? -le preguntó el viejo del poblado. Y añadió, sin esperar respuesta-: Las gargantas.
-¿No hay ningún sendero, ninguna ruta comercial?
-¿Quién se metería en las gargantas, para comerciar o para cualquier otra cosa? ¿Qué clase de gente sois vosotros?
-Seraf -dijo Anacho-. Exploramos en busca de raíces de asofa.
-Ah, los Seraf y sus perfumes. He oído historias. Bueno, olvidad vuestros inmortales trucos con nosotros; somos gente sencilla. En cualquier caso, no hay asofa en las gargantas; solamente criptoespinos, espumos y sacia-vientres.
-De todos modos, iremos a explorar.
-Id si queréis. Se dice que hay un antiguo sendero en algún lugar al note, pero no sé de nadie que lo haya visto.
-¿Qué gente vive en las gargantas? ¿Es amistosa?
-¿Gente? Bromeas. Unas cuantas pisantillas, cors rojos bajo cada roca, pájaros agoreros. Si sois extremadamente desgraciados podéis encontraros con un fere.
-Parece una región más bien siniestra.
-Aja. Mil quinientos kilómetros de cataclismo. De todos modos, ¿quién sabe? Donde los cobardes nunca se aventuran, los héroes hallan su gloria. Lo mismo puede ocurrir con vuestro perfume. Seguid hacia el norte y buscad el antiguo sendero a la costa. No será más que un indicador, una vieja señal desmoronada. Cuando llegue la oscuridad, poneos a cubierto: ¡las jaurías nocturnas merodean el lugar!
-Nos has disuadido -dijo Reith-. Regresaremos al este con el transporte público.

-¡Prudente, prudente! ¿Por qué, después de todo, malgastar vuestras vidas, seáis Seraf o no?
Reith y sus compañeros subieron al transporte público y se dejaron llevar durante un par de kilómetros hacia el este, luego saltaron discretamente del vehículo en marcha. El transporte siguió hacia el este y desapareció poco después entre la bruma ambarina.
A su alrededor todo era silencio. Sus pies hollaban un accidentado terreno gris, salpicado aquí y allá por plantas espinosas color salmón y a mayores intervalos por matojos de hierba del peregrio, que Reith contempló con una hosca satisfacción.
-Mientras encontremos hierba del peregrino, no nos moriremos de hambre.
Traz lanzó un gruñido de duda.
-Será mejor que alcancemos las montañas antes del anochecer. En terreno plano las jaurías nocturnas tienen ventaja sobre tres hombres.
-Conozco otra razón aún mejor para apresurarnos
-dijo Anacho-. Los Dirdir no se dejarán engañar mucho más tiempo.
Reith registró el vacío cielo, el desolado paisaje.
-Es posible que se desanimen.
-¡Nunca! Cuando se sienten frustrados se excitan aún más, se vuelven celosamente furiosos.
-No estamos lejos de las montañas. Podemos ocultarnos a la sombra de los peñascos, en uno de los barrancos.
Una hora de viaje los llevó bajo la desmoronante empalizada de basalto. Traz se detuvo bruscamente, olisqueó el aire. Reith no pudo captar nada, pero desde hacía tiempo había aprendido a confiar en las percepciones de Traz.
-Excrementos de Phung* -dijo Traz-. De hace un par de días.
Reith comprobó nerviosamente las disponibilidades de su pistola. Le quedaban ocho balas explosivas. Cuando se acabaran, la pistola se convertiría en algo inútil. Era posible, pensó Reith, que su suerte estuviera agotándose.
-¿Es posible que esté por aquí? -preguntó a Traz. Traz se alzó de hombros.
-Los Phung son criaturas locas. Por todo lo que sé, hay uno detrás de ese peñasco.
Reith y Anacho miraron inquietos a su alrededor. Finalmente, Anacho dijo:
-Nuestra primera preocupación deben ser los Dirdir. Se ha iniciado el período crítico. Deben habernos rastreado a bordo del transporte público; pueden seguirnos fácilmente hasta Siadz. De todos modos, no carecemos de ventajas, especialmente si no disponen de instrumentos detectores de caza.
-¿Qué instrumentos son ésos? -preguntó Reith.
-Detectores del olor humano o de las radiaciones caloríficas. Algunos detectan las huellas de pisadas por el calor residual, otros observan las exhalaciones de anhídrido carbónico y localizan a un hombre hasta una distancia de ocho kilómetros.
-¿Y cuando atrapan a su presa?

* Phung: criaturas solitarias nocturnas, indígenas de Tschai.

-Los Dirdir son conservadores -dijo Anacho-. No reconocen el cambio. No necesitan cazar, pero se sienten impulsados por fuerzas interiores. Se consideran a sí mismos animales de presa, y no se imponen ninguna restricción.
-En otras palabras, nos devorarán -dijo Traz. Reith guardó hoscamente silencio. Finalmente dijo:
-Bien, no debemos ser capturados.
-Como dijo Zarfo el Lokhar, «La muerte sólo llega una vez.»
Traz señaló hacia delante.
-Observad esa hendidura en la formación rocosa. Si alguna vez existió un sendero, tiene que estar ahí.
Los tres se apresuraron a través de desolados montículos de compactada tierra gris, rodeando malezas de espinos y montones de rocas desmoronadas, sudando y espiando constantemente el cielo. Al fin alcanzaron las sombras del paso, pero no pudieron hallar el menor signo del sendero. Si alguna vez existió, la erosión y los detritus lo habían borrado hacía mucho de la vista.
De pronto, Anacho dejó escapar una sorda exclamación de desánimo.
-El vehículo aéreo. Ahí viene. Estamos siendo cazados.
Reith retuvo a duras penas una urgente ansia de echar a correr. Alzó la vista, examinando la hendidura. Un pequeño riachuelo rumoreaba en el centro, terminando en
un pequeño estanque de quietas aguas. A la derecha se alzaba una empinada ladera; a la izquierda, un enorme saliente rocoso sumía en sombras una extensa zona, en cuyo fondo había otras sombras aún más profundas: la boca de una cueva.
Los tres hombres se acurrucaron tras los peñascos que medio cegaban el riachuelo. Sobre la llanura, el aparato Dirdir, con una estremecedora deliberación, se deslizó hacia Siadz.
Con voz neutra, Reith dijo:
-No pueden detectar nuestra radiación entre las rocas. Nuestro anhídrido carbónico es arrastrado por el viento. -Se volvió para mirar valle arriba.
-No sirve de nada echar a correr -dijo Anacho-. No hay ningún refugio para nosotros. Si nos han seguido hasta aquí, eso quiere decir que tienen intención de cazarnos indefinidamente.
Cinco minutos más tarde el aparato regresó de Siadz, siguiendo el camino del este, a una altitud de dos o trescientos metros. De pronto viró bruscamente y empezó a trazar círculos. Anacho dijo con voz predestinada:
-Han descubierto nuestras huellas. El vehículo aéreo cruzó la llanura, directamente hacia el paso. Reith extrajo su pistola.
-Quedan ocho balas. Suficientes para hacer estallar a ocho Dirdir.
-Insuficientes para hacer estallar ni siquiera a uno. Llevan escudos contra tales proyectiles.
En otro medio minuto el aparato estaría sobre ellos.
-Será mejor que vayamos a la cueva -dijo Traz.
-Obviamente es la morada de un Phung -murmuró Anacho-. O una de las entradas de los Pnume. Prefiero morir limpiamente, al aire libre.
-Podemos cruzar el estanque -dijo Traz- y refugiarnos bajo el saliente

rocoso. Así nuestro rastro quedará roto; puede que eso los desoriente y sigan el riachuelo valle arriba.
-Si nos quedamos aquí -dijo Reith- estamos irremediablemente perdidos.
Echaron a correr hacia la poca profunda orilla del pequeño estanque, con Anacho cerrando torpemente la marcha. Se acurrucaron bajo la protección del saliente rocoso. El olor a Phung era intenso.
El aparato apareció por encima de la montaña opuesta a ellos.
-¡Nos verán! -exclamó Anacho con voz hueca-. ¡Estamos a plena vista!
-A la cueva -siseó Reith-. ¡Atrás, más atrás!
-El Phung...
-Puede que no haya ningún Phung. ¡Los Dirdir son seguros! -Reith se metió en la oscuridad, seguido por Traz y finalmente Anacho. La sombra del vehículo aéreo pasó por encima del pequeño estanque, enfiló valle arriba.
Reith encendió su linterna y lanjó su luz hacia todos lados. Estaban en una amplia cámara de forma irregular, cuyo extremo más alejado se hundía en la oscuridad. El suelo estaba cubierto hasta la altura de los tobillos por nodulos y copos de color marrón claro; las paredes estaban incrustadas de hemisferios córneos, cada uno de ellos del tamaño de un puño humano.
-Larvas de jaurías nocturnas -murmuró Traz. Durante un tiempo guardaron silencio. Anacho avanzó hacia la boca de la cueva, miró cautelosamente fuera. Retrocedió a toda prisa.
-Han perdido nuestro rastro; están trazando círculos.
Reith apagó la luz y miró cautelosamente desde la boca de la cueva. A un centenar de metros, el vehículo aéreo estaba descendiendo hacia el suelo, silencioso como una hoja cayendo. De él bajaron cinco Dirdir. Por un momento se mantuvieron inmóviles, consultando entre sí; luego, llevando cada uno de ellos un largo escudo transparente, avanzaron hacia el paso. Como a una señal, dos de ellos saltaron hacia delante como leopardos plateados, examinando el suelo. Otros dos les siguieron a saltos lentos, con las armas preparadas; el quinto protegía la retaguardia.
El par en cabeza se detuvo en seco, transmitiéndose algo mediante extraños chillidos y gruñidos.
-Su lenguaje de caza -murmuró Anacho-, una reminiscencia de la época en que eran todavía animales salvajes.
-Ahora no parecen muy distintos.
Los Dirdir se detuvieron en la otra orilla del pequeño estanque. Miraron, escucharon, olisquearon el aire, a todas luces conscientes de que su presa estaba al alcance de la mano.
Reith preparó su pistola, pero los Dirdir agitaban constantemente sus escudos, frustrando la puntería.
Uno de los Dirdir en cabeza registró el valle con unos binoculares; el otro mantuvo un instrumento negro ante sus ojos. Inmediatamente encontró algo de interés. Un gran salto lo llevó al lugar donde Reith, Traz y Anacho se había detenido antes de cruzar hacia la cueva. Observando a través del instrumento negro, el Dirdir siguió las huellas hasta el estanque, luego registró el espacio bajo el saliente. Lanzó una serie de gruñidos y chillidos; los escudos se agitaron.

-Han visto la cueva -murmuró Anacho-. Saben que estamos aquí.
Reith atisbo la parte de atrás de la cueva. Traz dijo con voz definitiva:
-Hay un Phung ahí atrás. O no hace mucho que se ha ido.
-¿Cómo lo sabes?
-Lo huelo. Siento la presión.
Reith volvió su atención a los Dirdir. Avanzaban paso a paso, con sus refulgencias destellando en sus cabezas. Con una predestinada determinación, Reith dijo:
-Atrás, al interior de la cueva. Quizá podamos prepararles algún tipo de emboscada.
Anacho dejó escapar un gruñido ahogado; Traz no dijo nada. Los tres hombres retrocedieron en la oscuridad, hollando la afombra de quebradizos granulos. Traz tocó el brazo de Reith. Susurró:
-Observa la luz detrás de nosotros. El Phung está al alcance de la mano.
Reith se detuvo, forzando sus ojos en la oscuridad. No vio ninguna luz. El silencio era opresivo.
Entonces Reith creyó oír unos débilísimos sonidos raspantes. Avanzó cautelosamente en la oscuridad, el arma preparada. Y entonces captó una luz amarillenta: un reflejo oscilante en las paredes de la cueva. El *raspa-raspa-raspa* era un poco más intenso. Con las mayores precauciones, Reith miró por encima de un saliente de roca a una cámara. Un Phung, sentado, medio vuelto de espaldas, pulía sus placas braquiales con una lima. Una lámpara de aceite emitía un resplandor amarillo; a un lado había un sombrero negro de ala ancha y una capa colgados de una percha.
Cuatro Dirdir se erguían en la entrada de la cueva, los escudos por delante, las armas preparadas; sus propias refulgencias, al máximo, les proporcionaban la luz que necesitaban.
Traz arrancó uno de los hemisferios córneos de la pared. Lo arrojó contra el Phung, que cloqueó sorprendido. Traz empujó a Anacho y Reith hacia atrás, haciendo que se ocultaran tras el saliente de roca.
El Phung avanzó; pudieron ver su sombra contra el resplandor de la luz de la lámpara. Regresó a su cámara, avanzó una vez más, y ahora llevaba su sombrero y su capa.
Por un momento permaneció en silencio, a menos de metro y medio de Reith, que tuvo la impresión de que la criatura no podría evitar el oír el alocado latir de su corazón.
Los Dirdir dieron tres saltos hacia delante, con sus refulgencias arrojando una difuminada luz blanca por toda la cámara. El Phung se irguió como una estatua de dos metros y medio, envuelto en su capa. Lanzó un par de cloqueos de despecho, luego dio una repentina serie de saltitos que lo situaron frente a los Dirdir. Por un tenso instante, Dirdir y Phung se observaron mutuamente. El Phung tendió sus brazos, agarró a dos Dirdir y los estrujó juntos, aplastándolos el uno cotra el otro. Los otros dos Dirdir retrocedieron en silencio, alzando sus armas. El Phung saltó contra ellos, barriendo las armas a un lado. A uno le arrancó la cabeza; el otro huyó, junto con el Dirdir que había quedado de guardia fuera. Corrieron atravesando el estanque; el Phung danzó una extraña danza circular, saltó hacia delante, echó a correr rebasándoles en medio de grandes chapoteos.

Hundió a uno bajo la superficie y se montó de pies sobre él, mientras el otro corría valle arriba. No tardó en iniciar su persecución.
Reith, Traz y Anacho salieron a toda prisa de la cueva y corrieron hacia la nave aérea. El Dirdir superviviente los vio y lanzó un grito de desesperación. El Phung se distrajo momentáneamente; el Dirdir se acurrucó tras una roca, luego, movido por la desesperación, echó a correr pasando junto al Phung hacia una de las armas que les habían sido arrebatadas antes de las manos. La tomó, y quemó con ella una de las piernas del Phung. El Phung cayó agitándose.
Reith, Traz y Anacho estaban ya subiendo al vehículo aéreo; Anacho se hizo cargo de los controles. El Dirdir gritó una alocada advertencia y echó a correr hacia ellos. El Phung dio un salto prodigioso y cayó sobre el Dirdir con un gran revuelo de su capa. Con el Dirdir reducido finalmente a un amasijo de huesos y piel, el Phung cojeó hasta el centro del estanque, donde se inmovilizó como una cigüeña, contemplando pesaroso su única pierna.

3

Bajo ellos se extendían las gargantas, separadas por crestas de piedra afiladas como cuchillos. Entalladuras paralelas, una tras otra; mirando hacia abajo, Reith se preguntó si él y sus compañeros hubieran podido sobrevivir allí hasta alcanzar el Draschade. Seguramente no. Especuló: ¿toleraban las gargantas algún tipo de vida? El viejo en Siadz había mencionado pisantillas y fere; ¿quién sabía qué otras criaturas habitaban los abismos de ahí abajo? Observó, enclavado en una hendidura entre dos altos picos, un amontonamiento de formas angulares como la florescencia de la madre roca: un poblado, aparentemente de hombres, aunque no podía verse ninguno de ellos. ¿Dónde hallaban el agua? ¿En las profundidades de la garganta? ¿Cómo se procuraban comida? ¿Por qué habían elegido un nido de águilas tan remoto como hogar? No había respuestas a sus preguntas; la aglomeración se perdió atrás en la distancia.

Una voz rompió las meditaciones de Reith: una voz suspirante, raspante, sibilante, que no pudo comprender.

Anacho pulsó un botón, la voz se esfumó. Anacho no se mostró preocupado; Reith evitó hacer ninguna pregunta.

Pasó la tarde; las gargantas se hicieron más amplias y no tardaron en convertirse en barrancos de fondo plano hundidos en la oscuridad, mientras que las crestas que los separaban mostraban franjas de color oro oscuro. Una región tan lúgubre y tétrica como una tumba, pensó Reith. Recordó el poblado, ahora muy atrás, y se sintió melancólico.

Las crestas y picos terminaron bruscamente, formando el frente de un gigantesco despeñadero; el suelo de las gargantas se abría y juntaba. Allí delante estaba el Draschade. Carina 4269, hundiéndose en el horizonte, dejaba un rastro topacio en la plomiza agua.

Un promontorio se hundía en el mar, resguardando una docena de botes de pesca, altos de proa y popa. Un poblado se arracimaba junto a la orilla, con las luces ya encendidas en la creciente oscuridad.

Anacho trazó un lento círculo sobre el poblado. Señaló.

-¿Veis ese edificio de piedra con las dos cúpulas y las luces azules? Una taberna, o tal vez una posada. Sugiero que nos posemos y descansemos un poco. Hemos tenido un día agotador.

-Cierto, pero ¿no pueden rastrearnos hasta aquí los Dirdir?

-Es un riesgo pequeño. No tienen medios de hacerlo. Hace tiempo que he aislado el cristal de identidad. Y en cualquier caso, éste no es su camino.

Traz miró suspicaz al poblado, allá abajo. Nacido en las estepas interiores, desconfiaba del mar y de la gente del mar, a los que consideraba incontrolables y enigmáticos.

-Los habitantes del pueblo pueden resultar hostiles y lanzarse contra nosotros.

-Creo que no -dijo Anacho con aquella altiva voz que irritaba invariablemente a Traz-. En primer lugar nos hallamos al borde de los dominios Wankh; esa gente estará acostumbrada a los extranjeros. En segundo lugar una posada tan grande implica hospitalidad. En tercer lugar, más pronto o más tarde deberemos descender para comer y beber.

¿Por qué no aquí? El riesgo no puede ser mayor que en cualquier otra posada de la superficie de Tschai. En cuarto lugar, no tenemos ni planes ni destino. Considero una locura volar en medio de la noche sin rumbo fijo.
Reith se echó a reír.
-Me has convencido. Bajemos.
Traz agitó dubitativo la cabeza, pero no puso más objeciones.
Anacho posó el aparato en un campo junto a la posada, al abrigo de una hilera de chimax negros que oscilaban y suspiraban al frío viento procedente del mar. Los tres viajeros descendieron prudentemente, pero su llegada no había atraído mucha atención. Dos hombres, que avanzaban inclinados contra el viento prietamente envueltos en sus capas, se detuvieron un instante para observar el vehículo aéreo, luego prosiguieron su camino con sólo un breve comentario ocioso.
Tranquilizados, los tres hombres avanzaron hacia la parte delantera de la posada y cruzaron una pesada puerta de madera hasta un gran salón. Media docena de hombres de escaso pelo color arena y pálidos y blandos rostros se agrupaban en torno a la chimenea, sujetando jarras de peltre. Llevaban toscas ropas de pana gris y marrón, botas hasta las rodillas de bien aceitada piel; Reith los tomó por pescadores. Las conversaciones se detuvieron. Todos volvieron sus miradas hacia los recién llegados. Tras un momento regresaron al fuego, a sus jarras y a sus conversaciones.
Una corpulenta mujer vestida con ropas negras salió de una habitación de la parte de atrás.
-¿Quiénes sois?
-Viajeros. ¿Puedes proporcionarnos comida y alojamiento para esta noche?
-¿Cuál es vuestra gente? ¿Sois hombres de los fiordos? ¿O Rab?
-Ninguno de ellos.
-Los viajeros son a menudo gente que ha cometido fechorías en sus lugares de origen y han sido expulsados de allí.
-Admito que éste es a menudo el caso.
-Hummm. ¿Qué comeréis?
-¿Qué tienes?
-Pan y anguilas ahumadas con hilks.
-Entonces comeremos eso.
La mujer gruñó de nuevo y se alejó, pero les sirvió además una ensalada de líquenes dulces y una bandeja de condimentos. La posada, les informó, había sido originalmente la residencia de los reyes piratas Foglar. Se decía que había un tesoro enterrado bajo las mazmorras.
-Pero cuando cavas solamente descubres huesos y más huesos, algunos rotos, otros quemados. Eran unos hombres duros los Foglar. Bien, ¿queréis té?
Los tres hombres fueron a sentarse junto al fuego, Afuera el viento gemía en los aleros. La posadera agitó las brasas.
-Las habitaciones están al fondo del salón. Si necesitáis mujeres, deberé hacerlas venir; yo no sirvo a causa de mis dolores de espalda. Y tendré que cobrarlas aparte.
-No te molestes por eso -le dijo Reith-. Si las sábanas están limpias, nos

sentiremos satisfechos.
-Extraños viajeros los que llegan en un aparato aéreo tan grande. Tú -señaló con un dedo a Anacho- puede que seas un Hombre-Dirdir. ¿Es un aparato Dirdir?
-Puede que yo sea un Hombre-Dirdir, y puede que ese aparato sea un aparato Dirdir. Y puede que estemos realizando un trabajo importante en el que sea necesaria una absoluta discreción.
-Aja, entiendo. -La mujer no pudo reprimir su sorpresa-. Algo que ver con los Wankh, sin duda. ¿Sabéis que han habido grandes cambios en el sur? ¡Los Wankh y los Hombres-Wankh están enfrentados!
-Así nos han dicho.
La mujer se inclinó hacia delante.
-¿Qué hay de los Wankh? ¿Se retiran realmente? Corren rumores de que sí.
-No lo creo -dijo Anacho-. Mientras los Dirdir sigan ocupando Haulk, los Wankh mantendrán sus fortalezas en Kislovan, del mismo modo que los Chasch Azules mantendrán listos sus silos de torpedos.
-¡Y nosotros, pobres miserables humanos, peones de esa gran gente, sin saber nunca hacia qué lado saltar! -exclamó la mujer-. ¡Digo que Bevol se los lleve a todos, y nos dejen tranquilos!
Agitó un puño hacia el sur, hacia el sudoeste y hacia el noroeste, las direcciones en las que localizaba a sus principales antagonistas; luego se marchó.
Anacho, Traz y Reith siguieron sentados en la antigua sala de piedra, contemplando el parpadeante fuego.
-Bien -dijo Anacho-, ¿qué hacemos mañana?
-Mis planes siguen siendo los mismos -dijo Reith-. Pretendo regresar a la Tierra. En algún lugar, de alguna manera, tengo que entrar en posesión de una espacionave. Este programa no tiene sentido para vosotros dos. Deberíais ir a un lugar donde estuvierais seguros: las Islas de las Nubes, o quizá de vuelta a Smargash. Iremos allá donde vosotros decidáis; luego quizá me dejéis continuar en el aparato aéreo.
El largo rostro de arlequín de Anacho adoptó una expresión casi formal.
-¿Y dónde irás entonces?
-Mencionaste los talleres espaciales en Sivishe; ese será mi destino.
-¿Y el dinero? Necesitarás una gran cantidad, al mismo tiempo que sutileza, y sobre todo suerte.
-Para el dinero siempre están los Carabas. Anacho asintió.
-Cualquier desesperado de Tschai te dirá lo mismo. Pero la riqueza no llega sin un gran riesgo. Los Carabas se hallan dentro de la Reserva de Caza Dirdir; los que penetran allí se convierten en presas. Y si eludes a los Dirdir, están Buszli el Bandido, la Banda Azul, las mujeres vampiro, los apostadores, los hombres-gancho. Por cada hombre que consigue un puñado de sequins, otros tres dejan allí sus huesos, o llenan la barriga de los Dirdir. Reith hizo una mueca.
-Tendré que correr el riesgo.
Los tres permanecieron sentados, mirando al fuego. Traz se agitó.
-Hace mucho tiempo desde que llevaba el Onmale, pero nunca me he librado enteramente de su peso. A veces siento que me llama desde debajo

del suelo. Al principio ordenaba preservar la vida de Adam Reith; ahora, aunque quisiera, no podría abandonar a Adam Reith por miedo al Onmale.
-Yo soy un fugitivo -dijo Anacho-. No tengo vida propia. Hemos destruido la primera Iniciativa,* pero más pronto o más tarde habrá una segunda Iniciativa. Los Dirdir son pertinaces. ¿Sabéis dónde podemos encontrar la mayor seguridad? En Sivishe, al pie de la ciudad Dirdir de Hei. En cuanto a los Carabas... -Anacho suspiró afligido-. Adam Reith parece poseer una extraña habilidad para la supervivencia. No tengo nada mejor que hacer. Correré también el riesgo.
-No diré nada más -murmuró Reith-. Os agradezco vuestra compañía.
Durante un tiempo los tres siguieron contemplando las llamas. Afuera, el viento soplaba y silbaba.
-Bien, nuestro destino son los Carabas -dijo Reith-. ¿Por qué no debería proporcionarnos la nave una ventaja? Anacho agitó los dedos.
-No en la Zona Negra. Los Dirdir la captarían y estarían inmediatamente sobre nosotros.
-Tiene que existir algún tipo de táctica que disminuya el peligro -dijo Reith.
Anacho lanzó una lúgubre risita.
-Cada cual que visita la Zona tiene sus propias teorías. Algunos entran de noche; otros llevan camuflajes y botas con la suela acolchada para disimular su rastro. Algunos organizan brigadas y avanzan como una unidad; otros se sienten más seguros solos. Algunos entran por Zimle; otros bajan desde Maust. Las eventualidades son normalmente las mismas.
Reith se frotó reflexivamente la mandíbula.
-¿Se unen los Hombres-Dirdir a la caza? Anacho sonrió a las llamas.
-Los Inmaculados conocen la caza. Pero tu idea no tiene ningún valor. Ni tú ni Traz podéis aparentar con éxito a un Inmaculado.
El fuego se convirtió en cenizas; los tres se retiraron a sus altas y oscuras habitaciones y durmieron en duros colchones bajo sábanas que olían a mar. Por la mañana tomaron un desayuno de bizcochos salados y té, pagaron la cuenta y abandonaron la posada.
El día era melancólico. Fríos tentáculos neblinosos se enroscaban en torno a los chimax. Los tres hombres subieron al aparato aéreo. Se elevaron hacia el encapotado cielo, y finalmente surgieron a la amabarina luz solar. Se orientaron hacia el oeste, por encima del océano Draschade.

* Traducción inexacta de la palabra *tsau'gsh:* más exactamente, un grupo de decididos cazadores que han reclamado el derecho a proseguir una búsqueda o una tarea, a fin de conseguir status y reputación.

4

El gris Draschade se deslizaba a sus pies: el mismo océano que Reith había cruzado -le parecía que hacía eones de ello- a bordo del *Vargaz.* Anacho volaba cerca de la superficie, para minimizar el riesgo de ser detectados por las pantallas rastreadoras Dirdir.

-Tenemos importantes decisiones que tomar -anunció-. Los Dirdir son cazadores; nosotros vamos a convertirnos en presas. En pricipio, una vez iniciada, una caza debe consumarse, pero los Dirdir no son tan cohesivos como los Wankh; sus programas son el resultado de iniciativas individuales, los llamados *zhna-dih.* Esto significa «un gran salto impetuoso, acompañado de destellos como relámpagos». El celo consumido en encontrarnos depende de si el jefe cazador, el que realizó el primitivo *zhna-dih,* estaba a bordo de la nave y ahora ha muerto o no. En el primer caso hay una considerable disminución del riesgo, a menos que otro Dirdir desee afirmar su *h'so,* una palabra que significa «maravilloso predominio», y organice otro *tsau'gsh,* en cuyo caso las condiciones serán las mismas que antes. Si el jefe de la caza está aún vivo, se ha convertido en nuestro mortal enemigo.

-¿Y qué era antes? -preguntó Reith, maravillado. Anacho ignoró la observación.

-El jefe de la caza tiene la fuerza de la comunidad a su disposición, aunque impone su *h'so* más enfáticamente a través del *zhna-dih.* Sin embargo, si sospecha que estamos utilizando el vehículo aéreo, puede ordenar que sean utilizadas las pantallas rastreadoras. -Anacho señaló despreocupadamente un disco de metal gris a un lado del panel de instrumentos-. Si somos interceptados por una pantalla rastreadora, veréis aquí un entramado de líneas anaranjadas.

Pasaron las horas. Anacho condescendió a explicar la forma en que operaba el aparato; Traz y Reith se familiarizaron con los controles. Carina 4269 ascendió en el cielo, pasó por encima de la nave y empezó a descender hacia el oeste. El Draschade se deslizaba a sus pies, una enigmática extensión gris amarronada, que se confundía y mezclaba a lo lejos con el cielo.

Anacho empezó a hablar de los Carabas:

-La mayoría de los buscadores de sequins entran por Maust, a ochenta kilómetros al sur del Primer Mar. En Maust están las tiendas de equipamiento más completas, los mejores mapas y manuales, y otros servicios. Considero que es un destino tan bueno como cualquier otro.

-¿Dónde se encuentran normalmente los bulbos?

-En cualquier lugar dentro de los Carabas. No hay ninguna regla, ningún sistema para descubrirlos. Donde hay mucha gente buscando, los bulbos son naturalmente pocos.

-Entonces, ¿por qué no elegir una entrada menos popular?

-Maust es popular debido a que es la más conveniente.

Reith miró al frente, hacia la aún invisible costa de Kislovan y el desconocido futuro.

-¿Y si no utilizamos ninguna de esas entradas, sino algún punto intermedio?

-¿Y qué ganaremos con ello? La Zona es la misma en cualquier dirección.
-Tiene que existir alguna forma de minimizar los riesgos y maximizar los beneficios.
Anacho agitó despectivamente la cabeza.
-¡Eres un hombre extraño y obstinado! ¿No es esta actitud una forma de arrogancia?
-No -dijo Reith-. No lo creo así.
-¿Por qué deberías tener tú éxito con tanta facilidad allá donde muchos otros han fracasado? -argumentó Anacho.
Reith sonrió.
-No es arrogancia el que uno se pregunte por qué han fracasado.
-Una de las virtudes Dirdir es el *zs'hanh* -dijo Anacho-. Significa «indiferencia desdeñosa hacia la actividad de otros». Hay veintiocho castas de Dirdir, que no voy a enumerar, y cuatro castas de Hombres-Dirdir: los Inmaculados, los Intensivos, los Estranes y los Clutes. El *zs'hanh* es considerado como un atributo de los grados cuatro a trece de los Dirdir. Los Inmaculados practican también el *zs'hanh.* Es una noble doctrina.
Reith agitó sorprendido la cabeza.
-¿Cómo han conseguido los Dirdir crear y coordinar una civilización técnica? Con una mezcla tal de voluntades en conflicto...
-Lo has comprendido mal -dijo Anacho con su voz más nasal-. La situación es más compleja. Para ascender de casta un Dirdir debe ser aceptado en el siguiente grupo más alto. Consigue esta aceptación a través de sus logros, no ocasionando conflictos. El *zs'hanh* no es siempre adecuado para las clases inferiores, ni tampoco para las más altas, que utilizan la doctrina del *pn'hanh:* «la sagacidad corrosiva o roedora del metal».
-Yo debo pertenecer a una casta alta -dijo Reith-. Tengo intención de utilizar el *pn'hanh* antes que el *zs'hanh.* Tengo intención de explotar cualquier posible ventaja y evitar todo riesgo.
Reith miró de soslayo al gran rostro lúgubre. *Desea señalar que mi casta es demasiado baja para tales pretensiones,* pensó, *pero sabe que me reiré de él.*
El sol se hundió con una anormal deliberación, con su índice de inmersión en el mar frenado por el avance hacia el oeste del aparato. A última hora de la tarde una masa gris violácea surgió en el horizonte, como acudiendo al encuentro del disco solar marrón pálido. Era la isla Leume, muy próxima a la parte inferior del continente de Kislovan.
Anacho hizo girar ligeramente el aparato hacia el norte y aterrizó en un destartalado pueblo en el arenoso cabo norte. Pasaron la noche en la Hostería del Soplador de Vidrio, una estructura hecha a base de botellas y jarras desechadas por las tiendas y las canteras de arena de la parte de atrás de la ciudad. La hostería era húmeda y estaba empapada de un peculiar olor ácido; la sopa de la cena, servida en una pesada sopera de vidrio verde, desprendía el mismo aroma. Reith observó la similitud a Anacho, que llamó al camarero Gris* y le preguntó altivamente. El

* Gris: Término que designa en general a varios pueblos híbridos de Hombres-Dirdir, Hombres de las Marismas, Hombres-Chasch y otros; generalmente corpulentos y de grandes cabezas, & menudo de complexión gris amarillenta, y ocasionalmente algo albinoides.

camarero señaló a un largo insecto negro que se escurría por el suelo.
-Los skarats son criaturas que exhalan un fuerte olor. Bevol nos los envió como una plaga, hasta que decidimos utilizarlos y descubrimos que eran nutritivos. Ahora apenas conseguimos capturar los suficientes.
Desde hacía tiempo Reith había adoptado la costumbre de no preguntar acerca de la comida que le era puesta delante, pero ahora no pudo evitar un mirada a la sopera.
-¿Quieres decir que... la sopa...?
-Naturalmente -afirmó el camarero-. La sopa, el pan, los adobos: todo está aromatizado al skarat, y si no los utilizáramos para esto nos infestarían con el mismo efecto, así que hacemos de la conveniencia una virtud y realzamos al mismo tiempo los sabores.
Reith apartó la sopa de delante. Traz comió imperturbable. Anacho resopló irritadamente y comió también. Reith pensó que los melindres no eran propios de Tschai, o él al menos no los había detectado. Lanzó un profundo suspiro, y puesto que no había otra comida, tragó la sopa de rancio sabor.
A la mañana siguiente el desayuno fue de nuevo sopa, con una guarnición de plantas marinas. Los tres hombres partieron inmediatamente después, cruzando el golfo de Leume hacia el norte y penetrando en las pedregosas extensiones de Kislovan.
Anacho, normalmente impertérrito, empezó a mostrarse ahora inquieto, mirando hacia el suelo, escrutando las protuberancias y las burbujas, las zonas de pelaje marrón y terciopelo rojo y los temblorosos espejos que constituían los instrumentos.
-Nos acercamos a los dominios Dirdir -dijo-. Nos desviaremos hacia el norte en dirección al Primer Mar, luego hacia el este a Khorai, donde deberemos abandonar el aparato y cruzar el Zoga'ar zum Fulkash am* hasta Maust. Luego... los Carabas.

* Literalmente: la ruta de las cabezas de muerto con resplandecientes órbitas púrpura.

5

El vehículo aéreo volaba por encima del gran Desierto de Piedra, paralelo a los picos negros y rojos de la Cordillera de Zopal, sobre resecas llanuras de polvo, campos de pedregal, dunas de arena rosa oscuro, un oasis solitario rodeado por las plumas de los blancos árboles de humo.
A última hora de la tarde una tormenta de viento alzó torbellinos de polvo cobrizo sobre el paisaje, sumergiendo a Carina 4269 en la oscuridad. Anacho desvió el aparato hacia el norte. Finalmente, una línea azul negruzca en el horizonte señaló el Primer Mar.
Anacho aterrizó inmediatamente en medio de la aridez, a unos quince kilómetros del mar.
-Khorai está aún a horas de distancia; mejor no llegar después de oscurecer. Los Khor son una gente suspicaz, que saca sus cuchillos a la primera palabra fuerte. Por la noche golpean sin ninguna provocación.
-¿Es esa gente la que va a cuidar de nuestro aparato?
-¿Qué ladrón sería lo bastante loco como para molestar a los Khor?
Reith miró los desolados alrededores.
-Prefiero la cena de la Hostería del Soplador de Vidrio que nada en absoluto.
-¡Ja! -dijo Anacho-. En los Carabas recordarás con añoranza el silencio y la paz de esta noche.
Se echaron sobre la arena. La noche era oscura y muy despejada. Directamente sobre sus cabezas brillaba la constelación de Clari, en la que, invisible a los ojos, estaba el Sol. ¿Volvería a ver alguna vez la Tierra?, se preguntó Reith. ¿Cuántas veces tendría ocasión se tenderse bajo el cielo nocturno y alzar la vista hacia Argo Navis en busca del invisible sol amarronado Carina 4269 y su pequeño planeta Tschai?
Un parpadeo en el interior del vehículo aéreo atrajo su atención: fue a mirar, y descubrió un entramado de líneas anaranjadas oscilando en la pantalla del radar.
Cinco minutos más tarde desapareció, dejando a Reith con una sensación de frío y desolación.
Por la mañana el sol se alzó al borde de la árida llanura en un cielo sorprendentemente claro y transparente, de tal modo que cada pequeña irregularidad, cada guijarro, dejaba una larga sombra negra. Anacho hizo elevarse el aparato y voló a poca altura; él también había observado el parpadeo naranja de la noche anterior. La desolación empezó a receder: aparecieron grupos de atrofiados árboles de humo, y más tarde negros dendrones y arbustos vejiga.
Alcanzaron el Primer Mar y giraron al oeste, siguiendo la línea de la costa. Pasaron por encima de algunos poblados: chozas de apagados ladrillos rojos con techos cónicos de hierro negro, junto a bosquecillos de enormes árboles dian, que Anacho declaró eran sagrados. Unos muelles desvencijados como cienpiés muertos penetraban en la oscura agua; la playa estaba llena de botes de madera negra de doble proa varados en la arena. Reith miró a través del sondascopio y observó la presencia de hombres y mujeres de piel color amarillo mostaza. Llevaban ropas negras y altos sombreros negros; cuando el aparato pasó sobre ellos, alzaron la

vista con aire poco amistoso.
-Khors -afirmó Anacho-. Gente extraña de secretas costumbres. Son distintos de día que de noche, o al menos eso se dice. Cada individuo posee dos almas que van y vienen con el amanecer y el atardecer, de modo que cada uno es dos personas distintas. Se cuentan historias peculiares. -Señaló hacia delante-. Observa la orilla, allí donde forma como un embudo.
Reith miró en la dirección indicada y vio uno de los ahora familiares bosquecillos de dians y un grupo de tristes chozas amarronadas con negros techos de hierro. Una carretera surgía de un pequeño recinto y se encaminaba al sur por entre las onduladas colinas, hacia los Carabas.
-He aquí el bosquecillo sagrado de los Khor -dijo Anacho-, donde, o al menos eso se dice, son intercambiadas las almas. Más allá puedes ver la terminal de caravanas y la carretera a Maust. No me atrevo a llevar más lejos el aparato; aquí debemos aterrizar y seguir nuestro camino hasta Maust como vulgares buscadores de sequins, lo cual no es necesariamente una desventaja.
-¿Y cuando regresemos el aparato aún estará aquí? Anacho señaló hacia el muelle.
-Observa los botes anclados.
Mirando por el sondascopio, Reith observó tres o cuatro docenas de botes de todos tipos.
-Esos botes -dijo Anacho- trajeron hasta Khorai a los buscadores de sequins desde Coad, Hedaijha, las Islas Bajas, desde el Segundo Mar y el Tercer Mar. Si los propietarios regresan dentro del término de un año, parten con ellos de Khorai de vuelta a sus hogares. Si al cabo del año no han regresado, el bote se convierte en propiedad del capitán del puerto. Sin duda podremos arreglar el mismo tipo de contrato.
Reith no discutió la idea, y Anacho hizo descender el aparato hasta la playa.
-Recordad -advirtió Anacho-, los Khor son una gente muy sensible. No habléis con ellos; no les prestéis atención excepto por necesidad, en cuyo caso debéis usar el menor número posible de palabras. Consideran la locuacidad un crimen contra la naturaleza. No os situéis
contra el viento con relación a un Khor, ni si es posible a favor del viento; tales actos son simbólicos de antagonismo. Nunca deis muestras de la presencia de una mujer; no miréis a sus hijos... sospecharán que les estáis echando una maldición; y sobre todo ignorad el bosquecillo sagrado. Su arma es el dardo de hierro, que lanzan con una sorprendente precisión; son una gente peligrosa.
-Espero recordarlo todo -dijo Reith.
El aparato aterrizó en los guijarros de la playa; unos segundos más tarde un individuo alto y delgado de piel curtida, con unos profundos ojos, mejillas hundidas y una nariz como un pico de ave llegó corriendo junto a ellos, con su túnica de burda tela azotando sus piernas en su carrera.
-¿Vais a los Carabas, los terribles Carabas? Reith asintió cautelosamente.
-Ésta es nuestra intención.
-¡Vendedme vuestro vehículo aéreo! He entrado cuatro veces en la Zona, arrastrándome de roca en roca; ahora tengo mis sequins. Vendedme

vuestro vehículo aéreo, para que pueda volver a Holangar.
-Desgraciadamente, lo necesitaremos para nuestro regreso.
-¡Os ofrezco sequins, sequins púrpuras!
-No significan nada para nosotros; vamos a encontrarlos por nuestros propios medios.
El demacrado hombre hizo un gesto emotivo demasiado salvaje para ser expresado con palabras y siguió corriendo por la playa. Ahora se acercaban un par de Khor: hombres en cierto modo esbeltos y delicados físicamente, con túnicas negras y sombreros negros cilíndricos que les daban la ilusión de una mayor altura. Sus rostros color amarillo mostaza eran graves e inexpresivos, sus narices finas y pequeñas, sus orejas frágiles cartílagos casi transparentes. El fino pelo negro les crecía más hacia arriba que hacia abajo, y quedaba confinado dentro del alto sombrero. Reith tuvo la impresión de que eran una rama de la humanidad tan divergente como los Hombres-Chasch, quizá una especie distinta.
El más viejo de los dos habló con una voz fina y suave:
-¿Por qué habéis venido aquí?
-Venimos a buscar sequins -dijo Anacho-. Esperamos poder dejar el vehículo aéreo a vuestro cuidado.
-Debéis pagar. El vehículo aéreo es un aparato valioso.
-Mucho mejor para vosotros si no regresamos. No podemos pagar nada.
-Si regresáis, deberéis pagar.
-No, ningún pago. No insistas o volaremos directamente hasta Maust.
Los rostros color amarillo mostaza no mostraron la menor emoción.
-Muy bien, pero os concedemos solamente hasta el mes de Temas.
-¿Sólo tres meses? ¡Un período demasiado corto! Danos hasta finales del Meumas, o mejor del Azaimas.
-Hasta el Meumas. Vuestro vehículo aéreo estará seguro contra todos excepto contra aquellos a quienes lo robasteis.
-Estará totalmente seguro; no somos ladrones.
-Que así sea. Hasta el primer día del mes de Meumas, en el preciso instante.
Los tres viajeros tomaron sus posesiones y cruzaron Khorai hasta la terminal de caravanas. Bajo un cobertizo abierto había un carromato a motor preparado para el viaje, con una docena de hombres de distintas razas a su lado. Hicieron los arreglos necesarios para el pasaje, y una hora más tarde partían de Khorai, siguiendo la carretera del sur hacia Maust.
El carromato a motor cruzó áridas colinas y pantanos secos, deteniéndose para pasar la noche en un albergue regentado por una comunidad de mujeres de blancos rostros. O bien eran miembros de alguna secta religiosa orgiástica o simples prostitutas; mucho tiempo después de que Reith, Anacho y Traz se hubieran acostado en los bancos que servían como camas, los gritos ebrios y las risas estentóreas seguían llegando aún de la sala común llena de humo.
Por la mañana la sala común estaba a oscuras y tranquila, oliendo a vino derramado y al humo de las luces apagadas. Había hombres recostados boca abajo sobre las mesas, o despatarrados en los bancos, con rostros cenicientos. Entraron las mujeres del lugar, ahora con voces duras y perentorias, llevando calderos de goulash claro y amarillento. Los hombres

se agitaron y gruñeron, comieron sombríamente en bols de tierra, y se dirigieron tambaleantes al carromato a motor, que prosiguió la marcha inmediatamente hacia el sur.

Al mediodía apareció Maust en la distancia: un amasijo de estrechos edificios con altos gabletes y retorcidos techos, construidos con maderos de color oscuro y tejas blanqueadas por el tiempo. Más allá se extendía una desnuda llanura hasta las entrevistas Colinas del Recuerdo. Un grupo de muchachos apareció corriendo para recibir al carromato a motor. Gritaban eslóganes y alzaban carteles y pancartas: «¡Atención, buscadores de sequins! ¡Kobo Hux os venderá uno de sus excelentes detectores de bulbos!» «Formulad vuestros planes en la Hospedería de las Luces Púrpura.» «Las armas, almohadillados para los pies, mapas y artículos para cavar de Sag el Mercader son tremendamente útiles.» «No vayáis al azar; Garzu el Vidente adivina la localización de los bulbos púrpura más grandes.» «Huid de los Dirdir con toda la velocidad posible; utilizad las flexibles botas que os proporciona Awalko.» «Vuestros últimos pensamientos serán agradables si, antes de morir, consumís las tabletas euforizantes formuladas por Laus el Taumaturgo.» «Gozad de un alegre respiro antes de entrar en la Zona en la Plataforma de la Alegría.»

El carromato a motor se detuvo en un recinto al extremo de Maust. Los pasajeros se fundieron con una multitud de hombres charlatanes, muchachos insistentes, chicas de sonrientes rostros, cada uno de ellos con una nueva oferta. Reith, Traz y Anacho se abrieron camino entre la multitud evitando de la mejor manera que pudieron las manos que intentaban agarrarlos a ellos y a sus posesiones.

Entraron en una estrecha calle que avanzaba entre altas estructuras oscurecidas por el tiempo y donde apenas penetraba el color cerveza de la luz del sol. Algunas de las casas vendían artículos y utensilios concebiblemente útiles para el buscador de sequins: equipos de marcado, camuflajes, eliminadores de rastro, tenazas, horquillas, barras, monoculares, mapas, guías, talismanes y polvos de plegarias. De otras casas llegaba el resonar de címbalos, un ronco graznar de oboes, todo ello acompañado por gritos de ebria exaltación. Algunos de los edificios estaban dedicados al juego; otros funcionaban como posadas, con restaurantes en la planta baja. Por todos lados se apreciaba el peso de la antigüedad, incluso en el seco y aromático olor del aire. Las piedras se veían pulidas por el toque casual de miles de manos; las maderas interiores eran oscuras y enceradas; las viejas tejas marrones mostraban un lustre sutil a la resplandeciente luz.

En la parte trasera de la plaza central se alzaba una espaciosa hostelería, con la apariencia de ofrecer una confortable acomodación. Anacho se decantó por ella, aunque Traz gruñó ante lo que consideraba un lujo excesivo e innecesario.

-¿Tenemos que pagar el precio de un caballo saltador simplemente por dormir una noche? -se quejó-. Hemos pasado por una docena de albergues más de mi agrado.

-A su debido tiempo aprenderás a apreciar los refinamientos de la civilización -dijo Anacho con indulgencia-. Veamos lo que nos ofrece el interior.

Cruzaron una puerta de madera labrada y se hallaron en el salón. Una serie de candelabros que representaban lluvias de sequins colgaban del techo; una magnífica alfombra, negra con un borde entre gris y pardo y cinco estrellas escarlatas o ocres cubrían las baldosas del suelo.
Un mayordomo se les acercó para inquirir sus necesidades. Anacho pidió tres habitacions, ropas limpias, baños y ungüentos.
-¿Y cuáles son vuestras tarifas? -quiso saber.
-Por tal acomodación cada uno deberéis pagar cien sequins* al día -respondió el mayordomo.
Traz lanzó una exclamación de sorpresa; incluso Anacho se sintió inclinado a protestar.
-¿Qué? ¿Por tres modestas habitaciones pides trescientos sequins? ¿No tienes sentido de la proporción? El precio es abusivo.
El mayordomo hizo una breve inclinación de cabeza.
-Señores, ésta es la famosa Hospedería Alawan, en el umbral de los Carabas. Nuestros clientes nunca se quejan; su destino es o bien la riqueza o los intestinos de los Dirdir. Entonces, ¿qué importan unos cuantos sequins más o menos? Si sois incapaces de pagar nuestras tarifas os sugiero la Posada del Buen Reposo o el Albergue de la Zona Negra. Observad sin embargo que la tarifa incluye el acceso a un bufete de vituallas de buena calidad así como a una biblioteca de mapas, guías y consejos técnicos, sin mencionar los servicios de un experto consultor.
-Muy bien -dijo Reith-. Primero veremos el Albergue de la Zona Negra, y otros dos o tres establecimientos.
El Albergue de la Zona Negra ocupaba los pisos superiores de un salón de juego. La Posada del Buen Reposo era un conjunto de fríos barracones a un centenar de metros al norte de la ciudad, junto a un basurero.
Tras inspeccionar algunos otros alojamientos, los tres hombres regresaron al Alawan, donde tras un furioso regateo consiguieron una pequeña rebaja en la tarifa, aunque tuvieron que pagar por adelantado.
Tras una comida compuesta por carne guisada y pastel de maíz, los tres amigos se dirigieron a la biblioteca, en la parte trasera del segundo piso. La pared lateral mostraba desplegado un gran mapa de la Zona; las estanterías contenían folletos, portofolios, compilaciones. El consultor, un hombre bajito de ojos tristes, se sentaba a un lado y respondía a las preguntas con un susurro confidencial. Los tres pasaron la tarde estudiando la fisiografía de la Zona, los itinerarios de las expediciones exitosas y fracasadas, la distribución estadística de las muertes provocadas por los Dirdir. De aquellos que entraban en la Zona, algo menos de dos tercios regresaban, con un beneficio medio en sequins por valor de unos seiscientos.
-Las cifras son engañosas -indicó Anacho-. Incluyen a los marginales, que nunca se aventuran a más de un kilómetro en el interior de la Zona. Los buscadores que se adentran en las colinas y en las lejanas laderas constituyen la mayor parte de las bajas y la mayor parte del beneficio.
Había un millar de aspectos en la ciencia de la búsqueda de sequins, con hileras de estadísticas para iluminar cualquier posible curiosidad. A la vista de un grupo de Dirdir un buscador de sequins podía echar a correr,

* Las sumas expresadas en sequins lo son en términos de la unidad de valor del sequin, el «blanco».

esconderse o luchar, con sus posibilidades de salir con bien calculadas en términos de fisiografía, hora del día, proximidad al Portal de los Destellos. Los buscadores organizados en grupos para autoprotección atraían un número de Dirdir por encima del índice de compensación, y sus posibilidades de supervivencia disminuían. Los bulbos se encontraban en cualquier parte de la Zona, la mayoría en las Colinas del Recuerdo y en la Terraza Sur, la sabana al extremo más alejado de las colinas. Los Carabas eran considerados como una tierra de nadie, y los buscadores se emboscaban a veces los unos a los otros;
tales actos estaban contabilizados como un once por ciento del riesgo.
Se acercaba el anochecer, y la biblioteca estaba sumiéndose en la penumbra. Los tres amigos bajaron al refectorio donde, bajo la luz de tres grandes candelabros, una serie de sirvientes con librea negra de seda habían depositado ya la cena. Reith se sintió impulsado a remarcar tanta elegancia, a lo que Anacho lanzó un ladrido de sardónica risa.
-¿Cómo si no justificar unas tarifas tan exorbitantes? -Se dirigió al bufet y regresó con tres copas de vino de especias.
Los tres, reclinados en los antiguos canapés, observaron a los demás huéspedes, la mayoría de los cuales permanecían sentados a solas. Unos pocos iban por parejas, y un único grupo de cuatro se apiñaba en una mesa apartada, envueltos en capas oscuras y capuchas que revelaban solamente largas narices marfileñas.
-Dieciocho hombres en el salón, contándonos a nosotros -observó Anacho-. Nueve encontrarán sequins, nueve no encontrarán nada. Dos pueden localizar un bulbo de gran valor, púrpura o escarlata. Diez, quizá doce, pasarán a las barrigas Dirdir. Seis, o quizá ocho, regresarán a Maust. Aquellos que vayan más lejos en busca de los bulbos más valiosos correrán el mayor riesgo; los seis u ocho que vuelvan no sacarán un gran provecho.
-Cada día que pasa en la Zona un hombre se enfrenta a una posibilidad sobre cuatro de morir -dijo Traz lúgubremente-. Sus beneficios medios son de unos cuatrocientos sequins; parece como si esos hombres, y nosotros también, valoráramos la vida solamente en mil seiscientos sequins.
-Hemos de encontrar algún medio de mejorar nuestras posibilidades -dijo Reith.
-Todo el mundo que acude a la Zona hace planes similares -dijo secamente Anacho-. No todos tienen éxito.
-Entonces debemos intentar algo que nadie haya tomado aún en consideración.
Anacho emito un sonido escéptico.
Salieron a explorar la ciudad. Los cabarets exhibían luces rojas y verdes; en los balcones, muchachas de rostros impasibles hacían gestos y posturas a los transeúntes y cantaban extrañas y suaves canciones. Las casas de juego mostraban luces más brillantes y una actividad más ferviente. Cada una de ellas parecía especializarse en un juego en particular, tan simple como los dados de catorce caras, tan complejo como el ajedrez jugado contra los profesionales de la casa.
Se detuvieron para observar un juego llamado Localiza el Bulbo Púrpura. Un tablero de diez metros de largo por tres de ancho representaba los

Carabas. Los Promontorios, las Colinas del Recuerdo, la Terraza Sur, las gargantas y valles, las sabanas, los riachuelos y los bosques estaban fielmente representados. Luces azules, rojas y púrpuras indicaban la localización de los bulbos, esparcidos a lo largo de los Promontorios, y más abundantes en las colinas del Recuerdo y en la Terraza Sur. Khusz, el campamento de caza Dirdir, era un bloque blanco, con protuberancias púrpuras en forma de cuernos en cada esquina. Una cuadrícula numerada estaba sobrepuesta a todo el escenario. Una docena de jugadores manejaban el tablero, cada uno de ellos controlando un muñeco. En el tablero había también las efigies de cuatro cazadores Dirdir al acecho. Los jugadores arrojaban por turno un dado de catorce lados para determinar el movimiento de sus muñecos a lo largo y ancho de la cuadrícula, según la elección del jugador. Los cazadores Dirdir, moviéndose por la misma cuadrícula, intentaban alcanzar una de las intersecciones en las cuales se encontraba algún muñeco, en cuyo momento este muñeco era declarado destruido y eliminado del juego. Cada muñeco intentaba alcanzar las intersecciones donde se hallaban las luces que representaban bulbos de sequins, aumentando así su puntuación. En el momento en que desearan podían abandonar la Zona saliendo por el Portal de los Destellos, y le eran pagadas sus ganancias. La mayor parte de las veces, movido por la codicia, el jugador mantenía su muñeco en el tablero hasta que un Dirdir lo alcanzaba, con lo cual perdía la totalidad de sus ganancias. Reith observó fascinado el juego. Los jugadores permanecían sentados, aferrados a las barras de sus cabinas. Miraban y se agitaban, dando roncas órdenes a los operadores, gritando excitadamente cuando alcanzaban un bulbo, gruñendo cuando se acercaba un Dirdir, echándose hacia atrás con rostros demudados cuando sus muñecos eran destruidos y perdían sus ganancias.
El juego terminó. Ya no quedaba ningún muñeco en los Carabas.
Ningún Dirdir cazaba en una Zona vacía. Los jugadores descendieron rígidamente de sus cabinas; aquellos que habían conseguido salir de la Zona recogieron sus ganancias. Los Dirdir regresaron a Khusz, más allá de la Terraza Sur. Nuevos jugadores pagaron su participación en el juego y recibieron sus muñecos, y el juego empezó una vez más.
Reith, Traz y Anacho prosiguieron su paseo por la calle. Reith se detuvo ante un escaparate para examinar los fajos de papeles doblados exhibidos en él. Unos letreros rezaban:

Meticulosamente anotado a lo largo de diecisiete años: el mapa de Sabour Yan por sólo 1000 sequins, garantizada su no explotación.
y
El mapa de Goragonso el Misterioso, que vivió en la Zona como una sombra, alimentando sus bulbos secretos como si fueran niños, por sólo 3500 sequins. Nunca explotado.

Reith miró a Anacho en busca de una explicación.
-Muy sencillo. Gente como Sabour Yan y Goragonso el Misterioso exploran durante años las regiones seguras de los Carabas, buscando los bulbos de calidad inferior, los blancos y cremas, los azul pálidos que son conocidos

como sardos, los verde pálidos. Cuando localizan esos bulbos anotan cuidadosamente su posición y los ocultan de la mejor manera que pueden, bajo montones de piedras o placas de esquistos, pensando en regresar años más tarde una vez los bulbos hayan madurado. Si encuentran bulbos púrpura tanto mejor, pero en las regiones cercanas que frecuentan en razón de la seguridad los bulbos púrpura suelen ser escasos, excepto aquellos que como «blancos» o «cremas» o «sardos» fueron descubiertos y ocultados una generación antes. Cuando tales hombres resultan muertos, sus mapas se convierten en valiosos documentos. Desgraciadamente, adquirir uno de esos mapas puede ser arriesgado. La primera persona que ha entrado en posesión del mapa puede haberlo «explotado», retirando los mejores bulbos, y luego poniendo a la venta el mapa como «no explotado». ¿Quién puede probar lo contrario?

Regresaron los tres al Alawan. En el salón, un único candelabro exudaba la luz de un centenar de apagadas joyas que se perdían entre las sombras, con tan sólo un destello de color aquí y allá en la oscura madera. El refectorio estaba también en penumbra, ocupado por unos pocos grupos murmurantes. Se sirvieron sendos bols de té a la pimienta de una tetera y se acomodaron en un reservado.

Traz dijo con voz irritada:

-Este lugar es una locura: Maust y los Carabas juntos. Deberíamos marcharnos y buscar la riqueza de alguna manera normal.

Anacho hizo un gesto despreocupado con sus blancos dedos, y su aflautada voz adoptó un tono didáctico:

-Maust no es más que un aspecto de las relaciones entre hombres y dinero, y debe ser considerado sobre esta base.

-¿Siempre tienes que estar diciendo tonterías? -gruñó Traz-. Ganar sequins en Maust o en la Zona es una apuesta, en la que las posibilidades son pocas. A mí nunca me ha gustado apostar.

-En lo que a mí respecta -dijo Reith-, planeo ganar sequins, pero no tengo la menor intención de apostar.

-¡Imposible! -declaró Anacho-. En Maust apuestas con sequins; en la Zona apuestas con tu vida. ¿Cómo piensas evitar hacerlo?

-Puedo intentar reducir las posibilidades a un nivel tolerable.

-Todo el mundo espera hacer lo mismo. Pero los fuegos Dirdir arden por la noche en todos los Carabas, y en Maust los propietarios de las tiendas ganan más que la mayoría de los buscadores de sequins.

-Recolectar sequins es inseguro y lento -dijo Reith-. Yo prefiero los sequins ya recolectados.

Anacho frunció los labios en un gesto de irónico cálculo.

-¿Planeas robar a los buscadores de sequins? El proceso es arriesgado.

Reith alzó la vista hacia el techo. ¿Cómo podía Anacho leer tan equivocadamente sus procesos mentales?

-No planeo robar a los buscadores de sequins.

-Entonces me siento desconcertado -dijo Anacho-. ¿A quién pretendes robar?

Reith habló con mucho cuidado.

-Mientras observábamos el juego de la búsqueda y la caza, empecé a preguntarme: cuando los Dirdir matan a un buscador, ¿qué ocurre con

sus sequins?
Anacho dejó que sus dedos se agitaran con hastío.
-Los sequins son botín, naturalmente; ¿qué otra cosa pueden ser?
-Consideremos un grupo de caza Dirdir típico: ¿durante cuánto tiempo permanece en la Zona?
-De tres a seis días. Las grandes cazas y las conmemorativas son más largas; las cazas de competición suelen ser más cortas.
-Y, en un día, ¿cuántas muertes consigue una partida típica de caza?
Anacho meditó.
-Naturalmente, cada cazador espera conseguir un trofeo diario. El grupo normal experimentado suele matar dos o tres veces al día, incluso más. Malgastan mucha carne, necesariamente.
-Así que la partida de caza típica regresa a Khusz con los sequins de al menos veinte buscadores.
-Así parece -dijo secamente Anacho.
-El buscador medio lleva consigo sequins por valor de, digamos, quinientos. En consecuencia, cada grupo de caza regresa con un valor de diez mil sequins.
-No dejes que los cálculos te exciten -indicó Anacho con la más fría de sus voces-. Los Dirdir no son gente generosa.
-El tablero del juego. ¿Puedo tomarlo como una representación exacta de la Zona?
Anacho asintió con un gesto hosco.
-Razonablemente sí. ¿Por qué lo preguntas?
-Mañana quiero trazar las rutas de la caza desde Khusz, ida y vuelta. Si los Dirdir acuden a los Carabas para cazar hombres, difícilmente podrán protestar si los hombres cazan Dirdir.
-¿Cómo puedes imaginar a los hombres cazando Refulgentes? -croó Anacho.
-¿Nunca se ha hecho antes?
-¡Nunca! ¿Acaso los gekkos cazan a los smur?
-En ese caso tendremos además el beneficio de la sorpresa.
-¡No lo dudes! -declaró Anacho-. Pero tendréis que hacerlo sin mí; no quiero tener nada que ver con ello. Traz ahogó una risotada; Anacho se volvió hacia él.
-¿Qué es lo que te divierte tanto?
-Tu miedo.
Anacho se reclinó en su asiento.
-Si conocieras a los Dirdir tan bien como yo, tú tambien tendrías miedo.
-Están vivos. Si los matas, mueren.
-Son difíciles de matar. Cuando *cazan,* utilizan una región separada de su mente, que llaman el «Viejo Estado». Ningún hombre puede hacer nada contra ellos. La idea de Reith roza la demencia.
-Mañana estudiaremos de nuevo el tablero del juego -dijo Reith con voz apaciguadora-. Puede que nos sugiera algo.

6

Tres días más tarde, una hora antes del amanecer, Reith, Traz y Anacho partieron de Maust. Cruzaron el Portal de los Destellos y se encaminaron cruzando los Promontorios hacia las Colinas del Recuerdo, negras en el moteado cielo marrón oscuro y violeta, a quince kilómetros al sur. Delante y detrás de ellos, una docena de otras formas corrían medio agazapadas en medio de la fría semipenumbra. Algunas iban cargadas con equipo: herramientas para cavar, armas, ungüentos desodorantes, tintes para el rostro, camuflaje; otros no llevaban más que una mochila, un cuchillo, una bolsa de raciones alimenticias.

Carina 4269 se asomó tras la oscuridad, y algunos de los buscadores se arrastraron entre la maleza o se ocultaron bajo telas de camuflaje para aguardar la vuelta de la oscuridad antes de seguir su camino. Otros siguieron adelante, ansiosos por alcanzar el Campo de Peñascos, aceptando el riesgo de ser interceptados. Estimulados por evidencias de este riesgo -cenizas mezcladas con huesos quemados y trozos de cuero-, Reith, Traz y Anacho aceleraron el paso. Medio trotando, medio corriendo, alcanzaron el refugio del Camapo de Peñascos, donde los Dirdir desdeñaban cazar, sin ningún incidente.

Depositaron sus mochilas y se tendieron para descansar. Casi inmediatamente aparecieron un par de robustas figuras: hombres de una raza inidentificable para Reith, de piel marrón oscuro, con largo y enmarañado pelo y rizadas barbas. Iban vestidos de andrajos; hedían abominablemente e inspeccionaron a los tres con un truculento aplomo.

-Estamos al mando de este lugar -gruñó uno con una voz gutural-. El precio por descansar aquí es de cinco sequins cada uno; si os negáis os arrojaremos fuera, y tened en cuenta que los Dirdir merodean por la cresta norte.

Instantáneamente Anacho se puso en pie de un salto y le dio al que había hablado un gran golpe en la cabeza con la parte plana de la pala. El segundo hombre hizo un molinete con el palo que llevaba; Anacho utilizó esta vez el filo de la pala, lanzándole un golpe tal a las muñecas que casi se las seccionó. El palo salió volando por los aires; el hombre retrocedió tambaleándose y mirándose las manos horrorizado: colgaban de sus muñecas como un par de guantes vacíos.

-Id vosotros a enfrentaros a los Dirdir. -Dio un paso adelante, con la pala alzada; los dos hombres se alejaron torpemente entre las rocas. Anacho los observó hasta que desaparecieron-. Será mejor que sigamos.

Tomaron de nuevo sus mochilas y siguieron andando; apenas lo habían hecho cuando un gran trozo de roca cayó y se estrelló contra el suelo. Traz saltó a un peñasco y disparó su catapulta; se oyó un grito de dolor.

El trío recorrió un centenar de metros en dirección sur, ascendiendo la ladera que se elevaba desde el Campo de Peñascos y deteniéndose en un lugar desde donde dominaban una vista general de los Promontorios y no podían ser atacados por detrás.

Reith se sentó en el suelo y extrajo su sondascopio para estudiar el paisaje. Captó a media docena de furtivos buscadores, y a un grupo de Dirdir en una colina al este. Durante diez minutos los Dirdir

permanecieron inmóviles, luego desaparecieron de pronto. Un momento más tarde los captó de nuevo, avanzando con largas zancadas saltarinas ladera abajo en dirección a los Promontorios.
Durante la tarde, sin ningún Dirdir a la vista, los buscadores empezaron a aventurarse fuera del Campo de Peñascos. Reith, Traz y Anacho acabaron de ascender la ladera y llegaron a la cresta tan directamente como se lo permitía la cautela. Ahora estaban solos. No se oía el menor sonido.
Como era preciso mantenerse ocultos, el avance era lento; el anochecer los alcanzó ascendiendo desde el fondo de un barranco debajo mismo de la colina, y salieron justo a tiempo para ver los últimos rayos de corroída plata de Carina 4269 desvanecerse de su vista. Al sur el terreno se ondulaba en valles y promontorios hasta la Terraza: un terreno rico en sequins, pero extremadamente peligroso debido a la proximidad de Khusz, a unos quince kilómetros al sur.
Con el ocaso un extraño aire, mezcla de melancolía y horror, se extendió sobre los Carabas. Aparecieron parpadeantes fuegos en todas direcciones, cada uno de ellos con su macabra implicación. Sorprendente, pensó Reith, que los hombres, fuera lo que fuese lo que les motivaba, penetraran en aquel lugar. A no más de cuatrocientos metros un fuego brotó de pronto a la existencia, y los tres amigos se agacharon rápidamente entre las sombras. Las pálidas formas de los Dirdir eran claramente distinguibles a ojo desnudo.
Reith los estudió a través del sondascopio. Iban de un lado para otro, con sus refulgencias radiando como largas antenas fosforescentes, y parecían estar emitiendo sonidos demasiado blandos para ser oídos.
-Están utilizando el «Viejo Estado» de sus cerebros -susurró Anacho-. Ahora son auténticas bestias salvajes, como lo eran en las llanuras de Sibol hace un millón de años.
-¿Por qué van de un lado para otro?
-Es su costumbre; se preparan para su frenesí gastronómico.
Reith escrutó el terreno en torno al fuego. En las sombras había dos retorcientes formas.
-¡Están vivos! -murmuró horrorizado Reith. Anacho lanzó un gruñido.
-Los Dirdir no se molestan en cargar con peso. Sus presas deben avanzar a su lado, saltando y corriendo como los Dirdir... todo el día si es necesario. Si la presa desfallece, le dan un toque con sus sacudenervios y a partir de entonces corre con mucha más agilidad.
Reith bajó el sondascopio.
Con voz escupulosamente átona, Anacho dijo:
-Ahora los ves en el «Viejo Estado», como bestias salvajes, lo cual corresponde a su naturaleza elemental. Son magníficos. En otros casos muestran una magnificencia de distinto tipo. Los hombres no pueden juzgarlos, sino simplemente contemplarlos maravillados.
-¿Y la élite de los Hombres-Dirdir?
-¿Los Inmaculados? ¿Qué ocurre con ellos?
-¿Imitan a los Dirdir en la caza?
Anacho miró a la Zona sumida en la oscuridad. Al este un resplandor rosado anunciaba la aparición de la luna Az.
-Los Inmaculados cazan. Naturalmente no pueden igualarse en fervor a

los Dirdir, y no tienen el privilegio de poder cazar en la Zona. -Miró hacia el cercano fuego-. Por la mañana el viento soplará de nosotros a ellos. Será mejor que nos alejemos en la oscuridad.
Az, baja en el cielo, arrojó una luminosidad rosada sobre el paisaje; Reith fue incapaz de pensar en otra cosa que no fuera sangre aguada. Avanzaron hacia el este y el sur, abriéndose penosamente camino por entre los secos huesos de roca del viejo Tschai. El fuego Dirdir se alejó a sus espaldas y desapareció de su vista tras una elevación. Durante un tiempo descendieron hacia la Terraza. Se detuvieron para dormir unas pocas horas, luego prosiguieron de nuevo cruzando las Colinas del Recuerdo. Ahora Az colgaba baja hacia el oeste, mientras Braz se elevaba al este. La noche era clara; todos los objetos mostraban una sombra doble, azul y rosa.
Traz avanzaba en cabeza, escrutando, escuchando, tanteando a cada paso. Dos horas antes del amanecer se detuvo en seco e hizo un gesto a sus camaradas para que se inmovilizaran.
-Rastros de humo -susurró-. Hay un campamento ahí delante... algo se mueve.
Los tres escucharon. El paisaje les devolvió solamente silencio. Moviéndose con las máximas precauciones, Traz se desvió por un nuevo camino, ascendiendo hacia un risco, bajando luego por entre plumosas frondas. Se detuvo una vez más a escuchar, y de pronto hizo un gesto a los otros dos para que se ocultaran en las sombras profundas. Desde su escondite vieron en la cresta de la colina a un par de figuras pálidas, que permanecieron inmóviles, silenciosas y alertas durante diez minutos, luego desaparecieron bruscamente.
-¿Saben que estamos cerca? -murmuró Reith.
-No lo creo -respondió Traz, también en un murmullo-. De todos modos, pueden haber captado nuestro olor.
Media hora más tarde reanudaron de nuevo cautelosamente la marcha, manteniéndose en las sombras. El amanecer empezaba a colorear el este; Az había desaparecido, seguida por Braz. Los tres se apresuraron en medio de una penumbra color ciruela, y finalmente buscaron refugio en medio de unos densos matorrales de torquils. Al amanecer, entre el lecho de ramillas y retorcidas y negras hojas secas, Traz encontró un bulbo del tamaño de sus dos puños. Cuando lo desprendió de su quebradizo tallo y lo abrió cayeron centenares de sequins, cada uno resplandeciendo con una chispa de fuego escarlata.
-¡Hermoso! -susurró Anacho-. ¡Suficiente para excitar la avidez! Unos pocos hallazgos más como éste y podremos abandonar el loco plan de Adam Reith.
Buscaron atentamente por los alrededores del matorral, pero no hallaron nada más.
La luz del día reveló la sabana de la Terraza Sur extendiéndose hacia el oeste hasta la brumosa distancia. Reith estudió su mapa, comparando la montaña que se divisaba detrás con el relieve pintado.
-Estamos aquí. -Señaló con su dedo-. Los Dirdir que regresan a Khusz pasan más allá, al oeste del Bosque Limítrofe, que es nuestro objetivo.
-Y sin duda también nuestro destino -observó Anacho con un resoplido

pesimista.
-Tanto me importa morir matando Dirdir que de cualquier otra manera -dijo Traz.
-Uno no muere matando Dirdir -le corrigió delicadamente Anacho-. Ellos no lo permiten. Si alguien lo intenta lo golpean con sus sacudenervios.
-Haremos lo mejor que podamos -dijo Reith. Alzó el sondascopio y registró los alrededores, y en las alturas descubrió a los grupos de caza Dirdir oteando las laderas en busca de presas. Era sorprendente, pensó Reith, que algunos hombres sobrevivieran para regresar a Maust.
El día transcurrió lentamente. Traz y Anacho buscaron entre los matorrales con la esperanza de encontrar bulbos, sin ningún éxito. A media tarde un grupo de caza cruzó la ladera a poco más de quinientos metros de distancia. Primero apareció un hombre saltando como un venado, abriendo enormemente las piernas hacia atrás y hacia delante. A cincuenta metros tras él corrían tres Dirdir, al parecer sin estar esforzándose mucho. El fugitivo, desesperado, se detuvo con la espalda apoyada contra una roca y se preparó a luchar; se vio abrumado y vencido fácilmente. Los Dirdir se acuclillaron junto a la caída forma, realizaron alguna especie de manipulación, luego se pusieron en pie. El hombre tendido se agitaba y contorsionaba.
-Sacudenervios -dijo Anacho-. Parece que los ha irritado de alguna forma, quizá llevando un arma de energía. -Los Dirdir se alejaron en grupo. La víctima, con una serie de grotescos esfuerzos, consiguió ponerse en pie, e inició una cojeante huida hacia las colinas. Los Dirdir se detuvieron y le miraron. El hombre se detuvo y lanzó un tremendo grito de angustia. Se volvió y siguió a los Dirdir. Éstos echaron a correr, saltando con una exuberancia feral. Tras ellos, corriendo con un alocado abandono, avanzó penosamente su cautivo. El grupo desapareció hacia el norte.
-¿Tienes intención de proseguir con tus planes? -preguntó Anacho a Reith.
Reith sintió un repentino deseo de salir de los Carabas, de alejarse de ellos tanto como fuera posible.
-Comprendo por qué el plan no ha sido intentado nunca antes.
La tarde dio paso a un triste y suave crepúsculo. Tan pronto como aparecieron los fuegos en las laderas de las colinas, los tres hombres abandonaron su refugio y emprendieron la marcha hacia el norte.
A medianoche alcanzaron el Bosque Limítrofe. Traz, temeroso del sinuoso animal medio reptil conocido como smur, se mostró reluctante a entrar. Reith no discutió, y el trío se mantuvo en la orilla del bosque hasta el amanecer.
Con la llegada de la luz efectuaron una cautelosa exploración, y no encontraron nada más peligroso que lagartos crestados. Khusz era claramente visible desde el borde occidental del bosque a unos cinco kilómetros de distancia al sur; los Dirdir que entraban en la Zona y la abandonaban rodeaban el bosque.
Por la tarde, tras estudiar atentamente todas las posibilidades que ofrecía el bosque, los tres se pusieron a trabajar. Traz cavó, Anacho y Reith se dedicaron a confeccionar una gran red rectangular, utilizando palitos, ramas y la cuerda que habían traído en sus mochilas.
A media tarde del día siguiente el aparato estaba completo. Reith

contempló el sistema, dudando entre la esperanza y la desesperación. ¿Reaccionarían los Dirdir como esperaba que lo hicieran? Anacho parecía creer que sí, aunque hablaba mucho de los sacudenervios y mostraba un intenso pesimismo.
A media mañana y a primera hora de la tarde, cuando los cazadores regresaban a Khusz, eran teóricamente los períodos más productivos. Más tarde y más temprano los Dirdir tendían a ir de batida; el trío no deseaba en absoluto llamar la atención de esos grupos.
Pasó la noche, y el sol se alzó en un día de que una u otra manera iba a demostrar ser decisivo. Por unos momentos pareció que iba a llover, pero a media mañana las nubes habían sido empujadas hacia el sur; en el aire repentinamente claro la luz de Carina 4269 era como una antigua tintura.
Reith aguardó al borde del bosque, barriendo la zona con su sondascopio. Al norte apareció un grupo de cuatro Dirdir saltando descansadamente por el camino que conducía a Khusz.
-Ahí vienen -dijo Reith-. Es el momento.
Los Dirdir avanzaban por el camino con sus saltos característicos, lanzando ocasionales silbidos de exuberancia. La caza había sido buena; habían disfrutado. ¡Pero mirad! ¿Qué hay ahí? ¡Un hombre-animal en el límite del bosque! ¿Qué hace el estúpido tan cerca de Khusz? Los Dirdir saltaron alegremente en su persecución.
El hombre-animal corrió para salvar su vida, como hacían siempre esas criaturas. Pronto desfalleció y se detuvo, apoyado contra un árbol. Lanzando un terrible grito de muerte, los Dirdir se lanzaron contra él. El suelo cedió bajo los pies del primero; se hundió y desapareció de su vista. Los otros tres se detuvieron desconcertados. Un sonido: un crujir, una conmoción. Sobre ellos cayó un amasijo de ramas, atrapándoles. ¡Y aparecieron unos hombres, inexpresablemente triunfantes! ¡Un ardid, un truco! Sintiendo que la rabia desgarraba sus visceras, se debatieron inútilmente contra la masa que los aprisionaba, intentando liberarse con desesperación, sumergir a aquellos pervertidos hombres en el odio y el horror...
Los Dirdir fueron muertos a cuchilladas, a golpes de hacha y pala.
La red fue alzada, los cuerpos despojados de sus sequins y arrastrados lejos, el mortífero pozo reparado.
Apareció un segundo grupo procedente del norte: sólo tres, pero criaturas resplandecientes bajo sus cascos, con refulgencias como hilos incandescentes. Anacho murmuró maravillado:
-¡Ésos son Excelencias con un Centenar de Trofeos!
-Tanto mejor. -Reith hizo una seña a Traz-. Atráelos; les enseñaremos qué es la excelencia.
Traz actuó como antes, mostrándose, luego huyendo como presa del pánico. Las Excelencias lo persiguieron sin vehemencia; habían disfrutado ya de una fructífera caza. El camino bajo los dendrones había sido hollado antes, quizá por otros cazadores. Curiosamente, la presa no exhibía esa frenética agilidad que añadía sabor a la caza; de hecho, se había vuelto hacia ellos como si quisiera enfrentárseles, con la espalda apoyada contra un torquil lleno de lianas como guirnaldas. ¡Fantástico! Agitaba un cuchillo. ¿Se atrevía a desafiarles a ellos, a las Excelencias? ¡Lancémonos

hacia delante, saltemos sobre él, derribémosle al suelo, y el trofeo será para el primero que le toque! Pero... -¡shock!- el suelo se hunde, el bosque parece derrumbarse; ¡un delirio de confusión! Y mirad: ¡aparecen subhombres armados con cuchillos, dispuestos a golpear, a sajar! Una rabia loca, un frenesí de agitación, debatirse, liberarse, silbidos, gritos... luego los cuchillos.

Hubo cuatro carnicerías aquel día, cuatro al día siguiente, cinco al tercer día, porque con el tiempo el proceso se convirtió en una eficiente rutina. A primera hora de las mañanas y a última hora de las tardes eran enterrados los cuerpos y reparado el equipo. El trabajo parecía algo tan desapasionado como pescar... hasta que Reith recordó las cazas de las que había sido testigo y su celo se restableció.

La decisión de suspender la operación derivó no de la disminución del beneficio -cada grupo de cazadores llevaba un botín cuyo valor no bajaba nunca de los veinte mil sequins- o de un falta de fervor por parte de los tres hombres. Pero incluso después de desechar los sequins blancos, cremas y sardos, el volumen del botín era casi inmanejable, y el pesimismo de Anacho se había convertido en aprensión.

-Más pronto o más tarde esos grupos serán echados en falta. Habrá una búsqueda; ¿cómo vamos a poder escapar?

-Una última vez -dijo Traz-. Ahí llega un grupo, rico tras su caza.

-¿Pero por qué? ¡Tenemos todos los sequins que podemos cargar!

-Podemos desechar los sardos y algunos esmeraldas, y llevar solamente los rojos y púrpuras.

Anacho miró a Reith, que se alzó de hombros.

-Otro grupo y basta.

Traz fue al borde del bosque y realizó su ahora muy bien aprendida actuación de pánico. Los Dirdir no reaccionaron. ¿Acaso no le habían visto? Avanzaban sin acelerar en lo más mínimo el paso. Traz dudó unos instantes, luego se mostró de nuevo. Los Dirdir lo vieron; al parecer lo habían visto también en la primera ocasión, pero en vez de saltar inmediatamente en su persecución habían proseguido su tranquila marcha. Observando desde las sombras, Reith intentó decidir si se sentían suspicaces o simplemente saciados de caza.

Los Dirdir se detuvieron para examinar el rastro en el bosque. Avanzaron lentamente hacia los árboles, uno en cabeza, otro detrás, los otros dos guardando la retaguardia. Reith retrocedió a su puesto.

-Problemas -le dijo a Anacho-. Puede que tengamos que luchar para librarnos de ellos.

-¿Luchar? -exclamó Anacho-. ¿Cuatro Dirdir, tres hombres?

Traz, a un centenar de metros sendero abajo, decidió estimular a los Dirdir. Salió al abierto, apuntó su catapulta hacia el primero y lanzó una flecha al pecho de la criatura. El Dirdir lanzó un ultrajado silbido y saltó hacia delante, con sus refulgencias enhiestas y furiosamente brillantes.

Traz retrocedió y se detuvo en su lugar habitual, con una sonrisa de placer irracional en su rostro. Blandía su cuchillo. El Dirdir herido cargó, y cayó en el pozo. Sus gritos se convirtieron en gemidos sobrenaturales de sorpresa y dolor. Los otros tres se detuvieron en seco, luego avanzaron ominosamente, paso a paso. Reith tiró de las sujeciones de la red; cayó,

capturando a dos; el tercero consiguió escabullirse.
Reith se lanzó hacia delante. Aulló a Anacho y Traz:
-¡Matad a los que están bajo la red! -y se lanzó por encima del amasijo de cuerdas y ramas para enfrentarse al Dirdir restante. No debía escapar bajo ninguna circunstancia.
El escapar estaba muy lejos de la mente del Dirdir. Saltó sobre Reith como un leopardo, desgarrando con sus uñas. Traz corrió blandiendo su cuchillo y se arrojó contra la espalda del Dirdir. El Dirdir se revolvió y le arrebató el cuchillo, con el que le lanzó un violento tajo contra su pierna. Anacho saltó hacia delante; con un poderoso golpe seccionó el brazo del Dirdir; con un segundo golpe lo decapitó. Tambaleándose, sudando y jadeando, los tres hombres acabaron con los restantes Dirdir, luego se reunieron invadidos por el enorme alivio de haberse salido con bien de aquello. La sangre manaba a borbotones de la pierna de Traz. Reith aplicó un torniquete, abrió el equipo de primeros auxilios que había traído consigo a Tschai. Desinfectó la herida, aplicó un calmante, unió los labios, roció una película de piel sintética, y soltó el torniquete. Traz hizo una mueca pero no se quejó. Reith le dio una pildora.
-Trágate esto. ¿Puedes ponerte en pie? Traz se levantó rígidamente.
-¿Puedes andar?
-No demasiado bien.
-Intenta mantenerte en movimiento, para impedir que la pierna se te ponga rígida.
Reith y Anacho registraron los cadáveres en busca del botín, con un gran provecho: un bulbo púrpura, dos escarlatas, uno azul oscuro, tres verdes pálidos y dos azules pálidos. Reith agitó la cabeza entre maravillado y contrariado.
-¡Una auténtica riqueza! Pero inútil a menos que volvamos a Maust.
Observó a Traz cojeando arriba y abajo con evidente esfuerzo.
-No vamos a poder transportarlo todo.
Echaron los cadáveres en el pozo y lo taparon. Escondieron la red entre la maleza. Luego seleccionaron los sequins e hicieron tres fardos, dos pesados y uno ligero. Quedaba todavía una fortuna en blancos, cremas, sardos, azules oscuros y verdes. Los envolvieron todos en un cuarto fardo, que ocultaron bajo las raíces del gran torquil.
Faltaban dos horas para el anochecer. Tomaron sus fardos y se dirigieron al borde oriental del bosque, acomodando su paso al cojear de Traz. Allá discutieron la posibilidad de acampar hasta que la pierna de Traz estuviera curada. Traz no quiso ni oír hablar de ello.
-Puedo arreglármelas, siempre que no tengamos que correr.
-De todos modos, correr no nos ayudará en nada -dijo Reith.
-Si nos atrapan, tendremos que correr lo queramos o no -dijo Anacho-. Con sacudenervios en nuestros cuellos.
La luz del atardecer se oscureció de oro a oro viejo; Carina 4269 desapareció, y una oscuridad sepia cayó sobre el paisaje. Las colinas mostraron minúsculos destellos de llamas. El trío prosiguió su avance, y así se inició el deprimente viaje de vuelta: cruzando la Terraza de una oscura masa de dendrones a otra. Finalmente llegaron a las laderas y empezaron a subirlas penosamente.

El amanecer los halló a medio camino, con cazadores y presas ya despiertos. No había ningún refugio a la vista; los tres descendieron a una hondonada y consiguieron ocultarse entre unos matorrales secos.
Transcurrió el día. Anacho y Reith se amodorraron mientras Traz contemplaba fijamente el cielo; la forzada ociosidad había hecho que su pierna se pusiera rígida. Al mediodía un grupo de caza de cuatro orgullosos Dirdir, resplandecientes bajo sus brillantes cascos, cruzó la hondonada. Se detuvieron por unos instantes, al parecer captando la presencia de una presa cercana, pero otros asuntos atrajeron su atención y prosiguieron su camino hacia el norte.
El sol declinó, iluminando la pared oriental de la hondonada. Anacho lanzó una seca carcajada muy poco característica de él.
-Mirad ahí. -Señaló. A no más de siete metros de distancia el terreno había cedido, revelando el arrugado domo de un gran bulbo maduro-. Escarlatas al fin. Quizá púrpuras.
Reith hizo un gesto de triste resignación.
-Apenas podemos cargar con la fortuna que llevamos. Es suficiente.
-Subestimas la rapacidad y la codicia de Sivishe -gruñó Anacho-. Conseguir lo que te propones requerirá dos fortunas o más. -Desenterró el bulbo-. Un púrpura. No podemos dejarlo atrás.
-Muy bien -dijo Reith-. Yo lo llevaré.
-No -dijo Traz-. Lo llevaré yo. Vosotros dos lleváis ya la mayor parte de la carga.
-Lo dividiremos en tres partes -dijo Reith-. Así no representará mucho para nadie.
Finalmente llegó la noche; cargaron sus fardos y siguieron su avance, con Traz cojeando, dando saltitos y haciendo muecas de dolor. Ascendieron la ladera en dirección norte, y cuanto más se acercaban al Portal de los Destellos más fantasmal y detestable parecía la Zona.
Al amanecer estaban en la base de las colinas, con el Portal aún a quince kilómetros al norte. Mientras descansaban en las sombras de una fisura, Reith rastreó los alrededores con su sondascopio. Los Promontorios parecían tranquilos y casi desprovistos de vida. Muy lejos al noroeste una docena de formas se encaminaban hacia el Portal de los Destellos, con la esperanza de alcanzar la seguridad antes de que fuera completamente de día. Corrían con la peculiar marcha agazapada que utilizaban instintivamente los hombres en la Zona, como si así consiguieran hacerse menos evidentes. Un grupo de cazadores permanecía en una hondonada relativamente cercana, inmóviles y alertas como águilas. Observaban tristemente a los hombres que se les escapaban. Reith dejó de lado toda esperanza de alcanzar el Portal antes de la oscuridad. Los tres pasaron otro terrible día tras un peñasco, cubiertos con tela de camuflaje.
A media mañana un vehículo aéreo pasó por encima de sus cabezas.
-Están buscando los cazadores desaparecidos -dijo Anacho con voz ronca-. Sin duda habrá un *tsau'gsh...* Estamos en gran peligro.
Reith siguió con la mirada el aparato que se alejaba, luego calculó los kilómetros hasta el Portal.
-A medianoche podemos estar a salvo.
-Puede que no aguantemos hasta medianoche, si los Dirdir cercan los

Promontorios, como puede que hagan.
-No podemos salir ahora; nos cazarían sin remedio. Anacho asintió hoscamente.
-Estoy de acuerdo en eso.
Hacia media tarde otro vehículo aéreo se inmovilizó sobre los Promontorios. Anacho silbó entre dientes.
-Estamos atrapados.
Pero al cabo de media hora el aparato se alejó también en dirección al sur y desapareció tras las colinas. Reith examinó atentamente los alrededores.
-No veo cazadores. Quince kilómetros significan al menos dos horas. ¿Lo intentamos?
Traz contempló su pierna con expresión pensativa.
-Id vosotros dos. Yo os seguiré cuando se haya puesto el sol.
-Entonces será demasiado tarde -dijo Anacho-. Ya es demasiado tarde ahora.
Reith examinó una vez más las alturas. Ayudó a Traz a ponerse en pie.
-Es todos o ninguno.
Echaron a andar por la desolación, sintiéndose desnudos y vulnerables. Cualquier grupo de cazadores que mirara hacia aquel sector desde cualquiera de las alturas no podía dejar de divisarles.
Avanzaron durante media hora, semiagazapados como los demás. De tanto en tanto Reith se detenía para examinar a sus espaldas con el sondascopio, temiendo ver en cualquier momento las terribles figuras en su persecución. Pero los kilómetros iban quedando atrás, y las esperanzas empezaban a hacerse mayores. El rostro de Traz estaba gris por el dolor y el cansancio; pero forzaba el paso, entre corriendo y cojeando, hasta que Reith sospechó que estaba hundiéndose en la histeria.
Pero repentinamente Traz se detuvo. Miró hacia atrás, a las alturas.
-Están observándonos.
Reith escrutó las distantes lomas, las laderas y las oscuras hondonadas, sin ver nada. Traz había proseguido su cojeante marcha, con Anacho corriendo agazapado tras él. Reith les siguió. Unos pocos cientos de metros más al norte se detuvo de nuevo, y esta vez creyó ver un destello de luz que podía ser un reflejo metálico. ¿Dirdir? Reith calculó la distancia que les quedaba delante. Habían recorrido aproximadamente la mitad del camino. Lanzó un profundo suspiro y echó a correr tras los talones de Traz y Anacho. Era posible que los Dirdir decidieran no perseguirles tan adentro de los Promontorios.
Se detuvo una segunda vez y miró hacia atrás. Toda incertidumbre desapareció: cuatro formas saltaban bajando las laderas. No había ninguna duda respecto a sus intenciones.
Reith se apresuró a seguir a Traz y Anacho. Traz corría con ojos enfebrecidos, la boca abierta, los dientes brillando. Reith tomó el pesado fardo de las espaldas del joven y se lo cargó al hombro. A consecuencia de ello Traz pareció no acelerar el paso sino retardarlo un poco. Anacho calculó la distancia que tenían delante, estudió a los Dirdir que les perseguían.
-Tenemos una posibilidad -dijo.
Corrieron los tres, con los corazones latiendo alocadamente, los pulmones

ardiendo. El rostro de Traz era como una calavera. Anacho lo alivió del fardo más pequeño.
El Portal de los Destellos ya era visible: un refugio de maravillosa seguridad. Tras ellos avanzaban los cazadores, dando prodigiosos saltos.
Traz estaba a punto de derrumbarse, con el Portal aún a un kilómetro de distancia.
-¡Onmale! -gritó Reith.
El efecto fue sorprendente. Traz pareció expandirse, crecer. Se detuvo en seco y se dio la vuelta para mirar a sus perseguidores. Su rostro era el de un extraño: una persona sagaz, fiera y dominante... de hecho la personificación del emblema Onmale.
El Onmale era demasiado orgulloso para huir.
-¡Corre! -gritó Reith, presa del pánico-. ¡Si debemos luchar, que sea bajo nuestros términos!
Traz, o el Onmale -los dos estaban confusamente mezclados- tomó un fardo de Reith y uno de Anacho y echó a correr hacia el Portal.
Reith perdió medio segundo en calcular la distancia al primer Dirdir, luego prosiguió su huida. Traz parecía volar en medio de la desolación. Anacho, con el rostro enrojecido y distorsionado, seguía detrás.
Traz alcanzó el Portal. Se volvió y aguardó, con la catapulta en una mano, la espada en la otra. Anacho lo cruzó también, luego Reith, a menos de veinte metros de distancia del Dirdir de vanguardia. Traz retrocedió para mantenerse más allá de los límites, desafiando al Dirdir a que atacara. El Dirdir lanzó un penetrante grito de furia. Agitó la cabeza, y sus refulgencias, enhiestas, vibraron. Luego, dando la vuelta, echó a correr a grandes saltos hacia el sur, tras sus camaradas, que ya estaban regresando a las colinas.
Anacho se reclinó jadeante contra el Portal de los Destellos. Reith permanecía de pie, con el aire ardiendo en su garganta. El rostro de Traz estaba gris y vacío de toda expresión. Sus rodillas cedieron; se derrumbó al suelo y permaneció quieto, con algún que otro estremecimiento ocasional.
Reith se inclinó tambaleante sobre él, le dio la vuelta. Traz parecía no respirar. Reith se sentó a horcajadas sobre él y le aplicó la respiración artificial. Traz lanzó un jadeo desgarrador. Al cabo de pocos momentos empezó a respirar acompasadamente.
Los solicitantes, curiosos y mendigos que normalmente montaban guardia junto al Portal de los Destellos se habían dispersado, asustados ante la proximidad de los Dirdir. El primero en regresar fue un joven con una larga túnica marrón, que se detuvo a pocos pasos de ellos haciendo gestos de simpatía y preocupación.
-Un ultraje -se lamentó--. ¡La conducta de los Dirdir! ¡Nunca deberían cazar tan cerca de la Puerta! ¡Casi han matado a este pobre joven!
-Cállate -restalló Anacho-. Nos molestas.
El joven se apartó a un lado. Reith y Anacho alzaron a Traz en pie, donde se quedó como atontado.
El joven avanzó de nuevo, con sus blandos ojos viéndolo todo, comprendiéndolo todo.
-Dejadme ayudar. Soy Issam el Thang; represento al Albergue de la Buena

Ventura, que os promete una atmósfera de descanso y tranquilidad. Permitidme que os ayude con vuestros fardos. -Tomó el de Traz, y volvió una sorprendida mirada hacia Reith y Anacho-. ¿Se-quins?
Anacho le arrancó el fardo de entre las manos.
-¡Lárgate! ¡Ya hemos establecido nuestros planes!
-Como queráis -dijo Issam el Thang-, pero el Albergue de la Buena Ventura está aquí muy a mano, y algo apartado del tumulto y los juegos. Aunque confortable, sus precios no se acercan ni con mucho a las exorbitantes tarifas del Alawan.
-Muy bien -dijo Reith-. Llévanos al Buena Ventura.
Anacho murmuró algo para sí mismo, a lo que Issam el Thang hizo un delicado gesto de reproche.
-Seguidme, por favor.
Se dirigieron hacia Maust, con Traz cojeando sobre su envarada pierna.
-Mis recuerdos están enmarañados -murmuró-. Recuerdo haber cruzado los Promontorios; recuerdo que alguien me gritó algo...
-Fui yo -dijo Reith.
-...y luego ya nada es real, y lo siguiente que está claro en mi mente es verme tendido al lado del Portal. -Y un momento más tarde murmuró pensativo-: Oí voces rugiendo. Un millar de rostros pasando por mi lado, rostros de guerreros, todos ellos feroces. He visto esas cosas en sueños. -Su voz se apagó; no dijo nada más.

7

El Albergue de la Buena Ventura estaba al fondo de una estrecha calle: una melancólica estructura ensombrecida por el tiempo, y que no hacía mucho negocio, a juzgar por el salón principal, penumbroso y casi vacío. Issam resultó ser el propietario. Hizo un efusivo alarde de hospitalidad, ordenando que fueran llevadas agua, luces y sábanas limpias a la «gran suite», órdenes que fueron cumplidas por un hosco sirviente de enormes manos rojizas y una gran mata de pelo también rojizo. Los tres amigos subieron una retorcida escalera hasta la suite, que comprendía un saloncito, un cuarto de baño, varias alcobas irregulares amobladas con camas que olían a moho. El sirviente dispuso las lámparas, trajo jarras de vino y se marchó. Anacho examinó los tapones de plomo y cera que las cerraban y dejó las jarras a un lado con un gruñido.

-Demasiado riesgo de que contengan drogas o veneno. Cuando el hombre despierta, si es que despierta alguna vez, sus sequins han volado y él se encuentra desplumado. No me siento satisfecho: hubiéramos estado mucho mejor en el Alawan.

-Mañana tendremos tiempo -dijo Reith, dejándose caer en una silla con un gruñido de cansancio.

-Mañana debemos estar fuera de Maust -dijo Anacho-. Si ahora no somos hombres marcados, lo seremos dentro de muy poco. -Salió, y al cabo de un rato regresó con pan, carne y vino.

Comieron y bebieron; luego Anacho comprobó las barras y los cerrojos.

-¿Quién sabe lo que se cuece en estos viejos edificios? Un cuchillo en la oscuridad, un leve sonido, y ¿quién es el listo que puede acusar a Issam el Thang?

Tras comprobar de nuevo los cerrojos, los tres se dispusieron a dormir. Anacho, tras declarar que se despertaba muy fácilmente, colocó los sequins entre él y la pared. Las luces fueron apagadas excepto una débil lamparilla de vela. Unos minutos más tarde Anacho se deslizó silenciosamente cruzando la habitación hasta la cama de Reith.

-Sospecho que hay mirillas espía y tubos para escuchar -susurró-. Toma tú los sequins. Ponlos a tu lado. Permanezcamos en silencio y observemos durante un tiempo.

Reith se obligó a permanecer alerta. Pero el cansancio lo venció; sus ojos se cerraron. Se quedó dormido.

Pasó el tiempo. Reith fue despertado por un codazo de Anacho; se alzó con una pequeña exclamación de culpabilidad.

-Tranquilo -dijo Anacho con el asomo de un susurro-. Mira ahí.

Reith escrutó la oscuridad. Un roce, un movimiento en las sombras, una forma oscura... de pronto se encendió una luz. Traz permanecía de pie, agazapado y alerta, los brazos ocultos en la sombra de su cuerpo.

Los dos hombres junto a la cama de Anacho se volvieron para hacer frente a la luz, los rostros pálidos y sorprendidos. Uno era Issam el Thang; el otro era el robusto sirviente, con las enormes manos aún tendidas hacia el cuello de Anacho, presumiblemente dormido en su cama. El sirviente emitió un curioso susurro de excitación y saltó cruzando la estancia, las manos dispuestas a agarrar. Traz disparó su catapulta contra el

contorsionado rostro. El hombre cayó en silencio, hundiéndose en el olvido sin aprensión ni pesar. Issam saltó hacia una abertura en la pared. Reith lo derribó al suelo. Issam luchó desesperadamente; pese a su aparente debilidad y delicadeza, era tan fuerte y rápido como una serpiente. Reith lo inmovilizó con una presa de su brazo y lo obligó a ponerse en pie de un tirón, chillando de dolor.
Anacho pasó una cuerda en torno al cuello de Issam y se preparó a apretar el nudo. Reith hizo una mueca pero no protestó. Aquella era la justicia de Maust; era lógico que allí, a la luz de la lámpara, Issam recibiera lo que se merecía.
-¡No! -exclamó fervientemente Issam-. ¡Sólo soy un miserable Thang! ¡No me matéis! ¡Os ayudaré, lo juro! ¡Os ayudaré a escapar!
-Espera -dijo Reith a Anacho. Y a Issam-: ¿Qué quiere decir con ayudarnos a escapar? ¿Estamos en peligro?
-Sí, por supuesto. ¿Qué esperabais?
-Háblame de este peligro.
Aprovechando el respiro, Issam se puso en pie, liberándose indignado de las manos de Anacho.
-La información es valiosa. ¿Cuánto vais a pagar? Reith asintió con la cabeza a Anacho.
-Adelante.
Issam lanzó un gemido capaz de partir el corazón.
-¡No, no! Mi vida a cambio de vuestras tres vidas... ¿no es eso suficiente?
-Siempre que sea cierto.
-Es cierto. Os lo juro; quitadme esa cuerda.
-No hasta que sepamos qué tipo de trato estamos haciendo.
Issam miró uno tras otro a los tres, y no vio nada que lo animara.
-Bien, me ha llegado una información secreta. Los Dirdir se hallan en un estado de furia espumeante. Alguien ha destruido un número increíble de partidas de caza y robado su botín... tanto como dosientos mil sequins o más. Hay agentes especiales por todas partes... aquí y en toda la ciudad. Cualquiera que ofrezca alguna información será generosamente recompensado. Si vosotros sois las personas del caso, como sospecho, nunca abandonaréis Maust excepto aherrojados... a menos que yo os ayude.
-¿Ayudarnos cómo? -preguntó Reith con cautela.
-Puedo salvaros y os salvaré... por un precio.
Rith hizo un gesto a Anacho, que dio un brusco tirón a la cuerda. Issam jadeó en busca de aire, y sus ojos se desorbitaron a la luz de la lámpara. El nudo se aflojó. Issam inspiró profundamente.
-Mi vida por la vuestra, ése es nuestro trato.
-Entonces no vuelvas a hablar de «precio». Es inútil decirlo, pero no intentes traicionarnos.
-¡Nunca, nunca! -croó Issam-. ¡Viviré o moriré con vosotros! ¡Vuestra vida es mi vida! Ahora tenemos que irnos. Mañana será demasiado tarde.
-¿Irnos ahora? ¿A pie?
-Puede que no sea necesario. Preparaos. ¿Contienen realmente sequins todas estas bolsas?
-Escarlatas y púrpuras -dijo Anacho con sádico regocijo-. Si deseas

conseguir lo mismo, ve a la Zona y mata unos cuantos Dirdir.
Issam se estremeció.
-¿Estáis listos? -Aguardó impaciente mientras el trío se vestía. Un repentino pensamiento le hizo arrodillarse junto al cadáver del sirviente, y cloqueó satisfecho ante el puñado de blancos y cremas que encontró en su bolsillo.
Los tres amigos estaban ya preparados. Pese a las protestas de Issam, Anacho mantuvo la cuerda en torno a su cuello.
-Es para que no interpretes mal nuestras intenciones.
-¿Debo verme siempre maldecido por asociados suspicaces?
La avenida principal de Maust vibraba con movimiento, multitud de rostros, luces de colores; de las tabernas brotaba una música que era como un lamento, ebrios estallidos de risa, algún ocasional grito furioso. Issam los llevó por furtivos atajos y oscuros rodeos hasta un establo en la parte norte de la ciudad, donde un ceñudo encargado respondió finalmente a las llamadas de Issam. Cinco minutos de furioso regateo dieron como resultado el ensillado de cuatro caballos saltadores; diez minutos más tarde, mientras las lunas Az y Braz aparecían simultáneamente por el cielo oriental, Reith, Anacho, Traz e Issam emprendieron el camino al norte a lomos de famélicos caballos blancos de Kachan, dejando Maust a sus espaldas.
Cabalgaron durante toda la noche, y al amanecer entraron en Khorai. El humo que brotaba de las chimeneas de hierro derivaba hacia el norte por encima del Primer Mar, que por algún efecto de luz parecía tan negro como un mar de brea, con el cielo septentrional color ciruela de fondo.
Cruzaron Khorai hasta el muelle, donde desmontaron. Issam, exhibiendo la más modesta de las sonrisas, hizo una inclinación de cabeza hacia Reith, con las manos cruzadas tras su túnica rojo oscuro.
-He cumplido con mi misión; mis amigos han sido llevados sanos y salvos hasta Khorai.
-Unos amigos a los que pensabas estrangular apenas hace unas horas.
La sonrisa de Issam se hizo trémula.
-¡Eso fue en Maust! Ese comportamiento en Maust debe ser tolerado.
-Por lo que a mí se refiere, puedes volver allí. Issam hizo de nuevo una profunda inclinación.
-¡Que Sagorio el de las nueve cabezas mutile a vuestros enemigos! ¡Adiós! -Tomó las riendas de los pálidos caballos saltadores y cruzó nuevamente Khorai, y desapareció hacia el sur.
El vehículo aéreo permanecía posado allá donde lo habían dejado. Mientras subían a bordo, el capitán del puerto les contempló con una burlona sonrisa saturnina, pero no hizo ningún comentario. Recordando la truculencia de los Khor, los tres hombres hicieron todo lo posible por ignorar su presencia.
El aparato se elevó en el cielo matutino y trazó una curva siguiendo la orilla del Primer Mar. Así se inició la primera etapa del viaje a Sivishe.

8

El vehículo aéreo voló hacia el oeste. Al sur se extendía un vasto y polvoriento desierto; al norte estaba el Primer Mar. Debajo y delante de ellos las lodosas llanuras se alternaban con promontorios de arenisca en una monótona sucesión, una tras otra, hasta el brumoso límite de la visión.

Traz durmió con el sueño del completo agotamiento. Anacho, por el contrario, permanecía sentado fresco y despreocupado, como si las preocupaciones y las emergencias fueran algo ajeno a su experiencia. Reith, aunque se sentía vencido por la fatiga, no podía apartar su vista de la pantalla del radar excepto para escrutar el cielo. La actitud despreocupada de Anacho se hizo finalmente exasperante. Reith lo miró furioso con ojos enrojecidos y dijo con voz dura:

-Para ser un fugitivo muestras una sorprendente falta de aprensión. Admiro tu presencia de ánimo. Anacho hizo un gesto vago.

-Lo que tú llamas compostura es una fe infantil. Me he vuelto supersticioso. Considera: hemos entrado en los Carabas, matado a docenas de miembros de la Primera Gente y arrebatado sus sequins. De modo que, ahora, ¿cómo puedo tomarme en serio la perspectiva de una intercepción casual?

-Tu fe es más grande que la mía -gruñó Reith-.

Imagino que todas las fuerzas de los Dirdir se hallan ahora registrando los cielos en nuestra busca. Anacho dejó escapar una risa indulgente.

-¡Ésa no es la forma de actuar de los Dirdir! Tú proyectas tus propias concepciones a la mente Dirdir. Recuérdalo, ellos no consideran la organización como un fin en sí; éste es un atributo humano. El Dirdir existe solamente en sí mismo, una criatura responsable solamente de su propio orgullo. Coopera con sus semejantes cuando la perspectiva le interesa.

Reith agitó escéptico la cabeza, y volvió a estudiar la pantalla del radar.

-Tiene que haber algo más que eso. ¿Cómo se mantiene su sociedad? ¿Como pueden realizar los Dirdir proyectos a largo plazo?

-Muy sencillo. Un Dirdir es muy parecido a otro; son fuerzas raciales las que los empujan a todos juntos. En un estado de gran dilución, los subhombres conocen esas fuerzas como «tradición», «supremacía de casta», «voluntad de superación»; en la sociedad Dirdir se convierten en compulsiones. El individuo se halla ligado a las costumbres de la raza. Si un Dirdir necesita ayuda, sólo tiene que gritar *hs'ai hs'ai, hs'ai,* y es ayudado. Si un Dirdir se siente engañado, grita *dr'ssa dr'ssa, dr'ssa,* y pide arbitraje. Si el arbitraje no le resulta convincente puede desafiar al arbitrador, que normalmente es una Excelencia; si derrota al arbitrador, se considera reivindicado. La mayor parte de las veces el derrotado es él; le son arrancadas sus refulgencias y se convierte en un paria... Hay pocos desafíos en los arbitrajes.

-Bajo tales condiciones, la sociedad debe ser altamente conservadora.

-Éste es el caso, hasta que surge la necesidad de un cambio, y entonces el Dirdir se dedica al problema con «voluntad de superación». Es capaz de pensamientos creativos; su cerebro es adaptable y despierto; no gasta

energías en manierismos. La sexualidad múltiple y los «secretos» son por supuesto una distracción, pero del mismo modo que la caza son una fuente de pasiones violentas más allá de la comprensión humana.
-Dejando todo esto a un lado, ¿por qué deberían abandonar tan fácilmente nuestra búsqueda?
-¿No resulta claro? -preguntó irritadamente Anacho-. ¿Cómo pueden sospechar los Dirdir que estamos volando en uno de sus vehículos aéreos hacia Sivishe? Nada identifica a los hombres buscados en Smargash con los hombres que destruyeron a esos Dirdir en los Carabas. Quizá a su debido tiempo se establezca alguna conexión si, por ejemplo, Issam el Thang es interrogado. Hasta entonces ignoran totalmente que disponemos de un aparato aéreo. Así que, ¿por qué poner en marcha las pantallas rastreadoras?
-Espero que tengas razón -dijo Reith.
-Veremos. Mientras tanto... estamos vivos. Volamos confortablemente en un vehículo aéreo. Llevamos con nosotros más de doscientos mil sequins. Mira ahí delante: ¡el cabo Braize! Más allá está el Schanizade. Ahora alteraremos el rumbo y descenderemos hasta Haulk desde arriba. ¿Quién reparará en un simple aparato aéreo como el nuestro entre un centenar? En Sivishe nos mezclaremos con la multitud, mientras los Dirdir nos buscan al otro lado del Zhaarken, o en Jalkh, o en la tundra del Hunghus.
Quince kilómetros discurrieron bajo el aparato, mientras Reith meditaba sobre el alma de la raza Dirdir. Preguntó:
-Supongamos que tú y yo nos viéramos en problemas y gritáramos *dr'ssa dr'ssa, dr'ssa.*
-Ese es el grito para arbitraje. El grito pidiendo ayuda es *hs'ai hs'ai, hs'ai.*
-Muy bien, entonces *hs'ai hs'ai, hs'ai.* ¿Se sentirían impelidos a ayudarnos los Dirdir?
-Sí, por la fuerza de la tradición. Esto es automático, un acto reflejo: el tejido conectivo que une entre sí a los miembros de una raza por otro lado salvaje y mercurial.
Dos horas antes del anochecer se presentó una tormenta procedente del Schanizade. Carina 4269 se convirtió en un espectro amarronado, luego desapareció cuando el cielo se vio cubierto de negras nubes. Una espuma parecida a la de la cerveza barrió la playa, cerca de los troncos de los negros dendrones que delimitaban la costa. Las frondas altas se agitaban sacudidas por las ráfagas de viento, dejando ver sus satinados enveses grises, mientras agitantes diseños cruzaban sus negros haces.
El vehículo aéreo siguió su camino hacia el sur a través de un crepúsculo ocre oscuro, luego, con el último resplandor de luz, aterrizó al amparo del viento junto a una prominencia basáltica. Los tres hombres, acurrucados en sus asientos e ignorando el olor a Dirdir, durmieron mientras la tormenta silbaba por entre las rocas.
El amanecer trajo consigo una extraña luminosidad, como de luz brillando a través del cristal amarronado de una botella. No había comida ni bebida en el aparato, pero la hierba del peregrino crecía por los alrededores, y no muy lejos había un riachuelo. Traz avanzó lentamente por la orilla, torciendo el cuello para mirar más allá de los reflejos del agua. De pronto se detuvo en seco, se inclinó, se metió en el agua, y poco después emergía

sujetando una criatura amarilla, toda ella agitantes tentáculos y patas articuladas, que él y Anacho devoraron cruda. Reith comió impasible hierba del peregrino.
Una vez terminada la comida se tendieron junto al aparato, calentándose a la luz color miel del sol y gozando de la calma matutina.
-Mañana llegaremos a Sivishe -dijo Anacho-. Nuestra vida cambia una vez más. Ya no somos ladrones y desesperados, sino hombres de recursos, o al menos eso debemos aparentar.
-Muy bien -dijo Reith-. ¿Y después qué?
-Debemos ser sutiles. No podemos dirigirnos simplemente a los talleres espaciales con nuestro dinero.
-Es lógico -admitió Reith-. En Tschai, cualquier cosa que parezca razonable resulta ser un error.
-Es imposible funcionar sin el respaldo de una persona influyente -indicó Anacho-. Ésta debe ser nuestra principal preocupación.
-¿Un Dirdir? ¿O un Hombre-Dirdir?
-Sivishe es una ciudad de subhombres; los Dirdir y los Hombres-Dirdir están en Hei, en el continente. Ya lo verás.

9

Haulk se aferraba como un apéndice retorcido y distorsionado al distendido vientre de Kislovan, con el océano Schanizade al oeste y el golfo de Ajzan al este. En la embocadura del golfo se hallaba la isla Sivishe, con su sucio complejo industrial en la parte norte. Una carretera conducía al continente y a Hei, la ciudad Dirdir. En el centro de Hei y dominándolo todo a su alrededor había como una caja de cristal gris de ocho kilómetros de largo por cinco de ancho y trescientos metros de altura: una estructura tan grande que las perspectivas parecían distorsionadas. Un bosque de espiras rodeaba la caja, a un décimo de su altura: escarlatas y púrpuras, luego malvas, grises y blancas hacia la periferia.
Anacho señaló las torres.
-Cada una es la casa de un clan. Algún día os describiré la vida en Hei: los paseos, los secretos del sexo múltiple, las castas y clanes. Pero nuestro principal interés reside ahora en los talleres espaciales, más allá.
Reith vio un zona en el centro de la isla rodeada de tiendas, almacenes, depósitos y hangares. Seis grandes espacionaves y tres aparatos más pequeños ocupaban sendos diques a un lado. La voz de Anacho interrumpió sus especulaciones.
-Las espacionaves están bien protegidas. Los Dirdir son mucho más estrictos que los Wankh... por instinto más que por razón, puesto que nadie en la historia ha robado nunca una espacionave.
-Nadie en la historia ha acudido tampoco con doscientos mil sequins. Tanto dinero engrasará muchas palmas.
-¿Qué valor tienen los sequins en la Caja de Cristal? Reith no dijo más. Anacho hizo descender el aparato a una zona pavimentada junto a los talleres espaciales.
-Ahora -dijo Anacho con voz tranquila- sabremos cuál es nuestro destino.
Reith se sintió instantáneamente alarmado.
-¿Qué quieres decir con esto?
-Si hemos sido rastreados, si somos esperados, entonces nos cogerán; y pronto será el fin para todos nosotros. Pero el aparcamiento de naves parece como siempre; no espero un desastre. Ahora recordad: esto es Sivishe. Yo soy el Hombre-Dirdir, vosotros los subhombres; actuad en consecuencia.
Reith examinó dubitativo la zona. Como Anacho había afirmado, no parecía haber ninguna actividad desusada.
El aparato tomó tierra. El trío descendió. Anacho permaneció austeramente a un lado mientras Reith y Traz sacaban el equipaje.
Una carretilla a motor se acercó y fijó sujeciones al aparato. El operador, un híbrido de Hombre-Dirdir y otra raza desconocida, inspeccionó a Anacho con una curiosidad impersonal, ignorando a Reith y Traz.
-¿Qué hago con él?
-Sitúalo en depósito temporal durante la duración de la escala.
-¿Con cargo a quién?
-Asuntos particulares. Yo pagaré los gastos.

-Número sesenta y cuatro. -El empleado le entregó a Anacho un disco de latón-. Son veinte sequins,
-Veinte, y cinco para ti.
La carretilla a motor arrastró el aparato a una plaza numerada en el hangar. Anacho abrió la marcha hacia una cinta rodante, con Reith y Traz llevando los bultos tras él. Subieron a ella, y fueron trasladados a una amplia avenida por la que circulaba un considerable tráfico de carretillas a motor, coches de pasajeros, camionetas. Anacho hizo una pausa para reflexionar.
-He estado tanto tiempo fuera, he viajado hasta tan lejos, que Sivishe me parece un tanto extraña. En primer lugar, por supuesto, necesitamos alojamiento. Creo recordar que al otro lado de la avenida hay un albergue conveniente.
En el Albergue del Antiguo Reino, el trío fue conducido a lo largo de un pasillo embaldosado en blanco y negro hasta una suite que dominaba el patio central, donde una docena de mujeres permanecían sentadas en bancos, observando las ventanas a la espera de una señal.
Dos de ellas parecían ser Mujeres-Dirdir: delgadas criaturas de rostros angulosos, pálidas como la nieve, con un disperso vello gris en la base de sus cráneos. Anacho las examinó pensativo por unos instantes, luego se apartó de la ventana.
-Somos fugitivos, por supuesto -dijo-, y debemos ir con cuidado. Sin embargo, aquí en Sivishe, donde tanta gente va y viene, estamos tan seguros como podemos estarlo en cualquier otro lugar. Los Dirdir no se ocupan de Sivishe a menos que las circunstancias lo requieran, en cuyo caso el Administrador acude a la Caja de Cristal. De otro modo, el Administrador tiene mano libre: recoge los impuestos, dicta la política, juzga, castiga, se apropia de lo que le interesa, y en consecuencia es el hombre menos corruptible de Sivishe. Para encontrar una ayuda influyente deberemos buscar en otro lado; mañana haré indagaciones. Luego vamos a necesitar una estructura de dimensiones convenientes, cerca de los talleres espaciales, pero discreta. Otro asunto que necesitará cuidadosas indagaciones. Finalmente, y eso es lo más delicado, deberemos contratar personal técnico para que monte los componentes y efectúe las adaptaciones y pruebas necesarias. Si pagamos sueldos altos conseguiremos indudablemente a los hombres adecuados. Me presentaré como un Hombre-Dirdir Superior... de hecho, mi anterior status, y aludiré a represalias Dirdir contra los hombres con la lengua demasiado suelta. No hay ninguna razón por la cual el proyecto no deba funcionar fácilmente y sin problemas, excepto por la innata perversidad de las circunstancias.
-En otras palabras -dijo Reith-, las posibilidades están contra nosotros.
Anacho ignoró la observación.
-Una advertencia: la ciudad bulle con intrigas. La gente viene a Sivishe con un único propósito: conseguir ventajas. La ciudad es un torbellino de actividades ilícitas: robos, extorsiones, vicio, juego, glotonería, exhibiciones extravagantes, estafas. Todo eso es endémico, y la víctima tiene pocas posibilidades de recurrir. A los Dirdir no les importa nada de eso; las bufonadas y las maniobras de los subhombres no significan nada para ellos. El Administrador está interesado solamente en mantener el orden.

Así que: ¡cuidado! Identificaos como hombres de las estepas que estáis buscando empleo; profesad estupidez. Con ello minimizaremos los riesgos.

10

Por la mañana, Anacho salió a efectuar sus indagaciones. Reith y Traz bajaron a la terraza del café y se sentaron a observar los transeúntes. Traz se sintió disgustado por todo lo que veía.
-Todas las ciudades son detestables -gruñó-. Y ésta es la peor: un lugar horrible. ¿Has notado el mal olor? Productos químicos, humo, enfermedades, piedras podridas. El olor ha infectado a la gente; observa sus rostros.
Reith no pudo negar que los habitantes de Sivishe constituían un conjunto poco estimulante. El color de su piel se alineaba desde el marrón lodoso hasta el blanco de los Hombres-Dirdir; sus fisonomías reflejaban miles de años de semideliberada mutación. Reith no había visto nunca una gente tan cerrada en sí misma. Vivir en contigüedad con una raza alienígena no había fomentado la solidaridad: en Sivishe cada hombre era un extraño. Como consecuencia positiva de ello, Reith y Traz pasaban desapercibidos: nadie miraba dos veces en su dirección.
Reith permanecía sentado meditabundo sobre su bol de vino blanco, relajado y casi en paz. Mientras pensaba en el viejo Tschai, se le ocurrió que la única fuerza homogeneizadora era el idioma, el mismo en todo el planeta. Tal vez debido a que la comunicación representaba a menudo la diferencia entre la vida y la muerte, a que aquellos que fracasaban en comunicarse morían, el idioma había retenido su universalidad. Un idioma que presumiblemente tenía sus raíces en la antigua Tierra. No se parecía a ningún lenguaje con el que estuviera familiarizado. Consideró algunas palabras clave. *Vam* era «madre»; *tatap* era «padre»; *issir* era «espada». Los números cardinales eran *aine, sei, dros, enser, nif, hisz, yaga, managa, nuwai, tix.* No había ningún paralelismo significativo, pero de algún modo parecía haber un extraño eco de la Tierra...
En general, reflexionó Reith, la vida en Tschai alineaba una gama mucho más amplia que la vida en la Tierra. Las pasiones eran más intensas: el dolor más opresivo, la alegría más exaltada. Las personalidades eran más decisivas. Por contraste, la gente de la Tierra parecía pensativa, condicional, sedada. La risa en la Tierra era menos estrepitosa; sin embargo, había menos jadeos de horror.
Como hacía a menudo, Reith se preguntó: *Supongamos que regreso a la Tierra. ¿Entonces qué? ¿Podré ajustarme de nuevo a una existencia tan plácida y sobria? ¿O anhelaré todo el resto de mi vida las estepas y los mares de Tschai?* Lanzó una triste risita. Un problema al que le gustaría poder enfrentarse.
Anacho regresó. Tras una rápida mirada a derecha e izquierda, se acomodó en la mesa. Su actitud era peocupada.
-Fui muy optimista -murmuró-. Confié demasiado en mis recuerdos.
-¿Qué ha ocurrido? -preguntó Reith.
-Nada que constituya un peligro inmediato. Simplemente parece que subestimé nuestro impacto. Esta mañana he oído hablar dos veces de los locos que invadieron los Carabas y mataron a un montón de Dirdir como si fueran lipetos. Hei hierve de agitación y rabia, o al menos eso se dice. Hay varios *tsau'gsh* en marcha; a nadie va a gustarle ser los locos que

hicieron eso una vez sean capturados.
Traz se sintió ultrajado.
-Los Dirdir van a los Carabas a matar hombres -gruñó-. ¿Por qué deberían quejarse si son ellos los que resultan muertos?
-¡Silencio! -exclamó Anacho-. ¡No tan fuerte! ¿Quieres llamar la atención? En Sivishe nadie expresa en voz alta esos pensamientos; ¡es poco prudente!
-¡Otra mancha negra sobre esta escuálida ciudad! -declaró Traz, pero con una voz mucho más contenida.
-Vamos -dijo Anacho nerviosamente-. No es tan descorazonador, después de todo. ¡Piensa en ello! Mientras los Dirdir rastrean el continente, nosotros tres descansamos en Sivishe, en el Albergue del Antiguo Reino.
-Una precaria satisfacción -dijo Reith-. ¿Qué otra cosa has sabido?
-El Administrador es Clodo Erlius. Acaba de asumir el cargo... lo cual no es necesariamente una ventaja para nosotros, puesto que un nuevo funcionario siempre es más propenso a mostrarse estricto. He hecho unas cuantas indagaciones veladas y, puesto que soy un Hombre-Dirdir Superior, no he encontrado una franqueza total. Sin embargo, hay un nombre que ha sido mencionado dos veces. Ese nombre es Aila Woudiver. Su ocupación ostensible es la provisión y transporte de materiales estructurales. Es un notable glotón y un voluptuoso, con gustos a la vez tan refinados, tan groseros y tan desordenados que le cuestan sumas enormes. Esta información me fue proporcionada de buen grado, con un tono de envidiosa admiración. Las capacidades ilícitas de Woudiver fueron simplemente supuestas.
-Ese Woudiver tiene el aspecto de ser un colega muy poco de fiar -dijo Reith. Anacho lanzó un resoplido.
-Me pides que encuentre a un hombre propenso al soborno, a la marrullería y al latrocinio, y cuando lo encuentro frunces la nariz.
Reith sonrió.
-¿No fueron mencionados otros nombres?
-Otra fuente explicó, de un modo cautelosamente jocoso, que cualquier actividad extraordinaria atraería seguramente la atención de Woudiver. Parece que es el hombre con quien debemos tratar. En un cierto sentido, su reputación es tranquilizadora; tiene que ser un hombre necesariamente competente.
Traz intervino en la conversación:
-¿Qué ocurrirá si ese Woudiver se niega a ayudarnos? ¿No nos hallaremos entonces a su merced? ¿No podrá extorsionarnos nuestros sequins?
Anacho frunció los labios y se alzó levemente de hombros.
-Ningún plan de este tipo es completamente a toda prueba. Desde mi punto de vista, Aila Woudiver parece una buena elección. Posee acceso a las fuentes de los materiales que necesitamos, controla los vehículos de transporte, y posiblemente pueda proporcionar un edificio adecuado donde montar la nave espacial.
-Deseamos a la persona más competente -dijo Reith con reluctancia-, y supongo que si la conseguimos no podemos fijarnos demasiado en sus atributos personales. Sin embargo, por otra parte... Oh, está bien. ¿Qué pretexto deberemos usar?

-La historia que contaste a los Lokhar, que necesitamos una nave espacial para tomar posesión de un tesoro, es tan buena como cualquier otra. Woudiver no creerá nada de lo que se le cuente; esperará ser engañado al respecto, de modo que cualquier historia es tan buena como cualquier otra.
-¡Atención! -murmuró de pronto Traz-. Se acercan unos Dirdir.
Eran tres, y avanzaban con su portentoso paso saltarín. De la parte de atrás de sus cabezas blancas como el hueso colgaban redecillas de fino hilo de plata; sus refulgencias caían a ambos lados de sus hombros. Faldones de suave piel pálida colgaban de sus brazos hasta casi el suelo. Otras tiras de piel colgaban también por delante y por detrás, indentadas con hileras verticales de símbolos circulares rojos y negros.
-Inspectores -murmuró Anacho sin apenas abrir los labios-. No vienen a Sivishe más que una vez al año… a menos que se produzcan quejas.
-¿Te reconocerán como un Hombre-Dirdir?
-Por supuesto. Espero que no me reconozcan como Ankhe at afram Anacho, el fugitivo.
Los Dirdir pasaron por su lado; Reith los miró con aire indiferente, aunque su piel se puso de gallina ante su proximidad. Ignoraron al trío y siguieron avenida adelante, con los pálidos faldones de piel agitándose a sus lados al ritmo de su paso.
El rostro de Anacho se relajó de su tensión. Reith dijo con voz apagada:
-Cuanto más pronto abandonemos Sivishe, mejor. Anacho tamborileó con sus dedos sobre la mesa, con un repique final.
-Muy bien. Telefonearé a Aila Woudiver y concertaré una cita exploratoria.
-Entró en el albergue y volvió a salir al cabo de pocos instantes-. Dentro de un momento vendrá un coche a recogernos.
Reith no estaba preparado para una respuesta tan rápida.
-¿Qué le dijiste? -preguntó, intranquilo.
-Que deseábamos consultarle respecto a un asunto de negocios.
-Hum. -Reith se reclinó en su silla-. Demasiada prisa es tan malo como demasiada poca. Anacho alzó irritadamente las manos.
-¿Qué razón hay para retrasar las cosas?
-Realmente ninguna. Pero me siento extraño en Sivishe e inseguro de mis respuestas… y por ello preocupado.
-Olvídalo. Con la familiaridad, Sivishe se vuelve aún más intranquilizadora.
Reith no dijo más. Quince minutos más tarde un antiguo vehículo negro, que en sus tiempos había sido un gran sedán, se detuvo frente al hotel. Un hombre de mediana edad, duro y hosco, miró hacia la terraza. Hizo una seña con la cabeza hacia Anacho.
-¿Esperas un coche?
-¿Para Woudiver?
-Subid.
Los tres subieron al vehículo y se sentaron. El coche avanzó a poca velocidad descendiendo la avenida, luego giró hacia el sur y entró en un distrito de desaliñados edificios erigidos sin ningún juicio ni precisión. No había dos puertas iguales; ventanas de formas y tamaños irregulares se abrían al azar en las gruesas paredes. Personas de rostros descoloridos

observaban desde los zaguanes o escrutaban la calle desde las ventanas; todos se volvieron al paso del coche.
-Obreros -dijo Anacho con un resoplido de desdén-. Kherman, Thang, Isleños Tristes. Vienen de todo Kislovan y de más allá también.
El coche prosiguió su camino cruzando una atestada plaza, penetró en una calle de pequeñas tiendas provistas todas ellas de gruesas rejas de hierro.
-¿Falta mucho para llegar a Woudiver? -preguntó Anacho al conductor.
-No. -La respuesta fue pronunciada sin que los labios del hombre se movieran apenas.
-¿Dónde vive? ¿Fuera, en las Alturas?
-En la Cuesta de Zamia.
Reith estudió la nariz en pico del hombre, las tensas protuberancias de los músculos en torno a su incolora boca: el rostro de un ejecutor.
El camino conducía colina arriba. Las casas tenían ahora descuidados jardines. El coche se detuvo al extremo de un sendero. El conductor indicó a los tres con un seco gesto que bajaran, luego les condujo silenciosamente a lo largo de un penumbroso pasadizo que olía a humedad y moho, cruzando un arco, un patio, subiendo un corto tramo de escaleras, hasta una habitación con paredes embaldosadas en color mostaza.
-Esperad aquí. -Cruzó una puerta de madera de psilla negra incrustada con hierro, y un momento más tarde se asomó e hizo un gesto con un dedo. -Venid.
Le siguieron a una amplia estancia de paredes blancas. Una alfombra marrón y escarlata ahogaba sus pasos; el mobiliario consistía en sillones tapizados de peluche rosa, rojo y amarillo, una pesada mesa de madera tallada, un inciensario que arrojaba leves bocanadas de un denso humo. Tras la mesa había de pie un enorme hombre de piel amarillenta vestido de rojo, negro y marfil. Su rostro era redondo como un melón; unos escasos mechones de pelo color arena estriaban su moteado cráneo. Era un hombre voluminoso en todas direccions, y motivado, o así le pareció a Reith, por una grandiosa y cínica inteligencia.
-Soy Aila Woudiver -dijo. Su voz estaba dominada por un exquisito control; ahora era suave y un poco aflautada-. Veo a un Hombre-Dirdir del Primer…
-¡Superior! -corrigió Anacho.
-…un joven de una tosca raza desconocida, un hombre de extracción aún más dudosa. ¿Para qué desean verme unas personas tan dispares?
-Para discutir un asunto posiblemente de interés mutuo -dijo Reith.
El tercio inferior del rostro de Woudiver tembló en una sonrisa.
-Continúa.
Reith miró a la estancia a su alrededor, luego volvió de nuevo la vista a Woudiver.
-Sugiero que nos traslademos a otro lugar, preferentemente al aire libre.
Las delgadas, casi inexistentes cejas de Woudiver se alzaron sorprendidas.
-No comprendo. ¿Querrás explicarte?
-Por supuesto, si podemos trasladarnos a otra zona.
Woudiver frunció el ceño con repentina petulancia, pero echó a andar. Los

tres hombres le siguieron cruzando una arcada, ascendiendo una rampa y saliendo a una terraza que dominaba una enorme y brumosa distancia hacia el oeste. Woudiver habló ahora con voz cuidadosamente resonante.
-¿Te parece adecuado este lugar?
-Mejor que el otro -dijo Reith.
-Me desconciertas -admitió Woudiver, acomodándose en un enorme sillón-. ¿Cuál es la influencia nociva a la que tanto temes?
Reith miró significativamente el paisaje, hacia las coloreadas torres y la gris Caja de Cristal del lejano Hei.
-Tú eres un hombre importante. Concebiblemente tus actividades interesan a ciertas personas hasta el punto de que monitoricen tus conversaciones.
Woudiver hizo un gesto jovial.
-Tus asuntos parecen altamente confidenciales, o incluso ilícitos.
-¿Eso te alarma?
Woudiver frunció los labios hasta que su boca se convirtió en un nudo de rosados cartílagos.
-Vayamos al asunto.
-Por supuesto. ¿Estás interesado en ganar mucho dinero?
-Bof -dijo Woudiver-. Tengo suficiente para mis pequeñas necesidades. Pero todo el mundo puede hallarle un uso a más dinero.
-En esencia, la situación es ésta: sabemos dónde y cómo obtener un tesoro considerable, y sin ningún riesgo.
-¡Eres el más afortunado de los hombres!
-Pero son necesarios algunos preparativos. Creemos que tú, un hombre de conocidos recursos puedes proporcionarnos ayuda a cambio de una parte de los beneficios. No me refiero, por supuesto, a ayuda financiera.
-No puedo decir ni sí ni no hasta saber todos los detalles -dijo Woudiver con la más suave de las voces-. Naturalmente, puedes hablar sin reservas; mi reputación en lo que a discreción se refiere es algo probado.
-Primero necesitamos una indicación clara de que estás interesado. ¿Para qué perder el tiempo en nada? Woudiver parpadeó.
-Estoy tan interesado como es posible estarlo en un perfecto vacío.
-Muy bien entonces. Nuestro problema es éste: necesitamos conseguir una espacionave pequeña.
Woudiver siguió sentado sin moverse, los ojos clavados en el rostro de Reith. Miró rápidamente a Traz y Anadio, luego lanzó una corta y seca risa.
-¡Me atribuyes unos considerables poderes! ¡Sin hablar de una audacia sin límites! ¿Cómo crees que puedo proporcionar una espacionave, grande o pequeña? ¡O estás loco, o me tomas a mí por uno!
Reith sonrió ante la vehemencia de Woudiver, que diagnosticó como una maniobra táctica.
-Hemos considerado cuidadosamente la situación -dijo-. El proyecto no es imposible con la ayuda de una persona como tú.
Woudiver agitó irritado su enorme cabeza color limón.
-Así que simplemente señalo con el dedo hacia los Grandas Talleres Espaciales, y produzco una nave. ¿Eso es lo que crees? Me vería cruzando las puertas de la Caja de Cristal antes de que terminara el día.

-Recuerda que no es necesaria una nave grande -dijo Reith-. Hay la posibilidad de adquirir una nave ya obsoleta y ponerla en condiciones de funcionamiento. O podemos conseguir componentes de personas que se sientan inducidas a venderlos, y montarlos en un casco adecuado.
Woudivier se tironeó la barbilla.
-Evidentemente los Dirdir se opondrían a un proyecto así.
-Mencioné la necesidad de discreción -observó Reith.
Woudivier hinchó los carrillos.
-¿Cuánta riqueza hay implicada en eso? ¿Cuál es su naturaleza? ¿Dónde está localizada?
-Ésos son detalles que por el momento no tienen ningún interés real para ti -dijo Reith.
Woudiver tabaleó su barbilla con un amarillo dedo índice.
-Discutamos el asunto como una abstracción. En primer lugar, los aspectos prácticos. Se necesitaría una gran suma de dinero: para los incentivos, la ayuda técnica, un lugar adecuado para el ensamblaje, y por supuesto los componentes que mencionas. ¿De dónde saldría ese dinero? -Su voz adquirió resonancias sardónicas-. No esperarás financiación de Aila Woudiver.
-La financiación no es problema -dijo Reith-. Tenemos fondos suficientes.
-¿De veras? -Woudiver se mostró impresionado-. ¿Puedo saber cuánto estás dispuesto a gastar?
-Oh, entre cincuenta y cien mil sequins. Woudiver agitó la cabeza con aire de indulgente diversión.
-Cien mil sequins ni siquiera son suficientes. -Lanzó una mirada hacia Hei-. Nunca me mezclaría en una empresa ilícita o prohibida.
-Por supuesto que no.
-Aunque podría de todos modos aconsejarte, sobre unas bases amistosas e informales, por digamos un precio fijo, o quizá un porcentaje de los gastos y una pequeña participación en cualquier eventual beneficio posterior.
-Algo parecido estábamos pensando -dijo Reith-. ¿Cuánto tiempo necesitaría un proyecto así, según tu estimación?
-¿Quién sabe? ¿Quién puede profetizar tales cosas? ¿Un mes? ¿Dos meses? La información es algo esencial, y por el momento carecemos de ella. Habría que consultar a una persona de confianza de los Grandes Talleres Espaciales.
-De confianza, competente y leal -corrigió Reith.
-Eso no hace falta decirlo. Conozco al hombre, una persona a la que he hecho varios favores. En uno o dos días le veré y le plantearé el asunto.
-¿Por qué no ahora? -preguntó Reith-. Cuanto más pronto mejor.
Woudiver alzó una mano.
-Las prisas conducen a errores de cálculo. Vuelve dentro de dos días; puede que tenga noticias para ti. Pero primero el asunto de las finanzas. No puedo invertir mi tiempo sin una provisión de fondos. Necesitaré una pequeña suma, digamos cinco mil sequins... como garantía.
Reith agitó la cabeza.
-Te mostraré cinco mil sequins. -Extrajo una ristra de sequins púrpuras-. De hecho, aquí hay veinte mil. Pero no podemos permitirnos gastar ni un

solo sequin excepto para gastos reales.
El rostro de Woudiver se mostró profundamente dolido.
-¿Y qué hay de mi comisión, entonces? ¿Tengo que trabajar simplemente por amor al arte?
--Por supuesto que no. Si todo va bien, serás recompensado a tu satisfacción.
-Esto vale por el momento -declaró Woudiver con repentina animación-. Dentro de un par de días enviaré a Artilo a buscarte. ¡No discutas el asunto con nadie! ¡El secreto es algo absolutamente confidencial!
-No hace falta decirlo. Hasta dentro de dos días, pues.

11

Sivishe era una ciudad triste, gris y deprimente, como oprimida por la proximidad de Hei. Las grandes mansiones de los Altos y Zamia eran pretenciosas, pero carecían de estilo y elegancia. La gente de Sivishe no era menos apagada: constituían una raza sombría y carente de humor, de pieles grises y tendentes a la obesidad. En sus comidas consumían grandes bols de cuajada, bandejas de tubérculos hervidos, carne y pescado sazonados con una rancia salsa negra que entumecía el paladar de Reith, aunque Anacho afirmaba que la salsa se presentaba en numerosas variantes y era de hecho un sabor cultivado. Las diversiones organizadas consistían en carreras diarias, en las que quienes corrían no eran animales sino hombres. Al día siguiente del encuentro con Woudiver, los tres amigos asistieron a una de esas carreras. Participaban ocho hombres, que llevaban atuendos de distintos colores y sostenían una pértiga rematada con un frágil globo de cristal. Los corredores no sólo tenían que superar a sus oponentes sino también hacerles caer con hábiles zancadillas a fin de que se les rompiera el globo de cristal, en cuyo caso eran descalificados. Los espectadores superaban los veinte mil, y mantuvieron un griterío gutural durante toda la duración de cada carrera. Reith observó un cierto número de Hombres-Dirdir entre los espectadores. Apostaban con tanto entusiasmo como los demás, pero se mantenían irritantemente aparte. Reith pregunto si Anacho no correría el riesgo de ser reconocido por algún antiguo conocido, a lo cual el Hombre-Dir-dir respondió con una amarga carcajada.

-Llevando estas ropas estoy a salvo. Nunca me verán. Si llevara ropas de Hombre-Dirdir sería reconocido inmediatamente y denunciado a los Castigadores. He visto ya al menos a media docena de antiguos conocidos. Ninguno de ellos se ha dignado lanzarme una mirada.

El trío visitó los Grandes Talleres Espaciales de Sivishe, donde recorrieron la perferia observando la actividad en su interior. Las espacionaves eran largas, ahusadas, con intrincados alerones y estabilizadores, tan distintas de las voluminosas naves Wankh y los llamativos aparatos de los Chasch Azules como lo eran éstos de las astronaves de la Tierra.

Los talleres parecían trabajar con una eficiencia muy baja y una capacidad más baja aún; pese a ello, había en marcha una gran cantidad de trabajos. Dos naves de carga estaban siendo revisadas; una nave de pasajeros parecía hallarse en plena construcción. En otro lugar observaron tres naves más pequeñas, aparentemente de guerra, cinco o seis yates espaciales en distintas fases de reparación, un conjunto de cascos desechados en un confuso montón en la parte de atrás de los talleres. En el lado opuesto había estacionadas tres naves en estado operativo, en el centro de grandes círculos negros.

-De tanto en tanto viajan a Sibol -dijo Anacho-. No hay demasiado tráfico. Hace mucho, cuando los Expansionistas estaban en su apogeo, las naves Dirdir iban y venían a varios mundos. Ahora ya no. Los Dirdir se lo están tomando con calma. Les gustaría echar a los Wankh fuera de Tschai y eliminar a todos los Chasch Azules, pero no malgastan sus energías. Es algo estremecedor. Son una raza terrible y activa y no pueden permanecer

quietos durante demasiado tiempo. Uno de esos días estallarán y se lanzarán de nuevo al ataque.
-¿Qué hay de los Pnume? -preguntó Reith.
-No existe ningún esquema establecido. -Anacho señaló hacia los acantilados detrás de Hei-. Con tu telescopio eléctrico puedes ver los almacenes Pnume, donde guardan sus metales para comerciar con los Dirdir. Ocasionalmente aparecen en Sivishe algunos Pnumekin, por uno u otro motivo. Hay túneles que atraviesan todas las colinas y penetran en el territorio más allá. Los Pnume observan todos los movimientos que hacen los Dirdir. Nunca se deciden a actuar, sin embargo, por miedo a los Dirdir, que los matan como alimañas. Por otra parte, un Dirdir que salga de caza solo puede no regresar nunca. Los Pnume se lo llevan al interior de sus túneles, o al menos así se cree.
-Eso sólo puede ocurrir en Tschai -dijo Reith-. La gente comercia pese a que se detesta mutuamente y se mata a primera vista.
Anacho lanzó una lúgubre risita.
-No veo nada notable en el hecho. El comercio conduce al beneficio mutuo; las muertes gratifican el odio mutuo. Son dos instituciones que no tienen una base común.
-¿Y qué hay de los Pnumekin? ¿Los molestan los Dirdir o los Hombres-Dirdir?
-No en Sivishe. Aquí se observa una tregua. En cualquier otro lugar ellos también son destruidos, aunque raramente se dejan ver. Después de todo hay relativamente pocos Pnumekin, que son con mucho la gente más extraña y notable de Tschai... Debemos irnos antes de que atraigamos la atención de la policía de los talleres.
-Demasiado tarde -dijo Traz con voz lúgubre-. En este momento estamos siendo observados.
-¿Desde dónde?
-Detrás nuestro, camino abajo, hay dos hombres. Uno de ellos lleva una chaqueta marrón y un sombrero negro; el otro una capa azul oscuro y una capucha.
Anacho miró a lo largo de la avenida.
-No son policías... no al menos guardias de los talleres.
Los tres regresaron a la confusa mezcolanza de cemento que marcaba el centro de Sivishe. Carina 4269, brillando a través de un alto estrato de bruma, arrojaba una fría luz amarronada sobre el paisaje. Los dos hombres les siguieron descaradamente, y algo en su silencioso andar atravesó a Reith de arriba a abajo con una nota de pánico.
-¿Quiénes pueden ser? -murmuró.
-No lo sé. -Anacho lanzó una rápida mirada por encima del hombro, pero los hombres no eran más que siluetas contra la luz-. No creo que sean Hombres-Dirdir. Hemos estado en contacto con Aila Woudiver; es posible que sea vigilado. También puede que se trate de los propios hombres de Woudiver. ¿O de una pandilla criminal? Al fin y al cabo, podemos haber sido observados aterrizando en el vehículo aéreo, o llevando los sequins a las cajas fuertes... ¡Peor aún! Quizá nuestras descripciones de Maust estén circulando por ahí. Somos bastante distinguibles.
-Tenemos que descubrirlo, de una u otra forma -dijo Reith hoscamente-.

Observad: la calle pasa cerca de ese edificio en ruinas.
-Un lugar adecuado.
Los tres siguieron andando hasta pasar un desmoronante amasijo de cemento; luego, una vez fuera de la vista, saltaron a un lado y aguardaron. Los dos hombres llegaron corriendo con largas y silenciosas zancadas. Cuando pasaron junto a ellos, Reith agarró a uno, Anacho y Traz al otro. Anacho y Traz soltaron su presa con una repentina exclamación. Por un instante Reith captó un curioso olor rancio, como alcanfor o leche agria. Luego una descarga eléctrica que hizo entrechocar todos sus huesos lo envió bruscamente hacia atrás. Lanzó un gruñido. Los dos hombres huyeron.
-Los vi -dijo Anacho con voz débil-. Eran Pnumekin, o quizá Gzhindra. ¿Llevaban botas? Los Pnumekin andan descalzos.
Reith salió tras la pareja, pero de alguna forma milagrosa habían desaparecido.
-¿Quiénes son los Gzhindra?
-Parias Pnumekin.
Los tres desandaron el camino por las húmedas calles de Sivishe.
Finalmente, Anacho dijo:
-Hubiera podido ser peor.
-¿Pero por qué deberían seguirnos los Pnumekin?
-Han estado siguiéndonos desde que partimos de Settra -murmuró Traz-. Y quizá desde antes.
-Los Pnume piensan de una forma extraña -dijo Anacho con voz grave-. Sus acciones raramente admiten una explicación lógica; están hechos de la misma materia que Tschai.

12

El trío se sentó en una mesa en la terraza del Albergue del Antiguo Reino, bebiendo vino suave y observando a los transeúntes de Sivishe. La música era la clave del genio de un pueblo, pensó Reith. Aquella mañana, pasando por delante de una taberna, había escuchado la música de Sivishe. La orquesta consistía en cuatro instrumentos. El primero era una caja de bronce incrustada con conos envueltos en pergamino que cuando eran frotados producían un sonido como el de una corneta ajustada al registro más bajo posible. El segundo, un tubo de madera vertical de treinta centímetros de diámetro, con doce cuerdas cruzando otras tantas rendijas, emitía resonantes y vibrantes arpegios. El tercero, una batería de cuarenta y dos tambores, contribuía con un complejo ritmo apagado. El cuarto, un cuerno de madera, berreaba, graznaba y producía también maravillosos y chillantes glissandos.

La música producida por el conjunto le pareció a Reith particularmente simple y limitada: una repetición de una melodía sencilla, interpretada con las más pequeñas variaciones. Unas cuantas personas bailaban: hombres y mujeres, cara a cara, las manos a los lados, saltando cuidadosamente sobre una pierna, luego sobre la otra. Torpe, pensó Reith. Sin embargo, al final de la canción, las parejas se separaron con expresiones de triunfo, y recomenzaron sus ejercicios tan pronto como la música volvió a sonar. A medida que pasaban los minutos, Reith empezó a captar complejidades, variaciones casi imperceptibles. Como la rancia salsa negra que ahogaba todas las comidas, la música requería un intenso esfuerzo de deglución; la apreciación y el placer debían quedar por siempre más allá del alcance de un extranjero. Quizá, pensó Reith, aquellos casi inaudibles trémolos y vacilaciones fueran el elemento del virtuosismo; quizá la gente de Sivishe *gozara* con las insinuaciones y sugerencias, ramalazos fugitivos, inflexiones casi inapreciables: su reacción a la ciudad Dirdir, tan al alcance de la mano.

Otro índice no menos importante del proceso de pensamiento de un pueblo era su religión. Los Dirdir, supo Reith por sus conversaciones con Anacho, no eran religiosos. Los Hombres-Dirdir, por el contrario, habían evolucionado una elaborada teología, basada en el mito de la creación que derivaba a Hombres y Dirdir de un mismo huevo primordial. Los subhombres de Sivishe mantenían una docena de templos distintos. Las observancias, por todo lo que Reith podía ver, seguían el esquema más o menos universal... humillación, seguida por la petición de favores, la mayor parte de las veces relativos a los resultados de las carreras del día. Algunos cultos habían refinado y complicado sus doctrinas; su doxología era una jerga metafísica lo suficientemente sutil y ambigua como para complacer incluso a la gente de Sivishe. Otros credos que servían a distintas necesidades habían simplificado de tal modo los procesos que los fieles solamente tenían que hacer el signo sagrado, echar algunos sequins en el bol del sacerdote, recibir una bendición, y podían volver a sus asuntos.

La llegada del coche negro de Woudiver interrumpió los pensamientos de Reith. Artilo, inclinándose con una sardónica sonrisa hacia ellos, hizo un

gesto perentorio, luego se inmovilizó agarrado al volante mientras miraba fijamente avenida abajo.
Los tres hombres subieron al coche, que emprendió su camino a través de Sivishe. Artilo condujo en dirección sudeste, más o menos hacia los talleres espaciales. En las afueras de Sivishe, donde se extendían algunas chozas dispersas entre las llanuras de sal, un conjunto de destartalados almacenes rodeaban montones de arena, gravilla, ladrillos y marga aglomerada. El coche penetró en el recinto central y se detuvo junto a una pequeña oficina construida con ladrillos rotros y escoria negra.
Woudiver estaba de pie en el umbral. Hoy llevaba una enorme chaqueta marrón, pantalones azules y un sombrero azul. Su expresión era blanda y poco reveladora; sus párpados parecían colgar a medio camino entrecerrando sus ojos. Alzó el brazo en un gesto de comedido saludo, luego retrocedió a la penumbra de la oficina. Los tres amigos descendieron del coche y entraron tras él. Artilo les siguió, se sirvió una taza de té de una enorme tetera negra, luego, silbando irritadamente, fue a sentarse en un rincón.
Woudiver señaló un banco; el trío se sentó. Woudiver empezó a caminar arriba y abajo. Alzó su rostro hacia el techo y dijo:
-He hecho algunas indagaciones preliminares. Me temo que considero vuestro proyecto impracticable. En lo referente a un lugar para realizar el trabajo no hay ninguna dificultad... el almacén del sur a vuestras espaldas serviría admirablemente, y podríais alquilarlo por una cantidad razonable. Uno de mis asociados de mayor confianza, el ayudante del superintendente de repuestos en los talleres espaciales, afirma que los componentes necesarios están disponibles... a un cierto precio. Sin duda podríamos recuperar un casco de entre los desechados: supongo que no exigiréis un lujo desorbitado; y un equipo de técnicos competentes respondería a un sueldo lo suficientemente atractivo.
Reith empezó a sospechar que Woudiver tenía alguna idea en la cabeza.
-Entonces, ¿por qué es impracticable el proyecto? Woudiver sonrió con una inocente simplicidad.
-Para mí, el beneficio es inadecuado a los riesgos que implica todo el asunto.
Reith asintió, sombrío, y se puso en pie.
-Lamento haber ocupado tanto de tu tiempo. Muchas gracias por la información.
-No tiene importancia -dijo Woudiver amablemente-. Os deseo toda clase de suerte en vuestra empresa. Quizá, cuando regreséis con vuestro tesoro, desees construirte un espléndido palacio; entonces espero que te acuerdes de mí.
-Es posible -dijo Reith-. Así pues...
Woudiver no parecía tener mucha prisa en dejarles marchar. Se acomodó en una silla con un untuoso gruñido.
-Otro querido amigo mío trata en gemas. Convertirá eficientemente vuestro tesoro en sequins, si el tesoro está constituido por gemas, como supongo. ¿No? ¿Metales raros entonces? ¿No? ¡Aja! ¿Esencias preciosas?
-Puede ser cualquier cosa de ésas, o ninguna -dijo Reith-. Creo que, en el actual estado de las cosas, es mejor dejarlo indefinido.

Woudiver crispó su rostro en una máscara de contrariedad.
-¡Precisamente es esta indefinición la que me hace dudar! Si supiera mejor lo que puedo esperar...
-Quienquiera que me ayude -dijo Reith-, o quienquiera que me acompañe, puede esperar la riqueza. Woudiver frunció los labios.
-¿De modo que debo unirme a esa expedición pirata a fin de compartir el botín?
-Pagaré un porcentaje razonable antes de que nos marchemos. Si vienes con nosotros -Reith alzó los ojos al techo ante aquel pensamiento-, o cuando volvamos, recibirás más.
-¿Cuánto más, exactamente?
-No sabría decirlo. Sospechas que soy un irresponsable. Pero no resultarás decepcionado.
Desde el rincón, Artilo croó su escepticismo; Woudiver lo ignoró. Habló con gran dignidad:
-Como hombre práctico que soy, no puedo actuar sobre especulaciones. Necesitaría una garantía de diez mil sequins. -Hinchó sus mejillas y miró directamente a Reith-. A la recepción de esta suma, ejercería inmediatamente mi influencia para poner en marcha tus planes.
-Todo esto me parece muy bien -dijo Reith-. Pero supongamos, y sé que es una suposición ridicula, que, en vez de un hombre de honor, seas un estafador, un bribón, un aprovechado. Puedes tomar mi dinero, luego encontrar el proyecto irrealizable por una razón u otra, y yo no ser reembolsado. En consecuencia, solamente puedo pagar sobre trabajo realmente realizado.
Un espasmo de irritación cruzó el rostro de Woudiver, pero su voz era la suavidad personificada:
-Entonces págame el alquiler de ese almacén de ahí atrás. Su localización es estupenda: discreto, cerca de los talleres espaciales, con todas las ventajas. Además puedo conseguir un viejo casco de desecho, supuestamente para convertirlo en un contenedor de almacenaje. Te cobraré solamente un alquiler nominal, diez mil sequins al año, pagaderos por anticipado.
Reith asintió juiciosamente.
-Una proposición interesante. Pero puesto que no vamos a necesitar el lugar más que durante unos pocos meses, ¿por qué vamos a molestarte? Podemos alquilar algo más barato en cualquier otro lugar, incluso con mejores condiciones.
Woudiver entrecerró los ojos; los pliegues de piel que rodeaban su boca temblaron.
-Negociemos abiertamente -dijo-. Nuestros intereses van parejos, siempre que yo gane sequins. No pienso regatear. O pagas buen dinero, o nuestro negocio termina aquí.
-Muy bien -dijo Reith-. Utilizaremos tu almacén, y te pagaré mil sequins por el alquiler de tres meses a partir del día en que un casco adecuado entre por la puerta y un equipo empiece a trabajar en él.
-Hummm. Eso podría ser mañana.
-¡Excelente!
-Necesitaré fondos para pagar el casco. Lo puedo conseguir a precio de

metal viejo, pero hay que pagar también el transporte.
-Muy bien. Aquí tienes mil sequins. -Reith contó la suma sobre el escritorio.
Woudiver dio una palmada con su enorme mano.
-¡Insuficiente! ¡Inadecuado! ¡Mezquino!
-Evidentemente no confías en mí -dijo Reith secamente-. Esto no me predispone a confiar yo en ti. Pero tú no arriesgas más que una o dos horas de tu tiempo, mientras que yo arriesgo miles de sequins.
Woudiver se volvió hacia Artilo.
-¿Qué harías tú?
-Salirme de esto.
Woudiver se volvió hacia Reith, abrió los brazos.
-Ya has oído.
Reith recogió los mil sequins.
-Buenos días entonces. Es un placer haberte conocido.
Ni Woudiver ni Artilo se movieron.
El trío regresó al hotel con el transporte público.
Un día más tarde apareció Artilo en el Albergue del Antiguo Reino.
-Aila Woudiver quiere verte.
-¿Para qué?
-Te ha conseguido un casco. Está en el viejo almacén. Un equipo está limpiándolo y acondicionándolo. Quiere dinero. ¿Qué otra cosa puede ser?

13

El casco era satisfactorio y de dimensiones adecuadas. El metal se hallaba en buen estado. Las portillas de observación estaban empañadas y sucias, pero bien asentadas y herméticas.
Woudiver permaneció a un lado mientras Reith inspeccionaba el casco, con una expresión de altanera tolerancia en su rostro. Al parecer, cada día llevaba un nuevo y más extravagante atuendo, hoy un traje negro y amarillo y un sombrero negro con un penacho escarlata. El broche que aseguraba su capa era un óvalo plata y negro, partido a lo largo de su eje menor. De un extremo emergía la estilizada cabeza de un Dirdir, del otro la cabeza de un hombre. Woudiver, captando la mirada de Reith, asintió profundamente.
-Nunca lo sospecharías por mi físico, pero mi padre fue un Inmaculado.
-¿De veras? ¿Y tu madre? La boca de Woudiver se crispó.
-Una mujer noble del norte.
-Una criada de taberna de Thang, con sangre de las marismas en las venas -dijo Artilo desde la compuerta de entrada.
Woudiver suspiró.
-En presencia de Artilo toda ilusión romántica es imposible. En cualquier caso, de no ser por la interposición accidental de un seno incorrecto, ante ti estaría Aila Woudiver, Hombre-Dirdir Inmaculado de Grado Violeta, en vez de Aila Woudiver, tratante en arenas y gravas y galante defensor de las causas perdidas.
-Ilógico -mumuró Anacho-. De hecho, improbable. Ni un Inmaculado entre mil retiene los Atributos Primitivos.
El rostro de Woudiver adquirió instantáneamente un peculiar tono magenta. Se dio la vuelta con una sorprendente rapidez y apuntó con un grueso dedo.
-¿Quién se atreve a hablar de lógica y probabilidad? ¡El renegado Ankhe at afram Anacho! ¿Quién llevaba el Azul y Rosa sin haber sufrido la prueba de la Angustia? ¿Quién desapareció al mismo tiempo que el Excelente Azarvim issit Dardo, al que nunca se ha vuelto a ver? ¡Un orgulloso Hombre-Dirdir, este Ankhe at afram!
-Ya no me considero un Hombre-Dirdir -dijo Anacho con voz tranquila-. Definitivamente ya no tengo ninguna ambición hacia el Azul y Rosa, ni siquiera hacia los trofeos de mi linaje.
-¡En este caso sé lo bastante amable como para no comentar la triste situación de alguien que se ve desgraciadamente privado de la casta a la que tiene derecho!
Anacho se alejó, echando humo de rabia, pero obviamente considerando que era más juicioso contener su lengua. Al parecer aquel Aila Woudiver no había permanecido ocioso, y Reith se preguntó hasta cuán lejos habían llegado sus indagaciones.
Woudiver recuperó gradualmente su compostura. Su boca se crispó. Hinchó y deshinchó sus mejillas. Lanzó un sonido burlón.
-Vayamos a asuntos más provechosos. ¿Cuál es tu opinión respecto a este casco?
-Favorable -dijo Reith-. No podemos esperar nada mejor de la chatarra.

-Ésta es también mi opinión -dijo Woudiver-. La siguiente fase va a ser un poco más dificultosa. Mi amigo en los talleres espaciales no se siente en absoluto ansioso por ir a la Caja de Cristal, ni yo tampoco. Pero una cantidad adecuada de sequins hace milagros. Lo cual nos lleva al tema del dinero. Los gastos que he tenido que pagar de mi bolsillo son ochocientos noventa sequins por el casco, lo cual considero un buen precio. Trescientos sequins por el transporte. El alquiler por un mes del almacén: mil sequins. Total, dos mil ciento noventa sequins. Calculo mi comisión o beneficio personal en un diez por ciento, o sea doscientos diecinueve sequins. Lo cual hace un total de dos mil cuatrocientos nueve sequins.
-¡Espera, espera, espera! -exclamó Reith-. No mil sequins al mes, mil sequins por *tres* meses; ésa fue mi oferta.
-Es demasiado poco.
-Pagaré quinientos, ni un blanco más. Ahora, en lo que respecta a tu comisión, seamos razonables. Te has encargado del transporte, con su correspondiente beneficio; pago un buen alquiler por tu almacén; no veo ninguna razón para entregarte un diez por ciento adicional sobre estos conceptos.
-¿Por qué no? -preguntó Woudiver con voz razonable-. Es una ventaja para ti el que yo pueda ofrecerte esos servicios. Llevo dos sombreros, por decirlo así: el de coordinador y el de proveedor. ¿Por qué, simplemente porque el coordinador encuentra a un cierto proveedor conveniente, barato y eficiente, debería verse privado de su beneficio? Si el transporte hubiera sido efectuado por alguien distinto, no hubiera salido más barato, y yo hubiera cobrado mi porcentaje sin protestas.
Reith no pudo negar la lógica de la argumentación, ni lo intentó. Dijo:
-No tengo intención de pagar más de quinientos sequins por un viejo almacén que se cae en pedazos y que tú te hubieras sentido satisfecho alquilando por doscientos.
Woudiver alzó un amarillo dedo.
-¡Considera el riesgo! ¡Estamos a punto de cometer el latrocinio de valiosas propiedades! Por favor, comprende que debo ser recompensado en parte por los servicios prestados, pero en parte también para apaciguar mis terrores a la Caja de Cristal.
-Esta es una afirmación razonable desde tu punto de vista -dijo Reith-. En lo que a mí se refiere, quiero completar la espacionave antes de que se me agote el dinero. Una vez la nave esté terminada, cargada de combustible y llena de provisiones, puedes quedarte con todos los sequins que queden, no me importa.
-¿Realmente? -Woudiver se rascó la mejilla-. ¿Cuántos sequins tienes exactamente, para poder hacer mis planes de acuerdo con ello?
-Un poco más de cien mil.
-Hummm. Me pregunto si el trabajo podrá llegar a completarse... y no hablemos de mis comisiones.
-Exactamente. Quiero mantener los gastos que no se refieran a la construcción al mínimo.
Woudiver volvió su rostro hacia Artilo.
-Contempla a lo que me veo reducido. Todos prósperos excepto Woudiver. Como siempre, sufro a causa de mi generosidad.

Artilo lanzó un gruñido que no comprometía a nada.
Reith contó unos sequins.
-Aquí tienes quinientos... un alquiler exorbitante para esta ruina donde estamos. Transporte: trescientos. El casco: ochocientos noventa. Pagaré el diez por ciento del casco. Otros ochenta y nueve. Un total de setecientos setenta y nueve.
El ancho rostro amarillo de Woudiver reflejó una sucesión de emociones. Finalmente dijo:
-Debo recordarte que una política mezquina es a la larga la más cara de todas.
-Si el trabajo progresa eficientemente -dijo Reith- no me encontrarás mezquino. Verás más sequins de los que nunca soñaste que pudieran existir. Pero tengo intención de pagar solamente resultados. Así que tu mayor interes reside en acelerar la construcción de la espacionave tanto como te sea posible. Si el dinero se agota, perderemos todos.
Por una vez Woudiver no tuvo nada que decir. Contempló con tristeza el resplandeciente montón de sequins sobre la mesa; luego, separando los púrpuras, los escarlatas y los verdes oscuros, los contó.
-Eres duro en los negocios -dijo.
-En definitiva es para nuestro mutuo beneficio. Woudiver dejó caer los sequins en su bolsa.
-Si es preciso, es preciso. -Tamborileó con los dedos contra su cadera-. Bien, en cuanto a los componentes, ¿qué necesitas primero?
-No sé nada acerca de maquinaria Dirdir. Necesitamos el consejo de un técnico experto. Tendría que haber un hombre así aquí y ahora.
Woudiver le miró de soslayo.
-Si no la conoces, ¿cómo esperas pilotar esta nave?
-Estoy familiarizado con los botes espaciales Wankh.
-Hummm. Artilo, ve a buscar a Deine Zarre del Club Técnico.
Woudiver salió en dirección a su oficina, dejando a Reith, Anacho y Traz solos en el almacén. Anacho examinó el casco.
-El viejo gordo ha escogido bien. Es una Ispra, una serie hoy obsoleta tras la aparición de la Concax Chillona. Debemos obtener componentes Ispra para simplificar el trabajo.
-¿Se hallan disponibles?
-Indudablemente. Creo que le has sacado bien el jugo a la bestia amarilla. Su padre un Inmaculado... ¡vaya chiste! Su madre una mujer de las marismas... ¡eso sí puedo creerlo! Evidentemente se ha dado un buen trabajo en averiguar nuestros secretos.
-Espero que no haya averiguado demasiado.
-Mientras podamos pagar, estamos seguros. Tenemos un buen casco a un precio muy razonable, e incluso el alquiler de este cuchitril no es demasiado exorbitante. Pero debemos ir con cuidado: no le gustan los beneficios normales.
-Sin duda nos engañará tanto como pueda -dijo Reith-. Pero si terminamos con una nave espacial que funcione, no me importa. -Caminó rodeando el casco, tendiendo ocasionalmente la mano para tocarlo con una especie de admiración. Allí, sólida y definida, estaba por fin la base de una nave que podría llevarle de vuelta a casa. Reith sintió una oleada de

afecto hacia el frío metal, pese a su alienígena apariencia Dirdir.
Traz y Anacho salieron fuera para sentarse a la pálida luz del atardecer, y finalmente Reith se reunió con ellos. Con imágenes de la Tierra en su mente, el paisaje se volvió repentinamente extraño, como si estuviera contemplándolo por primera vez. La desmoronante ciudad gris de Sivishe, las espiras de Hei, la Caja de Cristal reflejando un brillo bronce oscuro a la luz de Carina 4269, los altos acantilados apenas entrevistos en la bruma: aquello era Tschai. Miró a Traz y Anacho: aquellos eran hombres de Tschai.
Se sentó en el banco. Preguntó:
-¿Qué hay dentro de la Caja de Cristal? Anacho pareció sorprenderse de su ignorancia.
-Es un parque, una imitación del viejo Sibol. Los jóvenes Dirdir aprenden allí a cazar; otros se ejercitan y se relajan. Hay galerías para los espectadores. Los criminales son las presas. Hay rocas, vegetación de Sibol, farallones, cuevas; a veces un hombre consigue eludir la caza durante días.
Reith miró fijamente a la Caja de Cristal.
-¿Están cazando ahora los Dirdir en ella?
-Supongo que sí.
-¿Y los Hombres-Dirdir Inmaculados?
-A veces se les permite cazar.
-¿Devoran a su presa?
-Por supuesto.
El coche negro apareció por la calle llena de baches. Lanzó una enorme salpicadura de un aceitoso charco, se detuvo ante la oficina. Woudiver salió a la puerta, una grotesca masa envuelta en finas ropas negras y amarillas. Artilo bajó del asiento del conductor; de la parte de atrás salió un viejo. Tenía el rostro como extraviado y su cuerpo parecía distorsionado o retorcido; avanzó lentamente, como si cada esfuerzo le costara un tremendo dolor. Woudiver avanzó hacia él, le dirigió una o dos palabras, luego lo condujo hacia el almacén.
-Éste es Deine Zarre, que supervisará nuestro proyecto. Deine Zarre, te presento a este hombre de raza indistinguible. Se hace llamar a sí mismo Adam Reith. Tras él puedes ver a un Hombre-Dirdir renegado, un tal Anacho; y un joven que parece derivar de las estepas de Kotan. Esas son las personas con las que tendrás que tratar. Yo no soy más que un agregado; haz todos tus arreglos con Adam Reith.
Deine Zarre dirigió su atención a Reith. Sus ojos eran gris claro, y en contraste con el negro de las pupilas parecían casi luminosos.
-¿Cuál es el proyecto?
Otro hombre en conocer el secreto, pensó Reith. Con Aila Woudiver y Artilo, la lista empezaba a hacerse demasiado larga. Pero no podía evitarlo.
-En el almacén hay el casco de una nave espacial. Queremos ponerla en condiciones operativas.
La expresión de Deine Zarre cambió poco. Observó por unos instantes el rostro de Reith, luego se volvió y cojeó hacia el almacén. Reapareció a los pocos momentos.
-El proyecto es posible. Todo es posible. ¿Pero realizable? No lo sé. -Su

mirada buscó de nuevo el rostro de Reith-. Hay riesgos.
-Woudiver no muestra una gran alarma. De todos nosotros, él es el más sensible al peligro.
Deine Zarre clavó en Woudiver unos ojos desapasionados.
-También es el más escurridizo y el más lleno de recursos. En lo que a mí respecta, no temo nada. Si los Dirdir vienen a buscarme, mataré a tantos como me sea posible.
-Vamos, vamos -se burló Woudiver-. Los Dirdir son como son: gente de fantásticas habilidades y valor, ¿Acaso no somos todos Hermanos del Huevo?
Deine Zarre lanzó un gruñido hosco.
-¿Dónde están la maquinaria, las herramientas, los componentes?
-En los talleres espaciales -dijo Woudiver secamente-. ¿Dónde si no?
-Necesitaremos técnicos: al menos seis hombres, de absoluta discreción.
-Un asunto de buena o mala suerte -admitió Woudiver-. Pero la mala suerte puede minimizarse con incentivos. Si Reith les paga bien, el incentivo del dinero. Si Artilo les aconseja, el incentivo de la razón. Si yo les señalo las consecuencias de una lengua demasiado floja, el incentivo del miedo. ¡No hay que olvidarlo nunca, Sivishe es una ciudad de secretos! Como testigos los que estamos aquí.
-Cierto -dijo Deine Zarre. Buscó de nuevo a Reith con sus notables ojos-. ¿Adonde quieres ir con tu espacionave?
Woudiver habló con un tono que insinuaba burla o malicia:
-Va a reclamar un fabuloso tesoro, que todos compartiremos.
Deine Zarre sonrió.
-No quiero ningún tesoro. Págame cien sequins a la semana; eso es todo lo que pido.
-¿Tan poco? -se sorprendió Woudiver-. Reduces mi comisión.
Deine Zarre no le hizo caso.
-¿Tienes intención de empezar el trabajo inmediatamente? -preguntó a Reith.
-Cuanto antes mejor.
-Haré una lista de las necesidades inmediatas. -A Woudiver-: ¿Cuándo podrás disponer la entrega?
-Tan pronto como Adam Reith proporcione los medios.
-Pasa la orden esta noche -dijo Reith-. Traeré dinero mañana.
-¿Cuáles son los honorarios para mi amigo? -inquirió irritadamente Woudiver-. ¿Va a tener que trabajar por nada? ¿Qué hay de lo que habrá que pagarles a los guardias del almacén? ¿Tendrán que mirar hacia otro lado porque sí?
-¿Cuánto? -preguntó Reith.
Woudiver dudó, luego dijo con voz apagada:
-Evitemos una agotadora disputa. Presentaré primero el precio mínimo. Dos mil sequins.
-¿Tanto? Increíble. ¿Cuántos hombres tienen que ser sobornados?
-Tres. El ayudante del supervisor y dos guardias.
-Dáselos -dijo Deine Zarre-. Me disgustan los regateos. Si tienes que economizar, págame menos a mí.
Reith empezó a quejarse, luego se alzó de hombros, consiguió esbozar una

dolorosa sonrisa.
-Está bien. Dos mil sequins.
-Recuerda -dijo Woudiver-, tienes que pagar el precio de inventario de la mercancía; es difícil robar a precio alzado.
Durante la tarde cuatro camiones a motor descargaron en el almacén. Reith, Traz, Anacho y Artilo metieron las cajas dentro mientras Deine Zarre comprobaba el contenido con sus listas. Woudiver apareció en escena a medianoche.
-¿Todo bien?
-Por todo lo que puedo decir, lo más necesario está aquí -dijo Deine Zarre.
-Bien. -Woudiver se volvió hacia Reith, le tendió una hoja de papel-. La factura. Observa que está pormenorizada, de modo que no sirve de nada discutir.
Reith leyó el total con un débil jadeo.
-Ochenta y dos mil sequins.
-¿Acaso esperabas menos? -preguntó desenvueltamente Woudiver-. Mi parte no está incluida. En total son noventa mil doscientos sequins.
-¿Es esto todo lo que necesitarnos? -preguntó Reith a Deine Zarre.
-Absolutamente todo.
-¿Cuánto tiempo vamos a necesitar?
-Dos o tres meses. Más, si los componentes se hallan seriamente desfasados.
-¿Cuánto debo pagar a los técnicos?
-Doscientos sequins a la semana. Al contrario que yo, se hallan motivados por la necesidad de dinero.
En la pantalla de la imaginación de Reith apareció una imagen de los Carabas: las colinas, las grises prominencias rocosas, los arbustos de espinos, los horribles fuegos por la noche. Recordó el furtivo paso por los Promontorios, la trampa para Dirdir en el Bosque Limítrofe, la carrera de vuelta al Portal de los Destellos. Noventa mil sequins representaban casi la mitad de todo aquello... Si el dinero disminuía demasiado aprisa, si Woudiver empezaba a mostrarse demasiado ávidamente corrupto, ¿qué harían entonces? Reith no pudo soportar aquel pensamiento.
-Mañana traeré el dinero. Woudiver asintió gravemente.
-Muy bien. O mañana por la noche las cosas volverán allá de donde salieron.

14

Dentro del almacén, la vieja Ispra empezaba a cobrar vida. Los propulsores fueron encajados en sus alvéolos, soldados y sellados. El generador y el convertidor fueron izados por el panel de acceso de popa, luego deslizados hacia delante y anclados. La Ispra ya no era un casco. Reith, Anacho y Traz la frotaron con viruta metálica, la rasparon, la pulieron, eliminaron las manchas de óxido, retiraron los viejos asientos de agrio olor. Limpiaron las portillas de observación, ensancharon los conductos de aireación, instalaron nuevos sellos en torno a la compuerta de entrada.

Deine Zarre no trabajaba. Iba cojeando de un lado a otro, sin que sus ojos perdieran ningún detalle. Artilo miraba ocasionalmente al interior del almacén, con una mueca burlona en su boca gris. Woudiver apenas se dejaba ver. Durante sus raras apariciones se mostraba frío y práctico, desaparecida toda huella de su primitiva jovialidad.

Durante todo un mes Woudiver no apareció. Artilo, inclinado de pronto a las confidencias, escupió un día al suelo y dijo:

-El Gran Amarillo está fuera en su propiedad en el campo.

-Oh. ¿Y qué es lo que hace allí? Artilo torció la cabeza hacia un lado, mostrando a Reith una sonrisa torcida.

-Cree que es un Hombre-Dirdir, eso es lo que hace. Ahí es donde va a parar todo su dinero, en sus rejas y en sus escenarios y en sus cazas, el viejo vicioso.

Reith se quedó mirando a Artilo, completamente inmóvil.

-¿Quieres decir que caza hombres?

-Por supuesto. Él y sus amigos. Amarillo tiene una propiedad de quinientas hectáreas, casi tan grande como la Caja de Cristal. Las paredes no son tan buenas, pero las ha hecho rodear con alambre electrificado y trampas. No bebas el vino de Amarillo; te dormirás y despertarás para encontrarte metido en la caza. Y tú serás la presa.

Reith se abstuvo en preguntar qué les ocurría a las víctimas; era una información que no deseaba saber.

Transcurrió otra de las semanas de diez días de Tschai, y Woudiver apareció, de un humor lúgubre. Su labio superior estaba rígido como un palo, ocultando totalmente su boca; sus ojos se clavaban truculentos a derecha e izquierda. Se detuvo al lado de Reith; la gran masa de su torso ocultó la mitad de la vista. Tendió bruscamente la mano.

-El alquiler. -Su voz era llana y fría.

Reith sacó quinientos sequins y los colocó sobre un estante. No quiso tocar la tendida mano amarilla.

Woudiver, con un espasmo de irritación, le abofeteó con el dorso de la mano, arrojándole al suelo. Reith se puso de nuevo en pie, asombrado. Notó que su piel empezaba a hormiguearle, señalando la erupción de la furia. Con el rabillo del ojo vio a Artilo apoyado contra la pared. Artilo dispararía contra él tan tranquilamente como quien aplasta a un insecto, lo sabía muy bien. Cerca de él estaba Traz, observando intensamente a Artilo. Artilo estaba neutralizado.

Woudiver permanecía de pie mirándole, con ojos fríos y carentes de

expresión. Reith lanzó un profundo suspiro, se tragó la rabia. Devolverle el golpe a Woudiver no le haría ganar su respeto, sino tan sólo estimular su rencor.
Inevitablemente ocurriría algo catastrófico. Lentamente, se dio la vuelta.
-¡Entrégame mi alquiler! -ladró Woudiver-. ¿Me tomas por un mendigo? ¡Ya he soportado bastante tu arrogancia! ¡En el futuro muéstrame el respeto debido a mi casta!
Adam Reith dudó. ¡Qué fácil resultaría atacar al monstruoso Woudiver y aceptar las consecuencias! Pero eso significaría la aniquilación del programa. Adam Reith suspiró. Si era necesario tragarse su orgullo, toda una ración no era peor que un bocado.
Con un frío y austero silencio, tendió los sequins a Woudiver, que se limitó a mirarle furiosamente y agitar las caderas.
-¡Es insuficiente! ¿Por qué tengo que financiar yo tu empresa? ¡Págame lo que me corresponde! ¡El alquiler son mil sequins al mes!
-Aquí están otros quinientos sequins -dijo Reith-. Por favor no pidas más, porque no hay más.
Woudiver lanzó un bufido despectivo, giró sobre sus talones y se fue. Artilo contempló su marcha y escupió al suelo. Lugo lanzó a Reith una mirada especulativa.
Reith penetró en el almacén. Deine Zarre, que había observado el episodio, no hizo ningún comentario. Reith intentó apaciguar su humillación con el trabajo.
Dos días más tarde reapareció Woudiver, esta vez llevando su llamativo traje negro y amarillo. Su truculencia de la otra vez había desaparecido; se mostró suavemente educado.
-Bien, ¿cómo va nuestro proyecto?
-No han habido problemas importantes -respondió Reith con voz llana-. Los componentes pesados están en su lugar y conectados. Han sido instalados los instrumentos, pero aún no son operativos. Deine Zarre está preparando otra lista: el sistema de justificación magnética, los sensores de navegación, los acondicionadores del medio ambiente. Quizá esta vez debamos adquirir también células de combustible.
Woudiver frunció los labios.
-Muy bien. De nuevo se presenta la triste ocasión de tener que separarte de tus sequins tan duramente ganados. ¿Puedo preguntarte cómo conseguiste una suma tan grande? Es una auténtica fortuna. Con tanto dinero en mano, me pregunto por qué lo arriesgas todo en una empresa tan descabellada.
Reith consiguió esbozar una gélida sonrisa.
-Evidentemente yo no considero la expedición como una empresa descabellada.
-Extraordinario. ¿Cuándo tendrá preparada Deine Zarre su lista?
-Quizá ya la tenga terminada.
Deine Zarre no la había terminado aún, pero lo hizo mientras Woudiver aguardaba.
Woudiver examinó la lista con la cabeza echada hacia atrás y los ojos entrecerrados. Dijo:
-Me temo mucho que los gastos van a superar tus reservas.

-Espero que no -dijo Reith-. ¿En cuánto los calculas?
-No sabría decirlo exactamente; no lo sé. Pero con el alquiler, los salarios y tu inversión original no puede quedarte ya mucho dinero. -Miró interrogativamente a Reith.
Lo último que pensaba hacer Reith en su vida era confiar en Woudiver.
-Es esencial que mantengamos los costes al mínimo.
-Tres costes básicos deben ser mantenidos a toda costa -entonó Woudiver-. El alquiler, mis comisiones, los honorarios de mis asociados. Lo que quede puedes gastarlo como te plazca. Éste es mi punto de vista. Y ahora sé lo bastante amable de entregarme dos mil sequins de mis honorarios. Los materiales, si no puedes pagarlos, pueden ser devueltos sin perjuicios y sin más coste que los gastos de transporte.
Lúgubremente, Reith le tendió dos mil sequins. Hizo un cálculo mental: de unos doscientos veinte mil sequins traídos de los Carabas, quedaban menos de la mitad.
Por la noche tres camiones trajeron lo pedido al almacén.
Un poco más tarde llegó un camión más pequeño, con ocho contenedores de combustible. Traz y Anacho empezaron a descargarlos, pero Reith los detuvo.
-Un momento -dijo. Entró en el almacén, donde Deine Zarre comprobaba la carga con su lista-. ¿Pediste combustible? -Sí.
Deine Zarre parecía pensativo, observó Reith, como si su mente estuviera en otro lugar.
-¿Durante cuánto tiempo suministrará energía a la nave cada uno de los contenedores?
-Se necesitan en principio dos, uno para cada célula. Duran aproximadamente dos meses.
-Han sido entregados ocho contenedores.
-Pedí cuatro, para tener dos de reserva. Reith regresó al camión.
-Sacad cuatro -les dijo a Traz y Anacho. El conductor permanecía sentado en las sombras de la cabina. Reith se le acercó, y ante su sorpresa descubrió que era Artilo, aparentemente no demasiado ansioso por identificarse-. Has traído ocho contenedores de combustible; encargamos cuatro.
-Amarillo dijo que trajera ocho.
-Solamente necesitamos cuatro. Devuelve los otros.
-No puedo hacerlo. Habla con el Gran Amarillo.
-Necesito solamente cuatro contenedores. Eso es lo que tomaré. Haz lo que quieras con los otros.
Artilo, silbando entre dientes, saltó del camión, descargó los cuatro contenedores extra y los llevó a un rincón del almacén. Luego volvió a subir al camión y se fue.
Los tres hombres se quedaron contemplando su marcha. Anacho dijo con voz átona:
-Problemas a la vista.
-Eso creo -respondió Reith.
-Las células de combustible son sin duda propiedad de Woudiver -dijo Anacho-. Quizá las robó, quizá las compró muy baratas. Es una excelente oportunidad de librarse de ellas con un buen beneficio.

Traz emitió un gruñido gutural.
-Woudiver va a tener que volver a llevarse esos contenedores sobre sus espaldas.
Reith lanzó una carcajada intranquila.
-Si supiera cómo conseguirlo.
-Teme por su vida, como todo el mundo.
-Cierto. Pero no podemos cortarnos la nariz para escupirnos a la cara.
Por la mañana Woudiver no se presentó para escuchar las argumentaciones que Reith había estado meditando durante gran parte de la noche. Reith se enfrascó en su trabajo, con el pensamiento de Woudiver gravitando sobre él como el peso del destino.
Aquella mañana Deine Zarre tampoco estuvo por allí, y los técnicos murmuraron entre sí más libremente de lo que se atrevían a hacerlo en presencia de Zarre. Finalmente Reith desistió de su trabajo y se dedicó a supervisar el proyecto. Había buenas razones para mostrarse optimista, pensó. Los componentes principales estaban ya instalados; el delicado trabajo de ajuste avanzaba a un ritmo satisfactorio. Reith se sentía impotente ante todos esos trabajos, aunque estaba familiarizado con los sistemas de impulsión espacial terrestres. Ni siquiera estaba seguro de que los motores funcionaran según los mismos principios.
Al mediodía una línea de negras nubes cubrió los acantilados como el avance de una marea. Carina 4269 se hizo impreciso, se difuminó en tonalidades marrones y finalmente desapareció; unos momentos más tarde la lluvia barrió un paisaje fantasmal, haciendo desaparecer a Hei de la vista, y brotando de la lluvia apareció Deine Zarre, seguido por una pareja de chiquillos: un niño de doce años y una muchachita tres o cuatro años mayor. Los tres entraron en el almacén y se detuvieron, temblando. Deine Zarre tenía el aspecto de haber agotado todas sus energías; los niños parecían como entumecidos.
Reith rompió algunas cajas, encendió un fuego en medio del almacén. Encontró algunos trozos de tela áspera y los rompió para hacer toallas.
-Secaos. Quitaos las chaquetas y calentaos un poco.
Deine Zarre miró como si no comprendiera, luego obedeció lentamente. Los niños le imitaron. Eran evidentemente hermanos, muy posiblemente nietos del propio Deine Zarre. El chiquillo tenía los ojos azules; los de la muchachita eran de un hermoso gris pizarra.
Reith trajo té caliente, y al final Deine Zarre dijo:
-Gracias. Ya casi estamos secos. -Y un momento más tarde-: Los niños están a mi cuidado; se quedarán conmigo. Si consideras inconveniente su presencia, mi empleo está a tu disposición.
-Por supuesto que no -dijo Reith-. Son bienvenidos aquí, siempre que comprendan la necesidad de guardar silencio.
-No dirán nada. -Deine Zarre miró a los dos niños-. ¿Habéis comprendido? Nada de lo que veáis aquí debe ser mencionado en ninguna parte.
Los tres no parecían muy inclinados a la conversación. Reith, captando la desolación y la miseria, dudó. Los niños le miraron desconfiados.
-No puedo ofreceros ropas secas -dijo Reith-. ¿Pero tenéis hambre? Disponemos de algo de comida.
El niño negó con la cabeza con dignidad; la niña sonrió y se convirtió de

pronto en una personita encantadora.
-Todavía no hemos desayunado.
Traz, que había permanecido de pie a un lado, corrió a la despensa y regresó al cabo de pocos momentos con pan de semillas y sopa. Reith observó gravemente. Parecía que las emociones de Traz se habían visto afectadas. La muchachita era atractiva, pese a su aspecto tímido y miserable.
Finalmente el propio Deine Zarre se agitó. Volvió a ponerse su chaqueta, ligeramente humeante y aún no del todo seca, y fue a inspeccionar el trabajo realizado durante su ausencia.
Reith intentó entablar conversación con los niños.
-¿Os estáis secando ya?
-Sí, gracias.
-Deine Zarre, ¿es vuestro abuelo?
-Nuestro tío.
-Entiendo. ¿Y estáis viviendo con él?
-Sí.
Reith no pudo encontrar nada más que decir. Traz fue más directo.
-¿Qué les ocurrió a vuestros padres?
-Fueron muertos por Pairos -dijo la muchachita suavemente. El niño parpadeó.
-Vosotros debéis ser de las Mesetas Orientales.
-Sí.
-¿Cómo llegasteis hasta aquí desde tan lejos?
-Caminamos.
-Es un camino largo y peligroso.
-Tuvimos suerte. -Los dos niños contemplaron el fuego. La muchachita parpadeó, sin duda recordando las circunstancias de su huida.
Reith se alejó y subió al encuentro de Deine Zarre.
-Ahora tienes nuevas responsabilidades. Deine *Zarre* clavó en Reith una aguda mirada.
-Eso es cierto.
-Estás trabajando aquí por menos de lo que te mereces, y quiero aumentarte el salario.
Deine Zarre inclinó ceñudo la cabeza.
-Sabré encontrarle un buen uso a ese dinero.
Reith regresó al suelo del almacén, para encontrar a Woudiver de pie junto a la puerta, una enorme silueta bulbosa. Su actitud era de sorprendida desaprobación. Hoy llevaba otro de sus grandes atuendos: unos pantalones negros de peluche apretados en torno a sus gruesas piernas, un sobretodo púrpura y marrón ceñido con un cinturón amarillo mate. Avanzó unos pasos y clavó fijamente la mirada en los dos niños, uno tras otro.
-¿Quién encendió este fuego? ¿Qué hacéis vosotros aquí?
La muchachita se estremeció.
-Estábamos mojados; ese caballero hizo que nos calentáramos junto al fuego.
-Aja. ¿Y quién es ese caballero? Reith avanzó unos pasos.
-Yo soy el caballero. Esos niños son familia de Deine Zarre. Yo encendí el

fuego para que se secaran.
-¿Y qué pasa con mi propiedad? ¡Una simple chispa, y todo puede prender en llamas!
-En medio de toda esta lluvia creo que el riesgo es mínimo.
Woudiver hizo un gesto que no significaba nada.
-Está bien, acepto tus palabras. ¿Cómo va todo?
-Bastante bien.
Woudiver rebuscó en su manga y extrajo un papel.
-Tengo aquí la cuenta de la entrega de la pasada noche. Observarás que el total es extremadamente bajo, porque conseguí obtener un precio global.
Reith desdobló el papel. Unos caracteres escritos en negro saltaron a sus ojos: *Mercancía entregada: 106.800 sequins.*
Woudiver estaba diciendo:
-...parece que hemos tenido una suerte realmente extraordinaria. Espero que dure. Ayer mismo los Dirdir atraparon a dos ladrones sacando artículos del almacén de expediciones, y los llevaron inmediatamente a la Caja de Cristal. Así que ya ves que nuestra actual seguridad es algo muy frágil.
-Woudiver -dijo Reith-, esta factura es demasiado elevada. Pero muy demasiado excesivamente elevada. Además, no tengo intención de pagar unos contenedores de combustible que no he pedido.
-El precio, como ya he dicho, es global -señaló Woudiver-. Los contenedores extra no implican un coste extra. En un cierto sentido, son gratis.
-No es éste el caso, y me niego a pagar cinco veces lo que es razonable. De hecho, no tengo bastante dinero para hacerlo.
-Entonces tendrás que conseguir un poco más -dijo Woudiver suavemente. Reith se echó a reír.
-Haces que el asunto suene muy fácil.
-Para algunos lo es -dijo Woudiver alegremente-. Por la ciudad circula un rumor sorprendente. Parece que tres hombres entraron en los Carabas, mataron a un asombroso número de Dirdir, y luego despojaron sus cadáveres de todos los sequins que llevaban. Esos hombres son descritos como un joven rubio con el apecto de un habitante de las estepas de Kotan, un Hombre-Dirdir renegado, y un hombre moreno de aspecto impasible y de raza indistinguible. Los Dirdir se sienten ansiosos por cazarlos. Corre también otro rumor relativo a esos tres hombres. Al parecer, el moreno de los tres afirma que su origen es un mundo muy lejano del que insiste derivan todos los hombres: en mi opinión se trata de una blasfemia. ¿Qué piensas tú de todo ello?
-Interesante -dijo Reith, intentando ocultar su desesperación.
Woudiver se permitió una mueca.
-Nos hallamos en una posición vulnerable. Hay peligro para mi persona, un grave peligro. ¿Debo exponerme a él por nada? Te ayudo por motivos de camaradería y altruismo, por supuesto, pero debo recibir mi recompensa.
-No puedo pagar tanto -dijo Reith-. Sabes aproximadamente el monto de mi capital; ahora estás intentando extorsionarme más.
-¿Por qué no? -Woudiver no pudo seguir reteniendo una sonrisa-.

Supongamos que los rumores que he mencionado son ciertos; supongamos que por algún loco accidente tú y tus compañeros sois las personas en cuestión: entonces, ¿no es cierto que me habéis estado engañando vergonzosamente?
-Suponiendo todo esto... en absoluto.
-¿Qué hay de ese maravilloso tesoro?
-Es real. Ayúdame con lo mejor de tus posibilidades. Dentro de un mes podemos partir de Tschai. Dentro de otro mes serás pagado más allá de todos tus sueños.
-¿Dónde? ¿Cómo? -Woudiver se inclinó hacia delante; pareció gravitar sobre Reith, y su voz se hizo profunda e intensa desde las amplias cavernas de su pecho-. Déjame decirlo claramente: ¿has difundido la historia de que el hogar original del hombre es un lejano planeta? O para ser más precisos: ¿crees realmente en esta horrible fantasía?
Reith, sintiendo que cada vez se estaba hundiendo más, intentó eludir la trampa.
-Estamos hablando de cosas marginales. Nuestro trato fue honesto; los rumores de los que hablas no tienen nada que ver con él.
Lentamente, deliberadamente, Woudiver agitó la cabeza.
-Cuando la espacionave parta -dijo Reith-, recibirás todos los sequins que queden en mi poder. No puedo hacer más que eso. Si planteas exigencias irrazonables... -buscó alguna amenaza convincente.
Woudiver inclinó hacia un lado su enorme cara, soltó una risita.
-¿Qué puedes hacer? Nada. Una palabra mía, y serás llevado inmediatamente a la Caja de Cristal. ¿Qué opciones tienes? Ninguna. Debes hacer lo que yo te pida.
Reith miró a su alrededor. En la puerta del almacén estaba Artilo, aplicándose un polvo grisáceo en la nariz. De su cinto colgaba una pistola.
Deine Zarre se acercó. Ignorando a Woudiver, se dirigió a Reith.
-Los contenedores de energía no concuerdan con mi lista. Son de unas medidas no estándar, y al parecer han sido usados por un período indeterminado de tiempo. Deben ser rechazados.
Woudiver entrecerró los ojos y abrió mucho la boca.
-¿Qué? Son unos contenedores excelentes.
-Para nuestros propósitos son completamente inútiles -dijo Deine Zarre con una voz átona pero definitiva. Se alejó. Los dos niños contemplaron pensativos su marcha. Woudiver se volvió para examinarlos con lo que a Reith le pareció una intensidad peculiar.
Reith aguardó. Woudiver se volvió finalmente hacia él. Por unos momentos examinó a Reith con entrecerrados ojos.
-Bien -dijo al cabo de un rato Woudiver-, parece que se necesita otro tipo de contenedores de energía. ¿Cómo piensas pagarlos?
-De la forma habitual. Llévate esos ocho contenedores y échalos a la basura; traéme otros cuatro en condiciones y preséntame una factura detallada. Estoy dispuesto a pagar un precio honesto... nada más. No olvides que debo hacer frente a los salarios.
Woudiver meditó. Deine Zarre cruzó el almacén para decirle algo a los dos niños, y Woudiver se distrajo unos instantes. Avanzó hacia ellos para unirse al grupo. Reith, aplastado por el cansancio, se dirigió al banco de

trabajo y se sirvió una taza de té, que bebió con mano temblorosa.
Woudiver parecía haberse vuelto extremadamente afable, y llegó incluso a dar unas palmadas en la cabeza al niño. Deine Zarre se envaró, con el rostro del color de la cera.
Finalmente Woudiver se alejó del grupo. Cruzó el almacén hacia Artilo, habló unos momentos con él. Artilo salió fuera, donde las ráfagas de viento agitaban las superficies de los charcos.
Woudiver hizo una seña a Reith con una mano, a Deine Zarre con la otra. Los dos se aceraron. Woudiver suspiró con una profunda melancolía.
-Vosotros dos estáis decididos a empobrecerme. Insistís en los más exquisitos refinamientos pero os negáis a pagar. Está bien, que así sea. Artilo se está llevando esos malditos contenedores que tú has rechazado. Zarre, ven conmigo y elige tú mismo los que mejor convengan a vuestras necesidades.
-¿En este momento? Tengo que ocuparme de los niños.
-Ahora mismo. Esta noche debo visitar mi pequeña propiedad. No regresaré a este almacén en un cierto período de tiempo. Es evidente que mi ayuda no tiene ningún valor aquí.
Deine Zarre asintió a regañadientes. Dijo algo a los dos niños, luego partió con Woudiver.
Pasaron dos horas. El sol se abrió paso entre las nubes y arrojó un único rayo sobre Hei, de tal modo que las torres escarlatas y púrpuras brillaron contra el negro cielo. Por la carretera de acceso apareció el negro coche de Woudiver. Se detuvo delante del almacén; Artilo bajó. Entró en el almacén. Reith lo observó, preguntándose qué venía a buscar. Artilo se acercó a los dos niños, los miró unos instantes, y ellos le devolvieron la mirada, con los ojos muy abiertos en sus pálidos rostros. Artilo les dijo algo de una forma un tanto tensa; Reith pudo observar cómo los músculos en la parte de atrás de su mandíbula se tensaban mientras hablaba. Los chicos miraron dubitativos hacia Reith, al otro lado del almacén, luego echaron a andar reluctantes hacia la puerta.
-Algo va mal -dijo Traz a Reith con voz baja y urgente-. ¿Qué quiere de ellos?
Reith se dirigió hacia la puerta.
-¿Adonde los llevas? -preguntó.
-No es asunto tuyo. Reith se volvió a los niños.
-No vayáis con este hombre. Aguardad hasta que regrese vuestro tío.
-Él dice que va a llevarnos con nuestro tío -indicó la muchachita.
-No le creáis. Hay algo que no me gusta aquí.
Artilo se volvió para enfrentarse a Reith, una acción tan siniestra como el retorcerse de una serpiente. Su voz era extremadamente suave cuando dijo:
-Tengo mis órdenes. No te metas en esto.
-¿Quién te ha dado esas órdenes? ¿Woudiver?
-Eso no te concierne. -Hizo un gesto a los dos niños-. Venid. -Su mano se metió bajo su vieja chaqueta gris y miró a Reith de soslayo.
-No vamos a ir contigo -dijo decidida la muchachita.
-Debéis hacerlo. Os llevaré.
-Tócalos, y te mato -dijo Reith con voz átona.

Artilo le lanzó una fría mirada. Reith reunió todo su valor, sintiendo que sus músculos crujían con la tensión. Artilo sacó su mano de debajo de la chaqueta; Reith vio la negra forma de un arma. Saltó, lanzó un furioso golpe contra el frío y duro brazo. Artilo había estado esperando aquello; de la manga de su otra mano brotó un largo cuchillo que lanzó contra el costado de Reith, tan rápido que Reith, pese a dar un brusco salto lateral, sintió el aguijonazo de su punta. Artilo saltó hacia atrás, el cuchillo preparado, aunque había perdido la pistola. Reith, nublado por la furia y la súbita liberación de la tensión, saltó de nuevo hacia delante, los ojos fijos en el no parpadeante Artilo. Cuando ya estaba casi sobre él hizo una finta. Artilo reaccionó, pero no con la suficiente rapidez.
Reith golpeó con su mano izquierda; Artilo lanzó un tajo hacia arriba con su cuchillo; Reith agarró su muñeca, la retorció, se inclinó, tiró, arrojó a su aversario por encima suyo hasta el otro lado del almacén, donde Artilo quedó tendido en un confuso montón.
Reith lo arrastró hasta la puerta, lo arrojó en medio de la calle a un fangoso charco.
Artilo se puso doloridamente en pie y cojeó hacia el coche negro. Con una desapasionada fatalidad, sin mirar ni un solo momento hacia el almacén, se sacudió el lodo de sus ropas, subió al coche y se fue.
-Debiste matarlo -dijo Anacho con voz desaprobadora-. Las cosas van a ponerse peor que nunca.
Reith no tenía nada que responder. Era consciente de la sangre que manaba de su costado. Se levantó la camisa y encontró un largo y delgado corte. Traz y Anacho aplicaron un vendaje; la muchachita, tímidamente, se acercó e intentó ayudar. Parecía hábil y capaz; Anacho se echó a un lado. Traz y la muchachita completaron el trabajo.
-Gracias -dijo Reith.
La muchachita alzó la vista hacia él, el rostro lleno con un centenar de sensaciones. Pero no pudo decir nada.
Transcurrió la tarde. Los dos niños no se apartaron de la puerta, contemplando la carretera de acceso. Los técnicos se marcharon; el almacén quedó en silencio.
El coche negro regresó. Deine Zarre salió rígidamente de él, seguido por Woudiver. Artilo fue al compartimiento de equipajes y sacó cuatro células de energía, que llevó al almacén cojeando penosamente. Su actitud, por todo lo que Reith pudo ver, no era distinta de la de costumbre: hosco, impersonal, silencioso.
Woudiver lanzó una sola ojeada a la muchachita y al niño, que retrocedieron hacia las sombras. Luego se acercó a Reith.
-Los contenedores de energía están aquí. Han sido aprobados por Zarre. Cuestan mucho dinero. Aquí está mi factura del alquiler del próximo mes y el salario de Artilo...
-¿El salario de Artilo? -murmuró Reith-. Estás bromeando.
-...cuyo total, como puedes ver, suma exactamente cien mil sequins. La suma no es susceptible de disminución. Debes pagar inmediatamente o serás echado de aquí. -Y Woudiver frunció los labios en una fría sonrisa.
Los ojos de Reith se nublaron con odio.
-No puedo pagar esta cantidad de dinero.

-Entonces tendrás que irte. Además, puesto que ya no eres mi cliente, me veré obligado a informar de tus actividades a los Dirdir.
Reith asintió.
-Cien mil sequins. Y después de eso, ¿cuántos más?
-Las sumas correspondientes a todo lo que me pidas.
-¿Ningún otro chantaje?
Woudiver se irguió en toda su estatura.
-Esta palabra es inexacta y vulgar. Te advierto, Adam Reith, que espero de ti la misma cortesía que yo tengo contigo.
Reith consiguió lanzar una amarga carcajada.
-Tendrás tu dinero dentro de cinco o seis días. Ahora no dispongo de él.
Woudiver inclinó la cabeza hacia un lado, escéptico.
-¿Qué propones para garantizar tu dinero?
-Tengo dinero aguardándome en Coad. Woudiver rió burlonamente, giró sobre sus talones y avanzó hacia su coche. Artilo cojeó tras él. Se fueron. Traz y Anacho contemplaron su partida.
-¿Dónde piensas conseguir cien mil sequins? -preguntó Traz con voz maravillada.
-Dejamos más de esa cantidad enterrada en los Carabas -dijo Reith-. El único problema es sacarla... y quizá no sea mucho problema, después de todo.
Anacho dejó que su mandíbula colgara blandamente.
-Siempre sospeché de tu loco optimismo... Reith alzó la mano.
-Escuchadme. Voy a volar hacia el norte por la misma ruta que utilizan los Dirdir. No sospecharán nada, aunque utilicen rastreadores, lo cual es dudoso. Aterrizaré después de que se haya hecho oscuro, al este del bosque. Por la mañana desenterraré los sequins y los llevaré al aparato, y al anochecer volaré de vuelta a Sivishe como un grupo de Dirdir regresando de la caza.
Anacho lanzó un escéptico gruñido.
-Haces que suene demasiado sencillo.
-Como probablemente lo será, si todo sale bien. Reith contempló pensativo el almacén y la nave semiterminada.
-Será mejor que parta ahora.
-Iré contigo -dijo Traz-. Necesitarás ayuda. Anacho lanzó otro gruñido.
-Será mejor que venga yo también. Reith negó con la cabeza.
-Uno puede hacer el trabajo tan bien como tres. Vosotros dos quedaos aquí y haced que las cosas sigan funcionando.
-¿Y si no regresas?
-Todavía quedan sesenta o setenta mil sequins en la bolsa. Tomad el dinero y marchaos de Sivishe... Pero regresaré. No tengo la menor duda al respecto. Es imposible que fracasemos después de tantos sufrimientos y penalidades.
-Una afirmación muy poco racional -dijo Anacho secamente-. Supongo que no volveremos a verte.
-Tonterías -dijo Reith-. Bien, manos a la obra. Cuanto más pronto me vaya, más pronto regresaré.

15

El vehículo aéreo volaba silenciosamente en la noche del viejo Tschai, sobre un paisaje fantasmagórico a la luz de la luna azul. Reith se sentía como un hombe derivando en medio de un extraño sueño. Meditó sobre los acontecimientos de su vida... su infancia, sus años de entrenamiento, sus misiones entre las estrellas, y finalmente su destino a la *Explorador IV.* Luego Tschai: la destrucción y el desastre, su estancia con los nómadas Emblema, el viaje a través de la Estepa de Amán y la Estepa Muerta hasta Pera; el saqueo de Dadiche; el subsiguiente viaje a Cath y sus aventuras en Ao Hidis. Luego el viaje a los Carabas, la matanza de Dirdir, la construcción de la espacionave en Sivishe. ¡Y Woudiver! En Tschai, tanto el vicio como la virtud estaban exagerados; Reith había conocido a muchos hombres retorcidos, pero Woudiver se situaba en los primeros puestos de la categoría.

La noche avanzaba; los bosques del Kislovan central dieron paso a las desoladas mesetas y a los silenciosos parajes yermos. En todo lo que captaba su vista no se veía ninguna luz, ningún fuego, ninguna señal de actividad humana. Reith consultó el monitor del rumbo, ajustó el piloto automático. Los Carabas estaban a tan sólo una hora de distancia. La luna azul colgaba baja sobre el horizonte; cuando se pusiera, el paisaje quedaría completamente oscuro hasta el amanecer.

Pasó la hora. Braz se hundió tras el horizonte; al este apareció un resplandor sepia, preludio del inminente amanecer. Reith, dividiendo su atención entre el monitor del rumbo y el suelo que se deslizaba bajo sus pies, captó finalmente un atisbo de la forma de Khusz. Inmediatamente hizo descender el aparato hasta casi rozar el suelo y se desvió hacia el este, hacia la parte trasera del Bosque Limítrofe. Mientras Carina 4269 arrojaba sus primeros y fríos rayos de amarronada plata sobre el borde del horizonte, aterrizó, casi debajo de los primeros grandes torquils del bosque.

Durante un tiempo permaneció sentado en el aparato, observando y escuchando. Carina 4269 se alzó en el cielo, y su sesgada luz brilló directamente reflejándose sobre el aparato. Reith reunió ramas y las apiló sobre el vehículo aéreo, camuflándolo de la mejor manera posible.

Había llegado el momento de aventurarse en el bosque. Ya no podía esperar más. Tomó un saco y una pala, se metió armas en el cinturón, y emprendió la marcha.

El camino era familiar. Reith reconoció cada árbol, cada negra extensión de hongos, cada montón de líquenes. Mientras cruzaba el bosque se dio cuenta de la existencia de un mareante olor: el hedor de la carroña. Era de esperar. Se detuvo. ¿Había oído voces? Saltó fuera del sendero, escuchó.

Eran voces, sí. Reith dudó, luego avanzó sigilosamente por entre el denso follaje.

Allí delante estaba el lugar de la trampa. Reith se aproximó con las más extremas precauciones, avanzando sobre manos y rodillas, luego arrastrándose sobre los codos... Finalmente pudo contemplar una fantasmagórica escena. A un lado, frente a un enorme torquil, había cinco Dirdir con atuendos completos de caza. Una docena de hombres de

rostros grises estaban metidos en un gran agujero, cavando con picos y palas: era el agujero, enormemente agrandado, en el que Reith, Traz y Anacho habían enterrado los cadáveres de los Dirdir. De las espléndidas y putrescentes carroñas brotaba un odioso hedor... Reith miró. Uno de aquellos hombres le resultaba muy familiar: era Issam el Thang. Y cerca de él trabajaba el encargado de la cuadra, y al lado estaba el portero del Alawan. Reith no pudo identificar positivamente a los demás, pero todos ellos le parecían de algún modo familiares, y supuso que eran gente con la que había entrado en contacto en Maust.

Reith inspeccionó a los cinco Dirdir. Permanecían de pie rígidos y atentos, con sus efulgencias llameando detrás. Si sentían alguna emoción o disgusto no lo aparentaban.

Reith no se permitió razonar, sopesar, calcular. Extrajo su pistola; apuntó, disparó. Una, dos, tres veces. Tres Dirdir cayeron muertos; los otros dos saltaron y miraron a su alrededor con interrogadora furia. Cuatro, cinco veces: dos espléndidos blancos. Saliendo de su escondite, Reith disparó dos veces más sobre los cuerpos blancos que aún se agitaban hasta que se inmovilizaron por completo.

Los hombres en el agujero se habían permanecían quietos, aterrados.

-¡Arriba! -gritó Reith-. ¡Fuera de aquí!

-¡Eres tú, el asesino! -aulló roncamente Issam el Thang-. ¡Tus crímenes nos han traído aquí!

-Eso no importa -dijo Reith-. ¡Salid de este agujero y echad a correr si queréis salvar vuestras vidas!

-¿Y de qué servirá eso? ¡Los Dirdir nos rastrearán! Nos matarán de una forma abominable...

El encargado de la cuadra estaba ya fuera del agujero. Se dirigió hacia los cadáveres de los Dirdir, se apoderó de un arma, y se volvió hacia Issam el Thang.

-No te molestes en salir del agujero. -Disparó; los gritos del Thang se cortaron en seco; su cuerpo cayó entre los putrescentes cadáveres de los Dirdir.

-Nos traicionó a todos, esperando conseguir algún beneficio -dijo a Reith-. Lo único que ganó es lo que ves: lo cogieron con el resto de nosotros.

-Esos cinco Dirdir... ¿hay alguno más?

-Dos Excelencias que volvieron a Khusz.

-Tomad las armas y marchaos.

Los hombres huyeron hacia las Colinas del Recuerdo. Reith cavó bajo las raíces del torquil. Allí estaba el fardo de sequins. ¿Por un valor de cien mil? No estaba seguro.

Se cargó el fardo a la espalda, miró por última vez la escena de la carnicería y el lastimoso cadáver de Issam el Thang, y se fue.

De vuelta junto al aparato, cargó los sequins en la cabina y se dispuso a esperar, sintiendo que la ansiedad roía su estómago. No se atrevía a partir. Si volaba bajo podía ser visto por las partidas de caza; si lo hacía alto las pantallas que rodeaban los Carabas lo detectarían.

Transcurrió el día. Carina 4269 se hundió tras las colinas. Un triste ocaso marrón se extendió por toda la Zona. A lo largo de las colinas empezaron a brotar los horribles fuegos. Reith se vio incapaz de aguardar más. Hizo

elevarse el aparato.
Voló a baja altura hasta que hubo salido de la Zona, luego se alzó a gran altitud y orientó el vehículo hacia el sur, hacia Sivishe.

16

El oscuro paisaje se deslizaba bajo sus pies. Reith permanecía sentado con los ojos fijos al frente, sintiendo que la visiones se deslizaban ante su mirada interior: rostros retorcidos por la pasión, el horror, el dolor. Las formas de Chasch Azules, Wankh, Pnume, Phung, Chasch Verdes, Dirdir, todos amontonados en su imaginación, presentándose ante él, girando, haciendo un gesto y desapareciendo.

Pasó la noche. El vehículo aéreo se deslizaba hacia el sur, y cuando Carina 4269 apareció al este las espiras de Hei brillaron ante él a lo lejos.

Reith aterrizó sin ningún incidente, aunque tuvo la impresión de que un grupo de Hombres-Dirdir que pasó por su lado lo miraba con una sospechosa intensidad mientras abandonaba el campo con su fardo de sequins.

Lo primero que hizo fue ir a su habitación en el Albergue del Antiguo Reino. Ni Traz ni Anacho estaban allí, pero Reith no se preocupó por ello; a menudo pasaban la noche en el viejo almacén.

Reith se dirigió tambaleante hacia su cama, apoyó el fardo de sequins contra la pared, se echó, y casi inmediatamente se quedó dormido.

Una mano en su hombro lo despertó. Se volvió, y encontró a Traz de pie junto a él.

-Temía que hubieses venido aquí -dijo Traz con voz ronca-. Apresúrate, tenemos que irnos. Este lugar es peligroso ahora.

Reith, aún medio dormido, se sentó en la cama. Era primera hora de la tarde, o eso calculó por las sombras al otro lado de la ventana.

-¿Qué ocurre?

-Los Dirdir han detenido a Anacho. Yo había salido a comprar comida, y gracias a eso no me detuvieron a mí también.

Reith estaba ahora completamente despierto.

-¿Cuándo ocurrió esto?

-Ayer. Ha sido obra de Woudiver. Vino al almacén, e hizo preguntas acerca de ti. Quería saber si afirmabas realmente que procedías de otro planeta; insistió, y no quiso aceptar evasivas. Yo me negué a hablar, lo mismo que Anacho. Woudiver empezó a acusar a Anacho de renegado. «Tú, un antiguo Hombre-Dirdir, ¿cómo puedes vivir como un subhombre entre los subhombres?» Anacho se sintió provocado y dijo que el Génesis del Doble Huevo era un mito. Woudiver se marchó. Ayer por la mañana vinieron los Dirdir a estas habitaciones y se llevaron a Anacho. Si le obligan a hablar, no estamos seguros, y la nave tampoco.

Los dedos de Reith estaban entumecidos cuando se puso las botas. En un momento toda la estructura de su vida, erigida con tanto esfuerzo, se había derrumbado. Woudiver, siempre Woudiver.

Traz lo sujetó del brazo.

-Ven; será mejor que nos vayamos. Puede que el lugar esté vigilado.

Reith tomó el fardo de sequins. Abandonaron el edificio. Caminaron por las calles de Sivishe, ignorando los pálidos rostros que les miraban desde los portales y las ventanas de extrañas formas.

Reith se dio cuenta de que estaba mortalmente hambriento; comieron aves marinas hervidas y pastel de esporas en un pequeño restaurante. Reith

empezó a poder pensar más claramente. Anacho estaba en manos de los Dirdir; Woudiver estaría esperando a buen seguro alguna reacción por parte de él. ¿O quizá estaba tan seguro de la impotencia esencial de Reith que esperaba que las cosas siguieran como hasta entonces? Reith esbozó una retorcida sonrisa. Era probable que Woudiver tuviera razón si pensaba así. Era impensable poner en peligro la nave, bajo ninguna circunstancia. El odio de Reith hacia Woudiver era como un tumor en su cerebro... y debía ignorarlo; debía sacar el mejor partido de un dilema atroz.

-¿No has visto a Woudiver? -preguntó a Traz.

-Lo vi esta mañana. Fui al almacén; pensé que tal vez tú hubieras ido directamente allí. Woudiver llegó y se metió en su oficina.

-Veamos si todavía sigue allí.

-¿Qué pretendes hacer?

Reith lanzó una risa estrangulada.

-Podría matarle... pero eso no serviría de nada. Necesitamos información. Woudiver es la única fuente.

Traz no dijo nada; como siempre, Reith fue incapaz de leer sus pensamientos.

Subieron a un crujiente transporte público de seis ruedas y se dirigieron al depósito de materiales de construcción, y cada vuelta de las ruedas hacía que la tensión aumentara un poco más. Cuando Reith llegó al lugar y vio el negro coche de Woudiver la sangre inundó su cerebro y se sintió como mareado. Se detuvo, inspiró profundamente, y se calmó.

Tendió el fardo de sequins a Traz.

-Lleva esto al almacén y ocúltalo allí. Traz tomó dubitativo el fardo.

-No vayas solo. Aguárdame.

-No espero problemas. No podemos permitirnos ese lujo, y Woudiver lo sabe muy bien. Aguárdame en el almacén.

Reith se dirigió a la excéntrica oficina de ladrillos y hierro de fundición de Woudiver y entró. Artilo estaba de pie con la espalda vuelta hacia un brasero de carbón, las piernas separadas, los brazos a la espalda. Examinó a Reith sin el menor cambio en su expresión.

-Dile a Woudiver que quiero verle -anunció Reith.

Artilo se dirigió a la puerta interior, introdujo la cabeza y dijo algo. Retrocedió. La puerta se abrió de par en par con un golpe que casi la arrancó de sus goznes. Woudiver llenó la habitación: un Woudiver de llameantes ojos, con el enorme labio superior cubriendo casi su boca. Miró al otro lado de la habitación con la desenfocada mirada que todo lo ve de un dios irritado, luego pareció captar la presencia de Reith, y su malevolencia se concentró en él.

-Adam Reith -dijo con una voz como el tañido de una campana-. Has vuelto. ¿Dónde están mis sequins?

-No importan tus sequins -dijo Reith-. ¿Dónde está el Hombre-Dirdir?

Woudiver encajó los hombros. Por un momento Reith tuvo la impresión de que iba a atacar. Si lo hacía, Reith sabía que su autocontrol iba a disolverse, para bien o para mal.

-¿Piensas cansarme una vez más con tus regateos? -tronó Woudiver-. ¡Piensa! Dame mi dinero y lárgate.

-Tendrás tu dinero tan pronto como yo vea a Ankhe at afram Anacho -dijo Reith.
-¿Quieres ver al blasfemo, al renegado? -rugió Woudiver-. Ve a la Caja de Cristal, allí podrás verlo sin problemas.
-¿Está en la Caja de Cristal?
-¿Dónde si no?
-¿Estás seguro de ello?
Woudiver se reclinó contra la pared.
-¿Por qué quieres saberlo?
-Porque es mi amigo. Tú lo traicionaste a los Dirdir; tienes la obligación de responderme.
Woudiver pareció a punto de estallar, pero Reith dijo con voz cortante:
-No más teatro, no más gritos. Tú entregaste a Anacho a los Dirdir; ahora quiero que lo rescates.
-Imposible -dijo Woudiver-. Aunque quisiera, no puedo hacer nada. Está en la Caja de Cristal, ¿acaso no lo has oído?
-¿Cómo puedes estar seguro?
-¿A qué otro lugar puede haber sido enviado? Fue detenido por sus viejos crímenes; los Dirdir no sabrán nada de tu proyecto, si es eso lo que te preocupa. -Y Woudiver distendió su boca en una gigantesca sonrisa-. A menos, por supuesto, que él revele tus secretos.
-En cuyo caso tú también vas a verte en dificultades -dijo Reith.
Woudiver no tenía ningún comentario que hacer.
-¿Puede el dinero comprar la escapatoria de Anacho? -dijo Reith con voz suave.
-No -entonó Woudiver-. Está en la Caja de Cristal.
-Eso es lo que tú dices. ¿Cómo puedo estar seguro de ello?
-Como te dije... ve a verlo.
-¿Cualquiera que lo desee puede mirar?
-Por supuesto. La Caja no contiene secretos.
-¿Cuál es el procedimiento?
-Cruzas hasta Hei, caminas hasta la Caja, subes a la galería superior que domina el campo.
-¿Puede una persona dejar caer una cuerda, o una escala, desde allí?
-Por supuesto, pero si lo hace no espere vivir mucho; será arrojado inmediatamente al campo... Si planeas algo de esta naturaleza yo mismo acudiré a mirar.
-Supon que te ofreciera un millón de sequins -dijo Reith-. ¿Podrías arreglar que Anacho escapara? Woudiver echó hacia delante su enorme cabeza.
-¿Un millón de sequins? ¿Y me has estado llorando pobreza durante tres meses? ¡He sido engañado!
-¿Puedes arreglar su escapatoria por un millón de sequins?
Woudiver asomó la rosada punta de su lengua por entre los labios.
-No, me temo que no... un millón de sequins... me temo que no. No puede hacerse nada. Nada. ¿Así que has ganado un millón de sequins?
-No -dijo Reith-. Solamente deseaba saber si la escapatoria de Anacho era posible.
-No es posible -dijo Woudiver malhumoradamente-. ¿Dónde está mi

dinero?
-A su debido tiempo -dijo Reith-. Traicionaste a mi amigo; puedes esperar.
Woudiver pareció de nuevo a punto de lanzar hacia delante su enorme brazo. En vez de ello dijo:
-Estás empleando mal las palabras. Yo no «traicioné»; desenmascaré a un criminal para que sufriera la suerte que se merece. ¿Qué lealtad os debo a vosotros? No me habéis ofrecido ninguna, y haríais peor si se os presentara la oportunidad. Recuerda, Adam Reith, que la amistad debe actuar en ambas direcciones. No esperes lo que no estás dispuesto a dar. Si encuentras mis atributos desagradables, piensa que yo siento lo mismo hacia los tuyos. ¿Cuál de los dos tiene razón? Según los estandares de este tiempo y lugar, indudablemente yo. Tú eres el intruso; tus protestas son ridículas y poco realistas. Me acusas de avidez. No olvides, Adam Reith, que tú me elegiste como el hombre que podía realizar actos ilegales a cambio de un pago. Esto es lo que esperas de mí; no te importan ni mi seguridad ni mi futuro. Has venido aquí a explotarme, a animarme a realizar actos peligrosos a cambio de sumas ridículas de dinero; no puedes quejarte si mi conducta parece simplemente un espejo de la tuya.
Reith no supo hallar una respuesta. Se dio la vuelta y abandonó la oficina. En el almacén, el trabajo proseguía a su ritmo habitual: un refugio de normalidad tras los Carabas y el retorcido coloquio con Woudiver. Traz aguardaba junto al portal.
-¿Qué ha dicho?
-Ha dicho que Anacho era un criminal, que yo he venido aquí para explotarle. ¿Cómo puedo discutírselo?
Traz frunció los labios.
-¿Y Anacho?
-En la Caja de Cristal. Woudiver dice que es fácil entrar pero imposible salir. -Reith paseó arriba y abajo por el almacén. Se detuvo junto a la puerta y observó al otro lado del agua la gran forma gris-. ¿Quieres decirle a Deine Zarre que venga un momento aquí?
-Deine Zarre apareció a los pocos instantes.
-¿Has visitado alguna vez la Caja de Cristal? -le preguntó Reith.
-Hace mucho tiempo.
-Woudiver dice que un hombre puede arrojar una cuerda desde la galería superior.
-Si es que no le importa su vida.
-Quiero dos cantidades de battarache de alta potencia... el suficiente, digamos, como para destruir diez veces este almacén. ¿Dónde puedo conseguirlo en poco tiempo?
Deine Zarre reflexionó unos instantes, luego asintió lentamente.
-Espera aquí.

Regresó algo después de una hora con dos botes de arcilla.
-Aquí está el battarache; éstos son los detonadores. Es material de contrabando; por favor, no reveles que yo te lo he proporcionado.
-El tema nunca saldrá a la luz -dijo Reith-. O al menos eso espero.

17

Envueltos en capas grises, Reith y Traz cruzaron la Izada al continente. Entraron en la ciudad Dirdir de Hei por una hermosa y amplia avenida asfaltada con una una sustancia blanca que raspaba bajo los pies. A ambos lados se alzaban espiras, púrpuras y escarlatas; las de metal gris y plata se alzaban lejos al norte, tras la Caja de Cristal. La avenida les condujo hasta el lado de una columna escarlata de unos treinta metros de alto. A su alrededor había una zona despejada de resplandeciente arena blanca donde descansaban una docena de peculiares objetos de piedra pulida. ¿Objetos artísticos? ¿Fetiches? ¿Trofeos? No había forma de saberlo. Frente a la espira, en una plataforma circular de mármol blanco, había tres Dirdir. Por primera vez Reith vio a un Dirdir hembra. La criatura era más baja y parecía menos robusta, menos flexible, que el macho; su cabeza era más ancha en la parte del cuero cabelludo y puntiaguda en la zona correspondiente a la barbilla; su color era algo más oscuro, un gris pálido sutilmente teñido de malva. La pareja contemplaba al tercer Dirdir, un cachorro macho de la mitad del tamaño que el adulto. De tanto en tanto las refulgencias de los tres oscilaban para apuntar a una u otra de las rocas pulidas, una actividad que Reith no hizo ningún esfuerzo por comprender. Reith los observó con una mezcla de revulsión y reluctante admiración, y no pudo evitar pensar en los «misterios».

Hacía algún tiempo, Anacho le había explicado los procesos sexuales Dirdir.

-Esencialmente, los hechos son estos: hay doce estilos de órganos sexuales masculinos, catorce de femeninos. Sólo son posibles algunos emparejamientos. Por ejemplo, el Macho Tipo Uno es compatible solamente con las Hembras Tipo Cinco y Nueve. La Hembra Tipo Cinco se ajusta solamente al Macho Tipo Uno, pero la Hembra Tipo Nueve posee un órgano más general que es compatible con los Machos Tipo Uno, Once y Doce.

»El asunto se vuelve fantásticamente complejo. Cada estilo macho y hembra posee su nombre específico y sus atributos teóricos, que se ven muy raramente realizados... ¡puesto que el tipo de un individuo permanece siempre secreto! ¡Ésos son los «misterios» Dirdir! Si el tipo de un individuo resulta conocido, se espera que ese individuo se comporte de acuerdo con sus atributos teóricos, independientemente de sus inclinaciones; raramente lo hace, y así siempre se ve azarado por ese motivo.

»Como puedes imaginar, un asunto tan complicado absorbe una gran cantidad de atención y energía, y quizá, manteniendo a los Dirdir fragmentados, obsesionados y pendientes del secreto, les ha impedido avasallar a todos los mundos del espacio.

-Sorprendente -había dicho Reith-. Pero si los tipos son secretos y generalmente incompatibles, ¿cómo se aparean? ¿Cómo se reproducen?

-Hay varios sistemas: el ensayo de matrimonio, los llamados «encuentros en la oscuridad», los anuncios anónimos. Las dificultades son superadas.

-Anacho había hecho una pausa, luego había proseguido delicadamente-: No necesito señalar que los Hombres-Dirdir y Mujeres-Dirdir de baja

casta, a quienes les falta la «noble divinidad» y carecen de «secretos», son considerados por ello deficientes y algo ridículos.
-Hummm -había musitado Reith-. ¿Por qué especificas «Hombres-Dirdir de baja casta»? ¿Qué pasa con los Inmaculados?
Anacho había carraspeado.
-Los Inmaculados eluden esa vergüenza mediante elaborados métodos quirúrgicos. Se les permite alterarse de acuerdo con uno de ocho estilos; así les son concedidos también «secretos», y pueden llevar el Azul y Rosa.
-¿Y el apareamieto?
-Es más difícil, y de hecho se convierte en un ingenioso análogo del sistema Dirdir. Cada estilo encaja como máximo con dos estilos del otro sexo.
Reith no había podido seguir reprimiendo su hilaridad. Anacho lo había escuchado con una expresión medio hosca, medio avergonzada.
-¿Y tú? -había preguntado Reith-. ¿Hasta qué punto te implicaste en todo eso?
-No demasiado -había respondido Anacho-. Debido a ciertas razones que no son del caso, llevé el Azul y Rosa sin proveerme previamente del requisito «secreto». Por ello fui declarado un fuera de la ley y un atavismo; ésta era mi situación cuando nos encontramos por primera vez.
-Un curioso crimen -había comentado Reith.
Ahora Anacho huía para salvar su vida en medio del simulado paisaje de Sibol.
La avenida que conducía a la Caja de Cristal se hizo más amplia aún, como en un intento de mantenerla a la escala de la enorme mole. Todos aquellos que caminaban por la raspante superficie blanca -Dirdir, Hombres-Dirdir, obreros envueltos en capas grises- parecían artificiales, irreales, como figuras en los clásicos ejercicios de perspectiva. Mientras caminaban no miraban ni a derecha ni a izquierda, pasando junto a Reith y Traz como si fueran invisibles.
Las espiras escarlatas y púrpuras se alzaban por todas partes a los lados y detrás; delante se alzaba la Caja de Cristal, empequeñeciendo todo lo demás. Reith empezó a sentir una opresión mental; los artefactos Dirdir y la psique humana estaban en discordancia. Para tolerar tales entornos, un hombre tenía que acabar negando su herencia y someterse a la visión Dirdir del mundo. En pocas palabras, tenía que convertirse en un Hombre-Dirdir.
Llegaron a la altura de otros dos hombres, envueltos como ellos en capas grises con capucha. Reith dijo:
-Quizá podáis informarnos. Deseamos visitar la Caja de Cristal, pero no sabemos la forma de hacerlo.
Los dos hombres lo observaron con una incierta curiosidad. Eran padre e hijo, ambos bajos, de rostros redondeados y aspecto gordezuelo, con brazos y piernas delgados. El más viejo dijo con voz aguda:
-Basta con subir por cualquiera de las rampas grises; no se necesita saber nada más.
-¿Vais también a la Caja de Cristal?
-Sí. Hay una caza especial al mediodía, dedicada a un gran delincuente, un Hombre-Dirdir, y puede que haya un buen despedazamiento.

-No habíamos oído nada de eso. ¿Quién es ese Hombre-Dirdir que ha cometido un crimen tan grande?
Sus dos interlocutores lo examinaron de nuevo dubitativamente, al parecer debido a una innata inseguridad en sí mismos.
-Un renegado, un blasfemo. Nosotros formamos parte del equipo de limpieza de la Planta de Fabricación Número Cuatro; recibimos la información de los propios Hombres-Dirdir.
-¿Venís a menudo a la Caja de Cristal?
-Bastante -dijo el padre, sin querer comprometerse más.
Su hijo fue más explícito:
Es algo autorizado por los Hombes-Dirdir. Además, es gratuito.
-Vamos -dijo el padre-. Tenemos que apresurarnos.
-Si no tenéis objeción -dijo Reith-, vendremos con vosotros, y así aprovecharemos vuestra familiaridad con el procedimiento.
El padre asintió sin demasiado entusiasmo.
-Pero no queremos retrasarnos. -Los dos echaron a andar por la avenida, las cabezas hundidas en los hombros, el andar característico de los trabajadores de Sivishe. Imitándoles, Reith y Traz les siguieron. Las paredes de cristal se alzaban ante ellos como farallones vitreos, mostrando destellos de un rojo magenta allá donde la iluminación del interior penetraba en el cristal. Torciendo en ángulo en las esquinas había rampas y escaleras codificadas por colores: púrpura, escarlata, malva, blanco y gris, cada una de ellas conduciendo a distintos niveles. Las rampas grises desembocaban en una galería a sólo treinta metros del suelo, evidentemente la más baja. Reith y Traz, uniéndose al flujo de hombres, mujeres y niños, subieron la rampa, atravesaron un pasadizo maloliente que se retorcía en todas direcciones, y de pronto emergieron sobre una brillante extensión de tétrico aspecto iluminada por diez soles en miniatura. Había pequeñas gargantas y bajas colinas, matorrales de áspera vegetación: ocre, tostado, amarillo, blanco hueso, marrón pálido. Debajo de ellos había un estanque salino, unos matorrales de plantas blancas parecidas a cactus; cerca se alzaba un bosque de espiras blanco hueso idénticas en forma y tamaño a las torres residenciales Dirdir. La similitud, pensó Reith, no podía ser coincidencia; evidentemente, en Sibol los Dirdir vivían en troncos huecos. Por algún lugar entre las colinas y los matorrales vagaba Anacho, temiendo por su vida, lamentando amargamente el impulso que lo había traído a Sivishe. Pero no se le veía por ninguna parte; de hecho, no había el menor signo *de* vida de hombre o Dirdir. Reith se volvió hacia los dos obreros en busca de una explicación.
-Es un período de pausa -señaló el Padre-. ¿Observas la colina de allá? ¿Y su gemela al norte? Ésos son los campamentos base. Durante el período de pausa la presa se refugia en uno u otro de los campos. Déjame ver: ¿cuál es el programa?
-Yo lo llevo -dijo el hijo-. La pausa durará todavía una hora; la presa está ahora en esta colina más cercana.
-Hemos llegado a buena hora. Según las reglas de este ciclo en particular, habrá oscuridad dentro de una hora, por un período de catorce minutos. Entonces la Colina Sur se convertirá en territorio de caza y la presa deberá acudir a la Colina Norte, que entonces se convertirá en refugio. Me

sorprende que con un criminal tan célebre no hayan autorizado las reglas de Competición.
-El programa fue establecido la semana pasada -respondió el hijo-. El criminal fue atrapado hace un día o dos.
-De todos modos veremos buenas técnicas, y quizá uno o dos despedazamientos.
-¿Entonces, dentro de una hora el campo se vuelve oscuro?
-Durante catorce minutos, en los que empieza la caza.
Reith y Traz volvieron al exterior de la galería y al repentinamente oscurecido paisaje de Tschai. Echando hacia delante sus capuchas, hundiendo sus cabezas entre los hombros, descendieron la rampa hasta el suelo.
Reith miró en todas direcciones. Obreros envueltos en capas avanzaban estólidamente rampa gris arriba. Los Hombres-Dirdir utilizaban las rampas blancas; los Dirdir tenían reservadas las escaleras malva, escarlata y púrpura, que conducían a las galerías más altas.
Reith se dirigió a la grisácea pared de cristal. Se sentó y fingió estar ajustándose el zapato. Traz se mantuvo de pie frente a él. Reith extrajo de su bolsa un bote de battarache y el mecanismo disparador a relojería. Ajustó cuidadosamente un dial, alzó una palanca, dejó el bote tras un arbusto, apoyado contra la pared de cristal.
Nadie les prestó la menor atención. Ajustó el mecanismo de tiempo del segundo bote de battarache, tendió bolsa, battarache y mecanismo a Traz.
-Ya sabes lo que tienes que hacer. Traz tomó reluctante la bolsa.
-Puede que el plan tenga éxito, pero seguro que tú y Anacho vais a resultar muertos.
Reith fingió que Traz estaba equivocado por una vez, con la esperanza de darse ánimos a los dos.
-Cuando hayas dejado el battarache... tendrás que apresurarte. Recuerda, exactamente en el lado opuesto a aquí. No hay mucho tiempo. Te veré en el almacén de construcción.
Traz se dio la vuelta, ocultando su rostro en los pliegues de su capucha.
-Muy bien, Adam Reith.
-De todos modos, en caso de que algo fuera mal, toma el dinero y márchate tan rápido como puedas.
-Adiós.
-Apresúrate.
Reith observó cómo la figura gris se empequeñecía a lo largo de la base de la Caja de Cristal. Lanzó un profundo suspiro. Había poco tiempo. Debía empezar a actuar inmediatamente; si llegaba la oscuridad antes de que hubiera localizado a Anacho, todo el esfuerzo y riesgo habría sido en vano.
Regresó a la rampa gris, cruzó el portal y entró de nuevo en el resplandor de Sibol.
Registró el campo, tomando cuidadosa nota de todas las localizaciones y direcciones, luego se dirigió hacia el sur siguiendo la galería, hacia la Colina Sur. Los espectadores eran allí mucho menos numerosos, apiñados todos hacia la parte media o norte.
Reith seleccionó un lugar cerca de un soporte de la galería. Miró a derecha e izquierda. No había nadie en un radio de treinta metros. Las plataformas

más arriba estaban vacías. Extrajo un rollo de cuerda fina y resistente, lo abrió, pasó su parte central en torno al soporte, y dejó caer los dos extremos. Con una nueva mirada a derecha e izquierda, saltó por encima de la barandilla y se dejó deslizar por la cuerda hasta el terreno de caza.
No pasó desapercibido. Pálidos rostros miraron sorprendidos hacia abajo. Reith no les prestó atención. Ya no compartía su mundo: se había convertido en presa. Tiró del extremo de la cuerda y echó a correr hacia la Colina Sur, enrollándola mientras corría por entre bosques de quebradizas ramas, saltando salientes de piedra caliza y cuarzo color café.
Llegó cerca de las primeras estribaciones de la Colina Sur sin haber visto ni cazadores ni presas. Los cazadores debían hallarse en aquellos momentos tomando las posiciones dictadas por la táctica; las presas debían estar agazapadas en la base de la Colina Sur, preguntándose acerca de la mejor manera de alcanzar el refugio de la Colina Norte. De pronto Reith tropezó con un joven Gris, acurrucado a la sombra de un conjunto de plantas parecidas a bambúes blancos. Llevaba sandalias y un taparrabo; sostenía una maza en sus manos y una daga hecha con una púa de cactus.
-¿Dónde está el Hombre-Dirdir, el que acaban de meter en el campo? -preguntó Reith.
El Gris se limitó a hacer un gesto de indiferencia con la cabeza.
-Puede que haya uno al otro lado de la colina. Vete de aquí; creas un foco de oscuridad con tu capa. Tírala; tu piel es el mejor camuflaje. ¿No sabes que los Dirdir observan todos nuestros movimientos?
Reith siguió su carrera. Vio a dos viejos, completamente desnudos, de correosos músculos y pelo blanco, alzados de pie como espectros.
-¿Habéis visto a un Hombre-Dirdir por aquí cerca? -les gritó.
-Más allá tal vez, no sabemos. Vete de aquí, tú y tu capa oscura.
Reith trepó a un saliente de piedra arenisca. Llamó:
-¡Anacho!
No hubo respuesta. Reith miró su reloj. Dentro de diez minutos el campo se volvería oscuro. Registró el lado de la Colina Sur. Un poco más allá captó movimiento: personas corriendo por entre la espesura. Su capa parecía despertar antagonismo; se la quitó y se la echó al brazo.
En una hondonada encontró a cuatro hombres y una mujer. Le miraron con rostros de animales acosados y no respondieron a su pregunta. Reith subió la colina en busca de una mejor vista.
-¡Anacho! -llamó. Una figura envuelta en una túnica blanca se volvió. Reith se sintió inundado por el alivio; notaba que le temblaban las rodillas; las lágrimas acudieron a sus ojos-. ¡Anacho!
-¿Qué haces aquí?
-Apresúrate. Por aquí. Vamos a escapar. Anacho lo contempló estupefacto.
-Nadie escapa de la Caja de Cristal.
-¡Vamos, ven! ¡Ya lo verás!
-No por aquí -dijo Anacho roncamente-. La seguridad está al norte, en la Colina Norte. Cuando se haga oscuro empezará la caza.
-¡Lo sé, lo sé! No tenemos mucho tiempo. Ven por aquí. Debemos ponernos a cubierto en algún lugar por ese lado; tenemos que estar preparados.

Anacho agitó las manos en el aire.
-Debes saber algo que yo no sé.
Echaron a correr siguiendo el mismo camino por el que Reith había venido, hacia la cara occidental de la Colina Sur. Mientras corrían, Reith le explicó jadeante los detalles del plan.
-¿Y tú has hecho todo esto... por mí? -preguntó Anacho con voz hueca-. ¿Has bajado aquí hasta el campo?
-Eso no importa ahora. Mira... debemos permanecer cerca de esos altos matorrales blancos. ¿Dónde podemos refugiarnos?
-Dentro de los mismos matorrales... es tan bueno como cualquier otro sitio. ¡Observa a los cazadores! Están tomando posiciones. Tienen que mantenerse como mínimo a un kilómetro de distancia hasta que empiece la oscuridad. Ya casi estamos en el límite del refugio. ¡Observa, esos cuatro nos están observando!
-La oscuridad estará sobre nosotros en unos segundos. Nuestro plan es éste: correremos hacia la parte occidental del campo, hacia aquel montículo. Desde allí iremos a ese grupo de cactus marrones y rodearemos su lado sur. Y lo más importante de todo: ¡no debemos separarnos!
Anacho hizo un gesto de desánimo.
-¿Y cómo vamos a impedirlo? No podemos llamarnos; los cazadores nos oirían.
Reith le tendió un extremo de la cuerda.
-Sujeta esto. Y si nos separamos nos encontraremos en el borde occidental de aquellos matorrales amarillos.
Aguardaron a que llegara la oscuridad. Fuera en el campo los jóvenes Dirdir tomaron posiciones, con algunos cazadores más experimentados mezclados aquí y allá. Reith miró hacia el este. Debido a algún truco de la luz y la atmósfera, el campo parecía estar al aire libre y extenderse hasta un lejano horizonte; sólo con un esfuerzo de voluntad pudo ver la pared oriental.
Llegó la oscuridad. Las luces se oscurecieron al rojo, parpadearon y se apagaron. Allá al norte siguió brillando una única luz púrpura, para señalar la dirección. No arrojaba ninguna iluminación. La oscuridad era completa. La caza había empezado. Desde el norte llegaron los gritos de caza Dirdir: un aullar y un ulular estremecedores.
Reith y Anacho se dirigieron hacia el oeste. De tanto en tanto se detenían para escuchar en la oscuridad. De su derecha les llegó como un siniestro cascabeleo. Se detuvieron en seco. El cascabeleo y un suave *pad-pad-pad* se alejaron a sus espaldas.
Llegaron a la elevación elegida y prosiguieron hacia el grupo de cactus. Había algo cerca. Se detuvieron para escuchar. Sus tensos oídos, o sus nervios, creyeron captar que lo que fuera se había detenido también.
Desde muy, muy arriba les llegó un grito emitido por muchas veces, subiendo y bajando por la escala sónica, luego otro y otro.
-Las llamadas de caza de todos los clanes -susurró Anacho-. Un ritual tradicional. Ahora, desde el campo, todos los miembros de los clanes presentes deben responder.
Los gritos de arriba cesaron; desde todas partes del campo de caza,

fantasmagóricas en la oscuridad, llegaron las respuestas. Anacho dio un codazo a Reith.
-Mientras suenan las respuestas podemos avanzar. Aprovechemos.
Echaron a andar a largas zancadas, tanteando con los pies como si fueran ojos. Los gritos de caza descendieron y murieron; nuevamente hubo silencio. Reith golpeó una piedra suelta con el pie, produciendo un desagradable ruido. Se inmovilizaron, rechinando los dientes.
No hubo reacción. Siguieron avanzando, tanteando con sus pies en busca de los cactus pero sin encontrar más que aire y duro suelo. Reith empezó a temer que hubieran pasado de largo, que las luces irían a exponerlos a todos los cazadores, a todos los espectadores.
Habían transcurrido siete minutos de oscuridad, o así lo estimó. En otro minuto, como máximo, deberían tropezar con el grupo de cactus... ¡Un sonido! Pasos corriendo, aparentemente humanos, les cruzaron a no más de diez metros de distancia. Un momento más tarde hubo un golpe sordo, susurros, un cascabeleo de instrumentos de caza. Los sonidos pasaron, se alejaron. El silencio volvió.
Unos segundos más tarde llegaron a los cactus.
-Rodeémoslos hacia el lado sur -susurró Reith-. Luego sobre manos y rodillas hasta el centro.
Penetraron entre los ásperos tallos, sintiendo las aguzadas puntas.
-¡La luz! ¡Ahí viene!
La oscuridad empezó a disiparse al estilo de un amanecer en Sibol: gris, blanco pálido, hasta el intenso resplandor del día.
Reith y Anacho miraron a su alrededor. Los cactus proporcionaban un aceptable refugio; no parecían en inminente peligro, pese a que a menos de cien metros de distancia tres cachorros Dirdir saltaban de un lado para otro del campo, las cabezas muy erguidas, buscando en todas direcciones presas fugitivas. Reith consultó su reloj. Quedaban quince minutos... si Traz no había sufrido ningún contratiempo, si había conseguido alcanzar la pared opuesta de la Caja de Cristal.
El bosque de blancos árboles cerda quedaba a medio kilómetro delante de ellos, al otro lado de una zona despejada de terreno. Reith pensó que aquél podía convertirse en el medio kilómetro más largo que jamás hubiera tenido que atravesar.
Se arrastraron por entre los cactus hacia el límite norte.
-Los cazadores se mantienen durante una hora o así en mitad del terreno -dijo Anacho-. Así refrenan la rápida penetración hacia el norte, y luego se dedican a batir el sur.
Reith tendió a Anacho una pistola de energía, se metió la suya en el cinturón. Se puso de rodillas, captó movimiento a algo más de un kilómetro. No podía estar seguro de si eran Dirdir o presas. De pronto Anacho tiró de él hacia su escondite. Desde detrás de los cactus apareció trotando un grupo de Inmaculados, con las manos provistas de garras artificiales y refulgencias simuladas oscilando sobre sus espejeantes cráneos blancos. Reith sintió un retortijón en el estómago; reprimió un impulso de enfrentarse a las criaturas, de disparar contra ellas.
Los Hombres-Dirdir pasaron de largo, y pareció un milagro que no repararan en la presencia de los fugitivos. Giraron hacia el este y divisaron

una presa, y echaron a correr a grandes saltos tras ella.
Reith comprobó su reloj; ya faltaba poco. Se puso de rodillas y miró en todas direcciones.
-Vamos.
Se pusieron en pie, echaron a correr hacia el bosque blanco.
Se detuvieron a medio camino, se agacharon tras un pequeño matorral. Cerca de la Colina Sur se estaba desarrollando una acalorada caza; dos grupos de cazadores convergieron sobre una presa que había buscado refugio en la propia Colina Sur. Reith miró una vez más su reloj. Nueve minutos. El bosque blanco estaba a tan sólo uno o dos minutos de distancia. La espira solitaria que había establecido como referencia era ahora visible a unos pocos cientos de metros al oeste del bosque. Avanzaron de nuevo. Cuatro cazadores salieron del bosque, donde se habían instalado para espiar la caza. El corazón de Reith se le cayó a los pies.
-Sigue adelante -dijo a Anacho-. Lucharemos con ellos.
Anacho miró dubitativo su pistola de energía.
-Si nos cogen con armas nos arrancarán la piel a tiras durante días... pero me la arrancarían de todos modos.
Los Dirdir contemplaron fascinados cómo Reith y Anacho se les acercaban.
-Debemos llevarlos al interior del bosque -murmuró Anacho-. Los jueces intervendrán si ven nuestras armas.
-Entonces hacia la izquierda, y detrás de esos matojos de hierba amarilla.
Los Dirdir no acudieron a su encuentro, sino que se movieron lateralmente. Con un arranque final, Reith y Anacho alcanzaron la orilla del bosque. Los Dirdir lanzaron su grito de caza y saltaron hacia delante, mientras Reith y Anacho retrocedían.
-Ahora -dijo Reith. Sacaron sus armas. Los Dirdir lanzaron un croar de alarma. Cuatro rápidos disparos: cuatro Dirdir muertos. Instantáneamente brotó de arriba un gran aullido: un ulular que desgarraba la mente. Anacho lanzó un grito de absoluta frustración.
-Los jueces han visto. Ahora nos enfocarán y dirigirán la caza. Estamos perdidos.
-Tenemos una posibilidad -insistió Reith. Se secó el sudor del rostro, mirando con ojos entrecerrados el reloj, contra el resplandor general-. Dentro de tres minutos, si todo sale bien, se producirá una explosión. Vayamos hacia la espira larga.
Echaron a correr a través del bosque, y cuando emergieron vieron varios grupos de caza saltando en su dirección. El aullido sobre sus cabezas se alzó y descendió, luego se interrumpió.
Alcanzaron la solitaria espira, con la pared de cristal a tan sólo un centenar de metros de distancia. Sobre ellos, oscurecidas por el reflejo de los soles, estaban las galerías de observación; Reith apenas era capaz de ver a los espectadores, con las bocas abiertas por el asombro. Miró una vez más su reloj. Ahora.
Había que tener en cuenta un intervalo: la Caja tenía cinco kilómetros de ancho. Pasaron unos segundos, luego les llegó un enorme sonido sordo y una reverberación que hizo que el suelo se estremeciera bajo sus pies. Las

luces parpadearon; allá al este se habían apagado. Reith miró pero no pudo ver el efecto de la explosión. Sobre sus cabezas, desde toda la longitud del campo, les llegó un frenético griterío, un sonido que expresaba una rabia tan salvaje que Reith sintió que le flaqueaban las rodillas.
Anacho era más práctico.
-Están dirigiendo a todos los grupos de caza hacia el punto de ruptura, para impedir que las presas escapen.
Los grupos que estaban convergiendo sobre Reith y Anacho estaban dando la vuelta y dirigiéndose ahora a toda velocidad hacia el este.
-Prepárate -dijo Reith. Miró su reloj-. Al suelo.
Una segunda explosión: un tremendo despedazamiento que alegró el corazón de Reith, que lo elevó hasta un estado de exaltación casi religiosa. Astillas y trozos de cristal gris volaron sobre sus cabezas; las luces parpadearon, se apagaron. Ante ellos apareció una enorme hendidura, como una abertura a una nueva dimensión, de treinta metros de ancho y casi tan alta como la primera galería de observación.
Reith y Anacho saltaron en pie. Alcanzaron sin ninguna dificultad la pared y la cruzaron... saliendo del árido Sibol al penumbroso crepúsculo del mundo de Tschai.
Corrieron a lo largo de la amplia avenida blanca, luego, a una indicación de Anacho, giraron hacia el norte, hacia las factorías y las blancas espiras de los Hombres-Dirdir, luego hacia la orilla del agua, y cruzando el puente hacia Sivishe.
Se detuvieron para recuperar el aliento.
-Mejor que vayas directamente al vehículo aéreo
-dijo Reith-. Tómalo y vete. No estarás seguro en Sivishe.
-Woudiver me denunció; hará lo mismo contigo
-dijo Anacho.
-Ahora no puedo abandonar Sivishe, con la espacionave a punto de completarse. Woudiver y yo hemos llegado a un entendimiento.
-Nunca lo cumplirá -dijo Anacho torvamente-. Es un gran pozo de maldad.
-No puede traicionar la espacionave sin ponerse él mismo en peligro -argumentó Reith-. Es nuestro cómplice; hemos trabajado en su local.
-Lo explicará de alguna forma.
-Quizá, quizá no. En cualquier caso, tú tienes que irte de Sivishe. Repartiremos el dinero... luego te marcharás. El vehículo aéreo ya no es de ninguna utilidad para mí.
El blanco rostro de Anacho adoptó una actitud terca.
-No tan aprisa. No soy el objetivo de ningún *tsau'gsh,* recuérdalo. ¿Quién tomará la iniciativa de buscarme? Reith volvió la vista hacia la Caja de Cristal.
-¿Quieres decir que no te buscarán en Sivishe?
-Son impredecibles. Pero estoy tan seguro en Sivishe como en cualquier otro lugar. No puedo volver al Antiguo Reino. Pero no me buscarán en el almacén a menos que Woudiver traicione el proyecto.
-Woudiver tiene que ser controlado -dijo Reith.
Anacho se limitó a gruñir. Echaron a andar de nuevo, cruzando las sórdidas callejuelas de Sivishe.

El sol se ocultó tras las espiras de Hei y la oscuridad se infiltró en las ya sombrías calles. Reith y Anacho tomaron el transporte público hasta el almacén. La oficina de Woudiver estaba a oscuras; en el almacén brillaba una débil luz. Los mecánicos se habían marchado a casa; no parecía haber nadie por allí...
Entre las sombras se movió una figura.
-¡Traz! -exclamó Reith. El muchacho se adelantó.
-Sabía que vendrías aquí, si conseguías salir.
Ni el nómada ni el Hombre-Dirdir eran dados a las demostraciones; Anacho y Traz se cruzaron simplemente una mirada de entendimiento.
-Será mejor que abandonemos este lugar -dijo Traz-. Y rápido.
-Se lo dije a Anacho, y te lo digo a ti: tomad el vehículo aéreo y marchaos. No hay ninguna razón por la que os arriesguéis a pasar otro día en Sivishe.
-¿Y tú?
-Yo debo correr el riesgo.
-El riesgo es muy grande, con Woudiver y sus vindicaciones.
-Controlaré a Woudiver.
-¡Es imposible! -exclamó Anacho-. ¿Quién puede controlar tanta perversidad, una pasión tan monstruosa? Está más allá de toda razón.
Reith asintió sombríamente.
-Sólo hay una forma segura, y puede que sea difícil.
-¿Cómo pretendes conseguir ese milagro? -preguntó Anacho.
-Pretendo simplemente clavarlo a la punta de mi pistola y traerlo aquí. Si no viene, lo mataré. Si viene, será mi cautivo, bajo guardia constante. No puedo pensar en nada mejor.
Anacho gruñó.
-No pongo ninguna objeción en encargarme yo personalmente de vigilar al Gran Amarillo.
-Hay que actuar ahora -dijo Traz-. Antes que se entere de la escapatoria.
-¡Vosotros dos no! -declaró Reith-. Si resulto muerto... será una lástima, pero inevitable. Es un riesgo que tengo que correr. Pero vosotros no. ¡Tomad el vehículo aéreo y dinero, y marchaos ahora que aún podéis hacerlo!
-Yo me quedo -dijo Traz.
-Y yo también -dijo Anacho. Reith hizo un gesto de derrota.
-Entonces vayamos en busa de Woudiver.

18

El trío se detuvo en el oscuro patio junto a los apartamentos de Woudiver, pensando en la mejor manera de abrir la puerta trasera.
-No podemos forzar la cerradura -murmuró Anacho-. Indudablemente Woudiver se protege con todo tipo de alarmas y trampas mortales.
-Tendremos que ir por arriba -dijo Reith-. No tiene que ser muy difícil alcanzar el techo. -Estudió la pared, las cuarteadas tejas, un viejo y retorcido psilla-. En absoluto difícil. -Señaló-. Arriba por aquí... luego cruzando por este lado... y ya estamos.
Anacho agitó lúgubremente la cabeza.
-Me sorprende que seas tan inocente. ¿Por qué crees que el camino resultará tan simple? ¿Porque Woudiver está convencido de que nadie puede trepar por ahí? Bah. Allá donde pongas la mano encontrarás agujas, trampas y botones de alarma.
Reith se mordió el labio, mortificado.
-Bien, entonces, ¿cómo piensas que podemos entrar?
-No por aquí -dijo Anacho-. Debemos derrotar la habilidad y la astucia de Woudiver siento más listos que él.
Traz hizo un repentino movimiento y empujó a los otros dos a las profundas sombras de un portal.
Desde la calle les llegó el sonido ahogado de unos pasos. Una sombra alta y delgada pasó cojeando junto a ellos y se detuvo junto a la puerta trasera.
-¡Deine Zarre! -susurró Traz-. Y parece de bastante mal humor.
Deine Zarre se inmovilizó ante la puerta; extrajo una herramienta y trasteó con ella en la cerradura. La puerta se abrió de par en par; la cruzó, avanzando con un paso tan inexorable como el destino. Reith saltó hacia delante y sujetó la puerta antes de que volviera a cerrarse. Deine Zarre desapareció cojeando. Traz y Anacho cruzaron la puerta; Reith dejó que la hoja descansara de nuevo contra su cerradura. Estaban en una galería pavimentada, con un pasadizo débilmente iluminado que conducía a la parte principal de la casa.
-Por el momento, vosotros dos aguardad aquí -dijo Reith-; dejad que me enfrente a solas con Woudiver.
-Vas a correr un gran peligro -dijo preocupado Anacho-. ¡Resultará obvio que no has venido a verle para nada bueno!
-No necesariamente -observó Reith-. Se mostrará suspicaz, evidentemente. Pero no puede saber que te he visto. Si nos ve a los tres se pondrá en guardia. A solas, tengo más posibilidades de dominarle.
-Muy bien -dijo Anacho-. Esperaremos aquí por un cierto tiempo. Luego vendremos tras de ti.
-Dadme quince minutos. -Reith echó a andar por el pasadizo, que se abría a un patio interior. Al otro lado, frente a una puerta adornada en cobre, estaba Deine Zarre, utilizando de nuevo su herramienta. De pronto las luces del patio se encendieron. Indudablemente Deine Zarre había puesto en acción una alarma.
Artilo apareció por un lado del patio.
-Zarre -dijo.

Deine Zarre se volvió hacia él.
-¿Qué haces aquí? -preguntó Artilo con voz suave.
-Eso no te concierne -dijo Deine Zarre átonamente-. Déjame entrar.
Con un floreo muy poco característico suyo, Artilo extrajo una pistola de energía.
-Tengo mis órdenes. Prepárate a morir.
Reith saltó rápidamente hacia delante, pero el movimiento de los ojos de Deine Zarre advirtió a Artilo; miró a su alrededor. Reith, en dos largas zancadas, estaba ya sobre él. Lanzó un terrible golpe a la base del cráneo de Artilo, y el hombre se derrumbó muerto. Reith tomó la pistola de energía, hizo rodar el cuerpo de Artilo hacia un lado. Deine Zarre estaba ya dándose la vuelta, como si lo ocurrido careciera de interés.
-¡Espera! -dijo Reith.
Deine Zarre se volvió una vez más. Reith avanzó hacia él. Los ojos grises de Deine Zarre parecían sorprendentemente claros. Reith preguntó:
-¿Por qué estás aquí?
-Para matar a Woudiver. Ha brutalizado a mis niños. -La voz de Deine Zarre era tranquila, como si estuviera exponiendo unos hechos que no le concernían-. Están muertos, los dos muertos, se han ido de este triste mundo de Tschai.
La voz de Reith sonó apagada y distante a sus propios oídos.
-Woudiver tiene que ser destruido... pero no antes de que la nave esté terminada.
-Nunca te permitirá que la termines.
-Por eso estoy aquí.
-¿Qué puedes hacer? -murmuró Deine Zarre desdeñosamente.
-Tengo intención de tomarlo prisionero y mantenerlo así hasta que la nave esté completa. Entonces podrás matarlo.
-Muy bien -dijo Deine Zarre con voz apagada-.
¿Por qué no? Le haré sufrir.
-Como quieras. Ve tú delante. Yo iré muy cerca detrás, como antes. Cuando encontremos a Woudiver, acúsale como quieras y de lo que quieras, pero sin usar la violencia. No queremos conducirle a ninguna acción desesperada.
Deine Zarre se dio la vuelta sin una palabra. Abrió la puerta con su herramienta, revelando una habitación amueblada en escarlata y amarillo. Deine Zarre entró y, tras una rápida mirada por encima de su hombro, Reith le siguió. Un sirviente enanesco de piel oscura, con un enorme turbante blanco, se sobresaltó.
-¿Dónde está Aila Woudiver? -preguntó Deine Zarre con su voz más suave.
El sirviente se mostró altanero.
-Está ocupado con asuntos muy importantes. Grandes negocios. No puede ser molestado.
Reith lo agarró por el cuello y lo levantó un par de palmos del suelo, haciendo que el turbante se torciera peligrosamente sobre su cabeza. El sirviente pataleó, dolorido y vejado en su dignidad.
-¿Qué estás haciendo? ¡Quítame las manos de encima o llamaré a mi dueño!
-Esto es precisamente lo que queremos que hagas -dijo Reith.

El sirviente retrocedió unos pasos, frotándose el cuello y mirando a Reith con ojos llameantes.
-¡Abandonad inmediatamente esta casa!
-¡Llévanos hasta Woudiver, si quieres evitarte problemas!
El sirviente empezó a gimotear.
-No puedo hacerlo. ¡Me hará azotar!
-Mira allá al patio -dijo Deine Zarre-. Verás el cuerpo de Artilo, muerto. ¿Quieres unirte a él?
El sirviente empezó a temblar y cayó de rodillas. Reith lo puso en pie de un tirón.
-¡Rápido! ¡Llévanos hasta Woudiver!
-¡Tenéis que decirle que fui obligado a hacerlo con amenazas contra mi vida! -exclamó el sirviente con dientes castañeteantes-. También debéis jurarle...
La puerta al otro lado de la habitación se abrió una rendija. El enorme rostro de Aila Woudiver atisbo por ella.
-¿Qué es todo este jaleo?
Reith empujó al sirviente a un lado.
-Tu hombre se negó a avisarte. Woudiver lo examinó con la mirada más aguda y suspicaz que era posible imaginar.
-Y con razón. Estoy ocupado con importantes asuntos.
-Ninguno es tan importante como el mío -dijo Reith.
-Un momento -indicó Woudiver. Se volvió, habló una o dos palabras con sus visitantes, entró en el salón escarlata y amarillo-. ¿Tienes el dinero?
-Sí, por supuesto. ¿Estaría de otro modo aquí? Woudiver examinó a Reith durante otro largo momento.
-¿Dónde está?
-En un lugar seguro.
Woudiver se mordió el colgante labio inferior.
-No uses ese tono conmigo. Para ser sinceros, sospecho que has maquinado una infamia cuyo resultado ha sido el permitir hoy la escapatoria de numerosos criminales de la Caja de Cristal.
Reith dejó escapar una risita.
-Dime, por favor, cómo puedo haber estado en dos lugares a la vez.
-Si estuviste en un sólo lugar es suficiente para condenarte. Un hombre que se corresponde con tu descripción bajó por sus propios medios al campo una hora antes de que ocurriera todo. No lo hubiera hecho de no haber estado seguro de que podría escapar. Es digno de notar el hecho de que el Hombre-Dirdir renegado parece estar entre los que escaparon.
-El battarache salió de tus almacenes -dijo Deine Zarre-; serás acusado como responsable del hecho si dices una sola palabra.
Woudiver pareció darse cuenta entonces por primera vez de la presencia de Deine Zarre. Habló con simulada sorpresa.
-¿Qué haces tú aquí, viejo? Será mejor que vuelvas a tus asuntos.
-Vine a matarte -dijo Deine Zarre-. Reith me ha pedido que aguarde un poco.
-Vamos, Woudiver -dijo Reith-. El juego ha terminado. -Sacó su arma-. Rápido, o voy a tener que quemar un poco de tu pellejo.
Woudiver miró de uno a otro hombre, sin aparentar preocupación.

-Así que los ratones enseñan los dientes.
Reith, a través de una larga experiencia, sabía lo suficiente como para esperar resistencia, obstinación, y en general un comportamiento perverso. Dijo con voz resignada:
-Ven con nosotros, Woudiver.
Woudiver sonrió.
-Dos pequeños y ridículos subhombres. -Alzó ligeramente la voz-. ¡Artilo!
-Artilo está muerto -dijo Deine Zarre. Miró a derecha e izquierda, como ligeramente desconcertado. Woudiver lo observó suavemente.
-¿Buscas algo?
Deine Zarre, ignorando a Woudiver, murmuró a Reith:
-Todo esto es demasiado fácil, incluso para Woudiver. Ten cuidado.
-A la cuenta de cinco, te quemaré -dijo Reith con voz cortante.
-Primero una pregunta -dijo Woudiver-. ¿Dónde vamos a ir?
Reith lo ignoró.
-Uno... dos...
Woudiver suspiró profundamente.
-No consigues divertirme.
-...tres...
-Tengo que protegerme de alguna manera...
-...cuatro...
-...esto es evidente. -Woudiver retrocedió contra la pared. Instantáneamente el dosel de terciopelo se abatió sobre Reith y Deine Zarre.
Reith disparó su pistola, pero los pliegues dominaban su brazo y el rayo no hizo más que chamuscar las baldosas blancas y negras del suelo.
La risa de Woudiver sonó ahogada pero intensa y untuosa. El suelo vibró bajo sus ominosos pasos. Un enorme peso sofocó a Reith; Woudiver se había sentado sobre su cuerpo. Reith apenas podía moverse. La voz de Woudiver sonó muy cercana:
-¿Así que los mequetrefes pensaron que podían causarle problemas a Aila Woudiver? ¡Miradlos ahora! -El peso se alzó-. Y Deine Zarre, que se contuvo cortésmente de cometer un asesinato. Muy bien, adiós entonces, Deine Zarre. Yo soy más decidido.
Un sonido, un repentino gorgoteo estremecedor, luego un arañar de uñas sobre las baldosas.
-Adam Reith -dijo la voz-. Eres un caso de locura peculiar. Me siento tremendamente interesado en tus intenciones. Suelta la pistola, pon tus brazos al frente y no te muevas. ¿Notas el peso sobre tu cuello? Es mi pie. Así que rápido, los brazos hacia delante, y nada de movimientos bruscos. Hisziu, prepárate.
La tela fue echada a un lado, apartada de los brazos extendidos de Reith. Unos ágiles dedos oscuros ataron sus muñecas con una cinta de seda.
El terciopelo fue echado más atrás. Reith, algo desconcertado aún, alzó la vista hacia la enorme masa que gravitaba sobre él, con las piernas separadas. Hisziu, el sirviente, iba de un lado para otro, agitándose como un perrillo.
Woudiver tiró de Reith y lo obligó a ponerse en pie.
-Camina, por favor. -Envió al tambaleante Reith hacia delante con un

empujón.

19

Reith permanecía en una habitación oscura, atado a un potro de metal. Sus brazos extendidos estaban sujetos a una barra transversal; sus tobillos igualmente inmovilizados. Ninguna luz penetraba en la habitación salvo el resplandor de unas pocas estrellas a través de una estrecha ventana. Hisziu el sirviente permanecía acuclillado a metro y medio de distancia frente a él, con un ligero látigo de seda trenzada en las manos, poco más que una tira de suave cuerda unida a un corto mango. Parecía capaz de ver en la oscuridad, y se divertía golpeando con la punta del látigo, a intervalos imprevisibles, las muñecas, rodillas y barbilla de Reith. Habló una sola vez:

-Tus dos amigos han sido cogidos también. No son mejores que tú: de hecho, peores. Woudiver está trabajando con ellos.

Reith colgaba flaccido de sus ligaduras, sumido en torpes y desanimados pensamientos. El desastre era completo; no era consciente de nada más. Los pequeños y maliciosos golpes del látigo de Hisziu apenas rozaban el filo de su consciencia. Su existencia llegaba a su final, que no sería más notado que la caída de una gota de lluvia en cualquiera de los tenebrosos océanos de Tschai. En algún lugar, fuera de su vista, se alzó la luna azul, arrojando su resplandor a través del cielo. Su lento ascenso y su igualmente lento ocaso marcaban el paso de la noche.

Hisziu se amodorró, y muy pronto empezó a roncar con suavidad. Reith se sentía indiferente. Alzó la cabeza, miró hacia la ventana. El resplandor de la luz lunar había desaparecido; un color lodoso hacia el este señalaba la próxima salida de Carina 4269. Hisziu despertó con un sobresalto e hizo chasquear el látigo en las mejillas de Reith, levantando ligeros surcos sangrantes. Abandonó la estancia y regresó unos momentos más tarde con una jarra de té caliente, que bebió junto a la ventana. Reith dijo con voz ronca:

-Te pagaré diez mil sequins si me sueltas. Hisziu no le prestó atención. Reith dijo:

-Y otros diez mil si me ayudas a liberar a mis amigos.

El sirviente siguió bebiendo su té, como si Reith no hubiera dicho nada.

El cielo empezó a mostrar una coloración oro oscuro; Carina 4269 había aparecido. Sonaron pasos; la enorme masa de Woudiver llenó el hueco de la puerta. Permaneció inmóvil unos instantes, evaluando la situación; luego, tomando el látigo de manos de Hisziu, hizo una seña a éste para que abandonara la estancia.

Woudiver parecía exaltado, como si estuviera drogado o borracho. Hizo chasquear el látigo contra su cadera.

-No puedo encontrar el dinero, Adam Reith. ¿Dónde está?

Reith intentó dar a su voz una entonación casual.

-¿Cuáles son tus planes?

Woudiver alzó sus cejas casi desprovistas de pelo.

-No tengo planes. Los acontecimientos de suceden; yo existo adaptándome a ellos de la mejor manera posible.

-¿Por qué me mantienes atado aquí?

Aila Woudiver hizo sonar el látigo contra su pierna.

-Naturalmente, he notificado a los míos tu detención.
-¿A los Dirdir?
-Por supuesto. -Volvió a palmearse la cadera con el látigo.
-¡Los Didir no son ni han sido nunca los tuyos! -dijo Reith con gran vehemencia-. Los Dirdir y los hombres jamás han estado ni remotamente conectados; proceden de distintas estrellas.
Woudiver se reclinó indolentemente contra la pared.
-¿Dónde aprendiste esta idiotez?
Reith se humedeció ansiosamente los labios, preguntándose cuál podía ser su mejor táctica. Woudiver no era un hombre racional; estaba motivado por el instinto y la intuición. Inentó proyectar en sus palabras una absoluta seguridad.
-Los hombres se originaron en el planeta Tierra. Los Dirdir saben esto tan bien como yo. Pero prefieren que los Hombres-Dirdir se engañen a sí mismos.
Woudiver asintió pensativo.
-¿Pretendes buscar esa «Tierra» con tu espacionave?
-No necesito buscarla. Está a doscientos años luz de distancia, en la constelación de Clari.
Woudiver avanzó unos pasos. Con su amarillo rostro a treinta centímetros del de Reith, gritó:
-¿Y qué hay del tesoro que me prometiste? ¡Mentiste, me engañaste!
-No -dijo Reith-. No lo hice. Soy un terrestre. Mi nave se estrelló aquí en Tschai. Ayúdame a regresar a la Tierra; recibirás a cambio cualquier tesoro que oses imaginar.
Woudiver retrocedió lentamente.
-Eres uno de los miembros del culto redencionista Yao, se llame como se llame.
-No. Te estoy diciendo la verdad. Tus mejores intereses están en ayudarme.
Woudiver asintió juiciosamente.
-Quizá sí. Pero primero lo primero. Puedes demostrar fácilmente tu buena fe. ¿Dónde está mi dinero?
-*¿Tu* dinero? No es tu dinero. Es mi dinero.
-Una distinción estéril. ¿Dónde está, digámoslo así, *nuestro* dinero?
-Nunca lo verás a menos que cumplas con tus obligaciones.
-¡Esto es una absurda obstinación! -estalló Woudiver-. Has sido capturado, estás perdido y tus secuaces también. El Hombre-dirdir regresará a la Caja de Cristal. El chico de las estepas será vendido como esclavo... a menos que tú compres su vida con el dinero.
Reith se relajó en sus ligaduras y se hundió en el mutismo. Woudiver empezó a pasear arriba y abajo por la estancia, lanzándole miradas ocasionales. Se le acercó y le clavó el mango del látigo en el estómago.
-¿Dónde está el dinero?
-No confío en ti -dijo Reith con voz monótona-. Nunca mantienes tus promesas. -Se envaró con un esfuerzo e intentó hablar con voz tranquila-. Si quieres el dinero, suéltame. La espacionave está casi terminada. Puedes venir conmigo a la Tierra.
El rostro de Woudiver era inescrutable.

-¿Y luego?
-Un yate espacial, un palacio... lo que quieras. Pide, y lo tendrás.
-¿Y cómo volveré a Sivishe? -preguntó burlonamente Woudiver-. ¿Qué pasará con mis asuntos? Resulta claro que estás loco; ¿por qué debo malgastar mi tiempo? ¿Dónde está el dinero? El Hombre-Dirdir y el chico de las estepas han declarado con convicción que no lo saben.
-Yo tampoco lo sé. Se lo di a Deine Zarre y le pedí que lo ocultara. Tú lo mataste.
Woudiver reprimió un gruñido de decepción.
-¿Mi dinero?
-Dime -quiso saber Reith-, ¿tienes intención de dejarme terminar mi espacionave?
-¡Nunca tuve esa intención!
-¿Me engañaste?
-¿Por qué no? Tú intentaste hacer lo mismo. Ha de ser muy listo el hombre que consiga engañar a Aila Woudiver.
-No lo dudo.
Hisziu entró en la estancia y, avanzando de puntillas, le susurró algo al oído de Woudiver. Woudiver dio una furiosa patada contra el suelo.
-¿Tan pronto? ¡Llegan antes de la hora! Ni siquiera he empezado todavía. -Se volvió hacia Reith, con el rostro hirviendo como agua en una olla-. Rápido: el dinero, o vendo al muchacho. ¡Rápido!
-¡Suéltanos! Ayúdanos a terminar la espacionave. ¡Luego tendrás tu dinero!
-¡Irrazonable ingrato! -siseó Woudiver. Se oyó ruido de pasos-. ¡No puedo hacer nada! -gruñó-. Qué triste vida la mía. ¡Basura! -Woudiver escupió al rostro de Reith y le golpeó furiosamente con el látigo.
Orgullosamente precedido por Hisziu, un alto Hombre-Dirdir entró en la estancia. Era el más espléndido y extraño Hombre-Dirdir que Reith hubiera visto jamás: a todas luces un Inmaculado. Woudiver le murmuró algo a Hisziu por un ángulo de su boca; las ligaduras de Reith fueron cortadas. El Hombre-Dirdir le colocó una cadena en torno al cuello, aseguró el otro extremo a su cinturón. Echó a andar sin una palabra, agitando los dedos con fastidiado desdén.
Reith se vio obligado a seguirle, tambaleante.

20

Ante la casa de Woudiver había estacionado un coche lacado en blanco. El Inmaculado sujetó la cadena de Reith a una anilla en la parte de atrás. Reith lo contempló con maravillado abatimiento. El Inmaculado tenía más de dos metros de altura, y llevaba refulgencias artificiales unidas a ambos lados de su crestado cráneo. Su piel resplandecía tan blanca como el esmalte del coche; su cabeza estaba totalmente desprovista de pelo; su nariz era un afilado pico. Pese a toda su extraña apariencia e indudablemente alterada sexualidad, era un hombre, rumió Reith, derivado de la misma fuente que él. De la casa, tambaleándose como si hubieran sido empujados, surgieron Anacho y Traz. Sendas cadenas rodeaban sus cuellos; detrás, tirando de los otros extremos, corría Hisziu. Le seguían dos Hombres-Dirdir de Élite. Ataron las cadenas a la parte de atrás del coche. El Inmaculado pronunció unas palabras sibilantes a Anacho y señaló una estrecha plataforma a todo lo largo de la parte trasera del vehículo. Sin volver la mirada, subió a él; los dos Élites ya lo habían hecho. Anacho murmuró:

-Montaos ahí, o de otro modo vamos a ser arrastrados.

Los tres treparon a la plataforma trasera, aferrándose a las anillas donde habían sido sujetadas sus cadenas. De tal indigna manera partieron de la residencia de Woudiver. El negro sedán de éste les seguía a cincuenta metros de distancia, con la enorme masa de Woudiver encajada tras los mandos.

-Quiere el reconocimiento que se le debe -dijo Anacho-. Ha colaborado en una caza importante; desea la parte que le corresponde del status.

-Cometí el error de enfrentarme a Woudiver como si fuera un hombre -dijo Reith con voz densa-. Si lo hubiera tratado como un animal quizá nos hubiéramos librado mejor.

-Difícilmente podría ser peor.

-¿Adonde vamos?

-A la Caja de Cristal; ¿adonde si no?

-¿No va a haber ningún juicio, no vamos a tener ninguna oportunidad de defendernos?

-Por supuesto que no -dijo Anacho secamente-. Vosotros sois subhombres, yo soy un renegado.

El coche blanco giró penetrando en una plaza y se detuvo. Los Hombres-Dirdir bajaron y se inmovilizaron rígidamente erguidos, mirando hacia el cielo. Un hombre gordezuelo de mediana edad vestido con elegantes ropas marrón oscuro avanzó: una persona de elevado status y evidente vanidad, con el pelo elaboradamente rizado y enjoyado. Se dirigió a los Hombres-Dirdir con un aire casual; le respodieron tras unos instantes de significativo silencio.

-Ése es Erlius, el Administrador de Sivishe -gruñó Anacho-. También quiere estar en el acto. Al parecer somos presas importantes.

Atraída por la actividad, la gente de Sivishe empezó a arracimarse en torno al coche blanco. Formaron un amplio y respetuoso círculo, contemplando a los cautivos con macabra especulación y echándose ligeramente hacia atrás cada vez que la mirada de los Hombres-Dirdir

vagaba en su dirección.
Woudiver permaneció en su coche, a una distancia de cincuenta metros o así, al parecer ordenando sus pensamientos. Finalmente bajó y pareció concentrar su atención en lo que había escrito en un trozo de papel. Erlius, al darse cuenta de ello, se apresuró a volverle la espalda.
-Míralos -gruñó Anacho-. Cada uno de ellos odia al otro: Woudiver ridiculiza a Erlius por carecer de sangre de Hombre-Dirdir; a Erlius le gustaría ver a Woudiver en la Caja de Cristal.
-A mí también -dijo Reith-. Hablando de la Caja de Cristal, ¿a qué estamos esperando?
-A los líderes del *tsau'gsh.* No te preocupes, muy pronto verás la Caja de Cristal.
Reith agitó irritadamente la cadena. Los Hombres-Dirdir volvieron hacia él miradas de advertencia.
-Ridículo -murmuró Reith-. Tiene que haber algo que podamos hacer. ¿Qué hay de las tradiciones Dirdir? ¿Qué ocurrirá si grito *h'sai s'sai, h'sai,* o como sea la apelación al arbitraje?
-La llamada es *dr'ssa dr'ssa, dr'ssa.*
-¿Qué ocurrirá si solicito arbitraje?
-No estarás en mejor situación que ahora. El arbitrador te considerará culpable, y como antes: la Caja de Cristal.
-¿Y si repudio el arbitraje?
-Te verás obligado a luchar, y serás muerto igual de rápido.
-¿Y nadie puede ser detenido a menos que sea acusado?
-En teoría -dijo Anacho secamente-, ésa es la costumbre. ¿A quién planeas repudiar? ¿A Woudiver? No servirá de nada. Él no te ha acusado, simplemente ha cooperado con la caza.
-Veremos.
Traz señaló al cielo.
-Ahí vienen los Dirdir.
Anacho estudió el vehículo aéreo que descendía sobre ellos.
-La cimera de Thisz. Si los Thisz se hallan implicados en esto, podemos esperar un tratamiento sumarísimo. Puede que incluso emitan una prohibición, de modo que solamente los Thisz puedan cazarnos.
Traz tiró inútilmente del cierre de la cadena. Dejó escapar un siseo de frustración y se volvió para observar el aparato que estaba aterrizando. La multitud cubierta con grises capuchas se echó hacia atrás, despejando el terreno; el vehículo aéreo se posó a no más de quince metros del coche blanco. Bajaron cinco Dirdir: una Excelencia y cuatro de casta inferior.
El Hombre-Dirdir Inmaculado avanzó orgullosamente, pero el Dirdir lo ignoró con la misma indiferencia que él había mostrado hacia Erlius.
Por un momento los Dirdir estudiaron a Reith, Anacho y Traz. Luego hicieron una seña al Inmaculado y pronunciaron unos breves y secos sonidos.
Erlius avanzó para presentar sus respetos, las rodillas ligeramente dobladas, la cabeza deferentemente inclinada. Antes de que pudiera decir nada, Woudiver avanzó también e hinchó su enorme masa amarilla delante de Erlius, que se vio obligado a retirarse trastabillante a un lado.
-Aquí, dignatarios Thisz, están los criminales buscados por la caza -dijo

con voz aguda-. He participado en su detención, y no en poca medida; ¡haced que eso sea anotado en mi pergamino de honores!
Los Dirdir apenas le dedicaron una atención casual. Woudiver, como si no esperara más, hizo una inclinación de cabeza y agitó los brazos en un elaborado floreo.
El Inmaculado se acercó a los cautivos y soltó sus cadenas. Reith tiró bruscamente de la suya. El Inmaculado alzó sorprendido la cabeza, con sus falsas refulgencias caídas a ambos lados de su blanca cabeza. Reith avanzó a paso vivo, con el corazón latiendo atronadoramente. Sentía la presión de todos los ojos clavados en él; con gran esfuerzo mantuvo su paso firme y digno. Se detuvo a dos metros de distancia de los Dirdir, tan cerca que podía captar su olor corporal. Lo contemplaron sin perder su impasibilidad.
Reith alzó la voz y pronunció muy deliberadamente:
-¡Dr'ssa! ¡Dr'ssa! ¡Dr'ssa!
Los Dirdir traicionaron un pequeño movimiento de sorpresa.
-¡Dr'ssa! ¡Dr'ssa! ¡Dr'ssa! -pronunció una vez más Reith.
El Excelente habló con una voz nasal que sonaba como un óboe.
-¿Por qué solicitas *dr'ssa?* Eres un subhombre, incapaz de discriminación.
-Soy un hombre, oh superior. Por eso solicito *dr'ssa.* Woudiver se abrió paso, jadeando y resoplando en su importancia.
-¡Bah! ¡Está loco!
El Dirdir pareció perplejo. Reith aprovechó la ocasión:
-¿Quién me acusa? ¿De qué crimen? ¡Que se presente mi acusador, y que el caso sea juzgado por un arbitro!
-Invocas una fuerza tradicional más fuerte que el desprecio o la irritación -dijo el Excelente-. No puede negársete. ¿Quién acusa a este subhombre?
-Yo acuso a Adam Reith de blasfemia -dijo Woudiver-, de contestar la Docrina del Doble Génesis, de reclamar un status igual al de los Dirdir. Ha afirmado que los Hombres-Dirdir no son una línea descendente pura de la Segunda Yema; los ha llamado una raza de fenómenos mutantes. Insiste en que los hombres derivan de un planeta distinto a Sibol. Esto no está de acuerdo con la doctrina ortodoxa, y es repugnante. Es un creador de problemas, un mentiroso, un provocador. -Woudiver acentuó cada una de sus acusaciones con un golpe de su enorme dedo-. ¡Éstas son mis acusaciones! -Dedicó a los Dirdir una sonrisa cómplice, luego se volvió y rugió a la multitud-: ¡Echaos hacia atrás! ¡No os apelotonéis tan cerca de los dignatarios!
-¿Afirmas que estas acusaciones son falsas? -preguntó el Dirdir con voz aflautada.
Reith dudó. Se enfrentaba a un dilema. Negar las acusaciones era aceptar la ortodoxia de los Hombres-Dirdir. Preguntó cautelosamente:
-En esencia, soy acusado de sostener puntos de vista no ortodoxos. ¿Es eso un crimen?
-Por supuesto, si el arbitrador así lo declara.
-¿Y si esos puntos de vista son ciertos?
-Entonces deberás enfrentarte al arbitrador. Por ridicula que pueda parecer esa eventualidad, ésa es la tradición, y no puede eludirse.
-¿Quién es el arbitrador?

El rostro como hueso pulido del Excelente no mostró el menor cambio, como tampoco lo hizo su voz.
-En este caso designo al Inmaculado que os acompaña.
El Inmaculado avanzó unos pasos. Imitando los tonos Dirdir, dijo:
-Seré expeditivo; las ceremonias ordinarias son aquí inapropiadas. -Se volvió hacia Reith-. ¿Niegas las acusaciones?
-Ni las confirmo ni las niego; son ridiculas.
-Es mi opinión que tus palabras son evasivas. Eso significa culpabilidad. Además, tus actitudes son irrespetuosas. Eres culpable.
-Me niego a aceptar tu veredicto -dijo Reith-, a menos que puedas justificarlo. Te emplazo a que lo hagas.
El Inmaculado contempló a Reith con burla y revulsión.
-¿Me desafías a mí, a un Inmaculado?
-Parece que ésta es la única forma en que puedo probar mi inocencia.
En Inmaculado miró a la Excelencia Dirdir.
-¿Estoy obligado a aceptarlo?
-Lo estás.
El Inmaculado midió a Reith.
-Te mataré con mis manos y con mis dientes, tal como corresponde a un Hombre-Dirdir.
-A tu elección. Pero primero quítame esta cadena del cuello.
-Quítale la cadena -dijo la Excelencia Dirdir.
-¡Es una vulgaridad! -dijo irritadamente el Inmaculado-. Perderé mi dignidad actuando delante de toda esa chusma de subhombres.
-No te quejes -dijo el Excelente-. Soy yo, el Capitán de la Caza, quien pierde un trofeo. Prosigue: afirma tu arbitraje.
Fue retirada la cadena. Reith estiró sus músculos, los relajó, los estiró, los relajó, esperando restablecer su tonicidad. Había pasado toda la noche colgado de sus muñecas; su cuerpo se sentía agotado. El Hombre-Dirdir avanzó unos pasos. Reith sintió la cabeza algo ligera.
-¿Cuáles son las reglas del combate? -inquirió-. No deseo actuar deslealmente contigo.
-No existen las deslealtades -dijo el Inmaculado-. Utilizamos las reglas de la caza: ¡tú eres mi presa! -Emitió un fuerte chirrido y se lanzó contra Reith, en lo que pareció un salto inefectivo, hasta que Reith entró en contacto con el blanco cuerpo de su oponente y descubrió que era todo músculos y tendones. Reith desvió la acometida, pero sintió las desgarraduras de las falsas garras. Intentó hacer presa en su brazo, pero no pudo encontrar una palanca efectiva. Lanzó al Inmaculado un golpe bajo la oreja, intentó alcanzar su laringe y falló. El Inmaculado retrocedió, furioso. Los espectadores jadearon excitados. El Inmaculado saltó de nuevo contra Reith, que consiguió aferrar su largo antebrazo y envió al Hombre-Dirdir trastabillando. Woudiver no pudo contenerse; avanzó y lanzó a Reith un puñetazo a la sien. Traz chilló su protesta y sacudió su cadena cruzando el rostro de Woudiver. Woudiver chilló agónicamente y se dejó caer sentado sobre el suelo. Anacho rodeó el cuello de Woudiver con su cadena y apretó con todas sus fuerzas. Los Hombres-Dirdir de Élite se lanzaron contra él y le arrebataron la cadena. Woudiver permaneció tendido en el suelo, jadeando, con el rostro del color del lodo.

El Inmaculado había aprovechado la ventaja del ataque de Woudiver para agarrar a Reith y derribarlo al suelo. Unos brazos tensos como alambres aferraron el cuerpo de Reith; largos y afilados dientes desgarraron su cuello. Reith liberó sus brazos. Con todas las fuerzas que pudo reunir, golpeó con sus manos formando copa las blancas orejas de su oponente. El Inmaculado emitió un chillido estrangulado y agitó agónicamente su cabeza. Por unos momentos su tensión cedió. Reith se montó a horcajadas sobre el delgado cuerpo, como si cabalgara una anguila blanca. Empezó a golpear la calva cabeza. Arrancó las falsas refulgencias, lanzó la cabeza hacia uno y otro lazo, luego la retorció brutalmente. Se oyó un crujido. La cabeza del Inmaculado colgó flaccida en un extraño ángulo; su cuerpo se agitó en unas breves sacudidas, luego quedó inmóvil.
Reith se puso en pie. Jadeaba y temblaba.
-He sido vindicado -dijo.
-Las acusaciones del subhombre gordo quedan invalidadas -entonó el Excelente-. Eres libre de ellas. Reith se dio la vuelta.
-¡Alto! -dijo el Excelente, con una entonación gutural en su voz-. ¿Hay alguna otra acusación?
Un Dirdir de la casta de los Élites, con las refulgencias rígidas y lanzando destellos cristalinos, dijo:
-¿Sigue la bestia reclamando *dr'ssa?* Reith giró en redondo, medio ebrio por la fatiga y las secuelas de la lucha.
-Yo soy un hombre; tú eres la bestia.
-¿Reclamas arbitraje? -preguntó el Excelente-. Si no, vamonos.
Reith sintió que el corazón se le caía a los pies.
-¿Cuáles son las nuevas acusaciones? El Élite avanzó unos pasos.
-Te acuso de que tú y tus cómplices penetrasteis violentamente en la Reserva de Caza Dirdir y asesinasteis traidoramente a miembros de la Casta Thisz.
-Niego la acusación -dijo Reith con voz ronca. El Élite se volvió hacia el Excelente.
-Solicito que tú arbitres. Solicito que me entregues a esta bestia y a sus secuaces y los señales como presa exclusiva de los Thisz.
-Acepto el arbitraje -dijo el Excelente con voz aflautada. Y a Reith, con un tono nasal y ronco-: Tú penetraste en los Carabas; eso es cierto.
-Entré en los Carabas. Nadie me ordenó no hacerlo.
-La prohibición es del conocimiento general. Asaltaste furtivamente a varios Dirdir; eso es cierto.
-No asalté a nadie que no me hubiera atacado a mí primero. Si los Dirdir quieren actuar como bestias salvajes, entonces deben sufrir las consecuencias.
Un murmullo de sorpresa y admiración, que parecía casi como una aprobación, brotó de la multitud. El Excelente se volvió para mirar a su alrededor. Instantáneamente el sonido murió.
-Es tradición de los Dirdir el cazar. Es tradición de los subhumanos y característica inherente en ellos el servir como presas.
-Yo no soy ningún subhumano -dijo Reith-. Soy un hombre, y en consecuencia no soy la presa de nadie. Si una bestia salvaje me ataca, la mato.

El rostro blanco como el hueso del Excelente no mostró ningún cambio. Pero las refulgencias empezaron a brillar y a ponerse rígidas.
-El veredicto debe adecuarse a la tradición -entonó la criatura-. Declaro al subhombre culpable. Esta farsa ha terminado. Llevadlos a la Caja de Cristal.
-¡Impugno el arbitraje! -exclamó Reith. Avanzó un paso y abofeteó con fuerza al Excelente en un lado de su cabeza. La piel era fría y algo flexible, como las placas de una tortuga; la mano de Reith le picoteó a causa del golpe. Las refulgencias del Excelente se enhiestaron como alambres al rojo; emitió un suave silbido. La multitud se inmovilizó en incrédulo silencio.
El Excelente tendió sus largos brazos hacia delante en un gesto de asir y desgarrar. Lanzó un gorgoteante grito y se dispuso a atacar.
-Un momento -dijo Reith, retrocediendo un paso-. ¿Cuáles son las reglas del combate?
-No hay reglas. Mataré como a mí me plazca.
-¿Y si yo te mato a ti, quedaré vindicado, y mis amigos también?
-Así es.
-Lucharemos con espadas.
-Lucharemos con las manos.
-Muy bien -dijo Reith.
La lucha fue abierta. El Excelente saltó hacia delante, rápido y masivo como un tigre. Reith dio dos rápidos pasos hacia atrás; el Excelente lanzó un golpe. Reith aferró la córnea muñeca y plantó un pie contra su torso; la criatura cayó hacia atrás, desconcertada. Instantáneamente Reith estaba sobre el Dirdir, inmovilizando sus garrudas manos. El Excelente se debatió con violencia; Reith golpeó repetidamente su cabeza contra el pavimento, hasta que oyó el crujir de los huesos y empezó a exudar un icor blanco verdoso.
-¿Qué hay del arbitraje? -jadeó Reith-. ¿Es correcto o erróneo?
El Excelente lanzó un gemido... un extraño sonido parecido a un lamento, que no expresaba ninguna emoción conocida por la experiencia humana. Reith volvió a golpear la dura cabeza blanca, una y otra vez.
-¿Qué hay del arbitraje? -Golpeó de nuevo la cabeza contra el pavimento.
El Dirdir hizo un gran esfuerzo por derribar a Reith de encima, sin conseguirlo.
-Tú eres el vencedor. Mi arbitraje queda refutado.
-¿Y yo y mis amigos quedamos en libertad, libres de culpa? ¿Podemos proseguir nuestras actividades sin vernos perseguidos?
-Así es.
Reith llamó a Anacho.
-¿Puedo confiar en él?
-Sí -dijo Anacho-; es la tradición. Si quieres un trofeo, arráncale sus refulgencias.
-No quiero ningún trofeo. -Reith se puso en pie, tambaleante.
La multitud contemplaba admirada la escena. Erlius giró sobre sus talones y se alejó apresuradamente. Aila Woudiver retrocedió lentamente hacia su coche negro.
Reith lo señaló con un dedo.

-Woudiver... tus acusaciones eran falsas, y tienes que responder de ellas ante mí.
Woudiver extrajo su pistola de energía; Traz dio un salto, aferró su enorme muñeca. La pistola disparó, quemándole su propia pierna. Lanzó un agónico aullido y cayó al suelo. Anacho recogió la pistola; Reith ató una de las cadenas en torno al cuello de Woudiver y dio un brusco tirón.
-Vamos, Woudiver. -Abrió camino hacia el coche negro por entre los espectadores, que se apartaron apresuradamente.
Woudiver se apelotonó en un rincón del coche con un desolado gemido. Anacho puso en marcha el vehículo, y se alejaron de la ovalada plaza.

21

Condujeron hasta el almacén. Los técnicos, en ausencia de Deine Zarre, no se habían presentado al trabajo. El almacén parecía silencioso y abandonado; la nave espacial, que hasta entonces había parecido a punto de cobrar vida, descansaba desolada sobre sus calzos.
Arrastraron a Woudiver al interior, como lo hubieran hecho con un toro remiso, y lo ataron entre dos postes. Woudiver no cesaba de gemir sus protestas.
Reith lo estudió unos instantes. Todavía no podían prescindir de él. Ciertamente, seguía siendo peligroso. En medio de todo su despliegue de protestas, sus ojos observaban a Reith con una dura y atenta mirada.
-Woudiver -dijo Reith-, me has causado un terrible daño.
El adiposo cuerpo de Woudiver se agitó en grandes sollozos; parecía un monstruoso y feo bebé.
-Planeas torturarme y matarme.
-El pensamiento ha pasado por mi mente -admitió Reith-. Pero tengo otros deseos más urgentes. Terminar la nave y volver a la Tierra con la noticia de este planeta infernal me haría incluso olvidar el placer de tu muerte.
-En ese caso -dijo Woudiver, convertido bruscamente de nuevo en un hombre de negocios-, todo sigue como antes. Paga el dinero que me debes, y seguiremos adelante.
La mandíbula de Reith colgó incrédula. Se echó a reír maravillado por la sorprendente ligereza de Woudiver.
Anacho y Traz se mostraban menos divertidos. Anacho clavó un largo palo en su barriga.
-¿Y qué me dices de la noche pasada? -preguntó con voz suave-. ¿Recuerdas tu conducta? ¿Qué tienes que decir de las sondas eléctricas y de las traillas de mimbre?
-¿Y de Deine Zarre y los dos niños? -añadió Traz. Woudiver miró suplicante a Reith.
-¿Cuál de vuestras voces tiene más peso? Reith eligió cuidadosamente sus palabras.
-Todos nosotros tenemos motivos de resentimiento. Eres un ingenuo si esperas oír simpatía de nuestas bocas.
-Por supuesto, tiene que sufrir -dijo Traz con los dientes apretados.
-Vivirás -dijo Reith-, pero únicamente para servir a nuestros intereses. No me importa ni un ápice tu vida, a menos que demuestres que eres útil.
Reith captó de nuevo en los ojos de Woudiver un destello frío y astuto.
-Que así sea -dijo Woudiver.
-Quiero que contrates a un reemplazo competente para Deine Zarre. De inmediato.
-Eso es caro, muy caro -dijo Woudiver-. Tuvimos suerte con Zarre.
-La responsabilidad de su ausencia es tuya -dijo Reith.
-Nadie pasa por la vida sin cometer errores -admitió Woudiver-. Éste fue uno de los míos. Pero conozco al hombre que necesitamos. Aunque pedirá mucho dinero, te lo advierto.
-El dinero no es problema -dijo Reith-. Queremos lo mejor. En segundo lugar, quiero llamar a los técnicos para que vuelvan al trabajo. Todo por

teléfono, por supuesto.
-Tampoco hay ninguna dificultad en ello -declaró
Woudiver alegremente-. El trabajo se reanudará de inmediato.
-Tienes que disponer la entrega inmediata de los materiales y provisiones que necesitamos. Y deberás pagar de tu bolsillo todos los salarios y gastos que se produzcan a partir de ahora.
-¿Qué? -rugió Woudiver.
-Además -dijo Reith-, permanecerás atado entre estos postes. Por tu mantenimiento deberás pagar mil sequins, o mejor dos mil, al día.
-*¿Qué?* -aulló Woudiver-. ¿Pretendes chantajear y explotar al pobre Woudiver?
-¿Aceptas las condiciones? -dijo impasible Reith-. Si no, pediré a Anacho y Traz que se encarguen de ti, y ya sabes el cariño que te tienen.
Woudiver se irguió en toda su estatura.
-Acepto -dijo con voz firme-. Y ahora, puesto que parece que voy a tener que financiar tus alucinaciones y verme despojado de todo mi dinero, pongánomos inmediatamente al trabajo. El momento en que te vea desaparecer en el espacio será el más feliz de mi vida, te lo aseguro. Suelta esas cadenas para que pueda alcanzar el teléfono.
-Quédate dónde y cómo estás -dijo Reith-. Traeremos el teléfono hasta ti. Y ahora: ¿donde está tu dinero?
-No puedes hablar en serio -exclamó Woudiver.